

Boletín de la  
INSTITUCIÓN LIBRE  
de  
ENSEÑANZA



Boletín de la  
**INSTITUCIÓN LIBRE**  
de  
**ENSEÑANZA**

DIRECTOR  
Juan Marichal

CONSEJO DE REDACCIÓN  
Gonzalo Anes • Elías Díaz • José García-Velasco  
Salvador Giner • Antonio Gómez Mendoza • Diego Gracia  
Francisco Javier Laporta • Emilio Lledó • José-Carlos Mainer  
José Antonio Martínez Soler • Francisco Michavila  
Javier Muguerza • Elvira Ontañón  
Teresa Rodríguez de Lecea • Francisco Ros  
Nicolás Sánchez Albornoz • José Manuel Sánchez Ron  
Vicente Alberto Serrano • Virgilio Zapatero

SECRETARIO DE REDACCIÓN  
Carlos Wert

El *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* es el órgano difusor de la Fundación Francisco Giner de los Ríos y no asume, necesariamente, los criterios expuestos en los artículos firmados por sus respectivos autores; de esta forma sigue la pauta del *Boletín* que lo precedió y del espíritu que desde su fundación siempre defendió la Institución Libre de Enseñanza (art. 15 de los Estatutos).

Información:

FUNDACIÓN FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS  
INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA  
Paseo del General Martínez Campos, 14  
28010 Madrid  
Teléfono: 91 446 01 97. Fax: 91 446 80 68  
<bile@fundacionginer.org> <www.fundacionginer.org>

Edita:

**FUNDACIÓN FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS**  
**[INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA]**

*Diseño y maquetación:*

Vicente A. Serrano

*Coordinación editorial:*

Federico Romero

*Viñeta de portada:*

Dibujo de Esperanza Santos a partir de *El rapto de Europa*,  
mosaico romano del siglo I a. c.



Artes Gráficas Luis Pérez, S. A. - C/ Formación, 16  
Pol. Ind. Los Olivos - Ampliación - 28906 Getafe (MADRID)  
Depósito legal: M. 14.917-1987  
ISSN: 0214-1302

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los editores.

## EL FUTURO DE EUROPA

<i>El futuro de Europa</i> por Francisco Jarauta	9
<i>Europa frente a la crisis financiera y económica mundial</i> por Sami Naïr	21
<i>El laboratorio social europeo</i> por Javier de Lucas	29
<i>El naufragio de la Medusa: Europa en el nuevo contexto geopolítico</i> por Lluís Bassets	51
<i>El Mediterráneo en el umbral del nuevo milenio</i> por Predrag Matvejevitich	67
<i>Vendrán otras Europas...</i> por Carlo Ossola	75
<i>Europa es una oportunidad, pero los europeos no lo saben</i> por Tahar ben Jelloun	87

# EL FUTURO DE EUROPA

Los artículos de este número recogen las contribuciones de sus autores al coloquio *El futuro de Europa*, que, dentro del ciclo *Correspondencias europeas*, organizó la Residencia de Estudiantes en Madrid los días 25 al 27 de mayo de 2010. Tanto el ciclo como este número del *Boletín* han sido coordinados por Francisco Jarauta.

# El futuro de Europa

Francisco Jarauta

**Resumen:** El proyecto político europeo se inscribe hoy en un contexto territorial que obliga a pensar las fronteras de una Europa ampliada, capaz de acoger a la comunidad de naciones que se reconocen europeas por su historia y tradición y un contexto internacional definido por hegemonías económicas y políticas capaces de decidir autónomamente las estrategias de alcance planetario que rigen las tendencias del mundo actual. Europa tiene planteado el gran desafío de mediar y ser un interlocutor válido en los procesos que configuran la política de un mundo globalizado, lo que exige una construcción abierta, capaz de integrar la pluralidad de los Estados europeos en una dinámica favorable que haga posible un sujeto político fuerte y decisivo en el marco de una *governance* del mundo, y la tensión que le permita aportar a esta gobernabilidad las ideas que garanticen un mundo justo.

**Palabras clave:** Europa, universalidad, Estado nación, crisis, pensamiento crítico, proyecto utópico.

**Abstract:** The European political project is transposed today in a territorial context which requires one to consider the borders of a broader, larger Europe, capable of welcoming the community of nations that identify themselves as European due to their history and tradition, and an international context defined by economic and political hegemonies that are able to unilaterally decide and implement strategies that a global impact and which govern the trends of the modern world. Europe has given itself the great challenge of mediating and of being an elected negotiator in the proceedings that shape the politics of a globalized world, which necessitates an open construction that is capable of integrating the plurality of the European states in a positive dynamic that makes a strong, decisive political character possible in the framework of global governance, and the tension that allows it to contribute the ideas that guarantee a just world to this governability.

**Key words:** Europe, universality, nation-state, crisis, critical thinking, utopian project.

La construcción de la Unión Europea es uno de los acontecimientos más significativos de nuestra época. El largo proceso de constitución de su actual identidad política, económica y social ha hecho de Europa una nueva realidad histórica. Atrás quedan siglos de fronteras imaginarias y siempre cambiantes, en cuyo interior subsistía la misma memoria, la misma experiencia, la misma comunidad de tradiciones y lenguas complementarias. En definitiva, aquella geografía espiritual que tanto Husserl como Valéry y Ortega supieron reconocer.

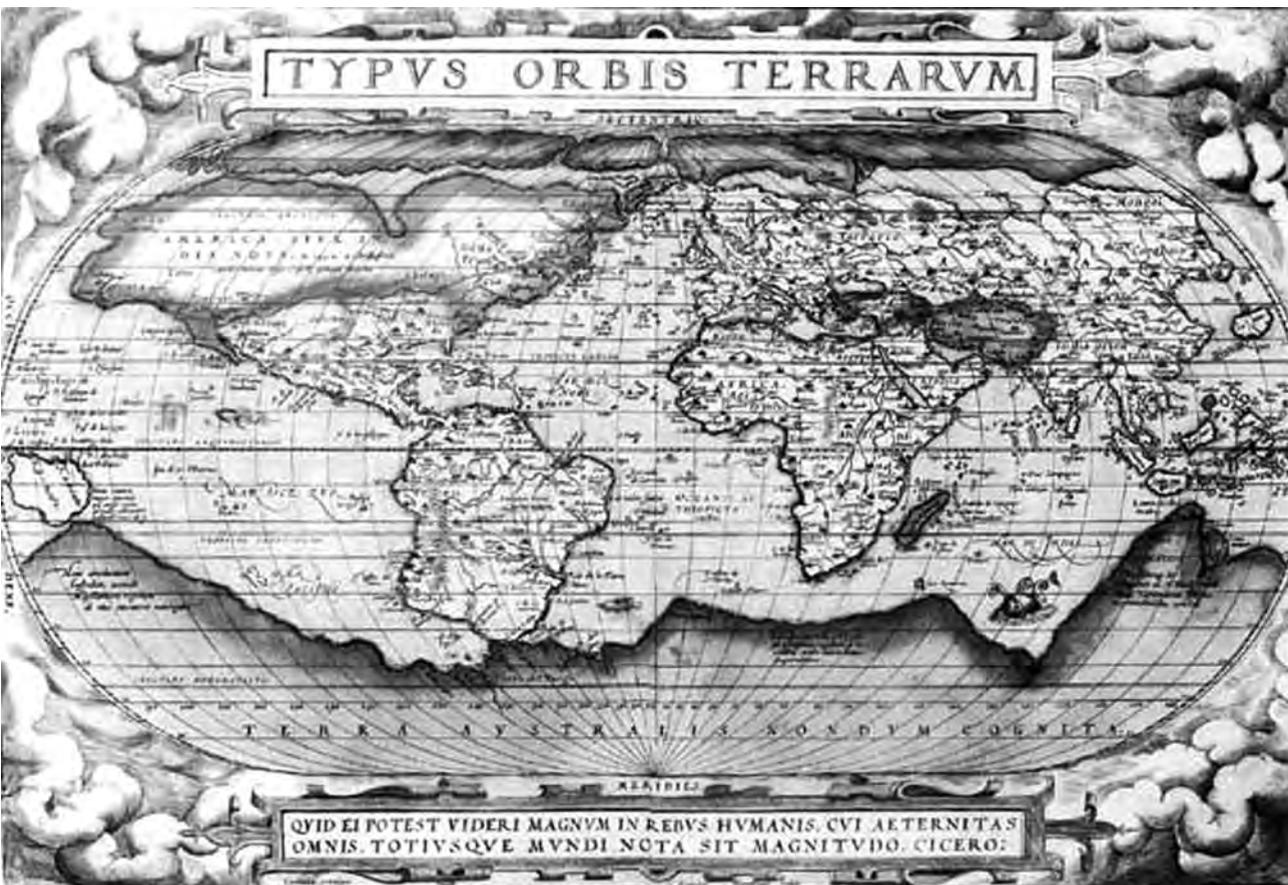
Este proyecto político se inscribe hoy en un doble contexto, no exento de dificultades que interrogan abiertamente la realidad europea. El primero es un contexto territorial que obliga a pensar las fronteras de una Europa ampliada, capaz de acoger a

la comunidad de naciones que se reconocen europeas por su historia y tradición. Se trata de construir las condiciones para una ampliación e integración cada vez más real en términos políticos, económicos, sociales y culturales. El segundo es un contexto internacional claramente definido por hegemonías económicas y políticas, capaces de decidir autónomamente las estrategias de alcance planetario que rigen las tendencias del mundo actual. Esta nueva situación geopolítica ha cuestionado la tradicional posición de Europa en el mundo a la hora de decidir las líneas de intervención en el orden económico y político. Se podría decir que hoy Europa tiene planteado el gran desafío de mediar y ser un interlocutor válido en los procesos que configuran la política de un mundo globalizado.

Esta dificultad no es reciente. Es un largo viaje de interrogantes que a partir de los años veinte se va dibujando en la agenda intelectual europea, mostrando cada vez de forma más incisiva que lo que estaba en juego no era otra cosa que el final de una ilusión, el de una historia protagonizada por Europa y hecha a la medida de sus voluntades a lo largo de los siglos. El período de entreguerras, de 1919 a 1940, fue el momento decisivo para elaborar esta reflexión. La gravedad de los acontecimientos, las dificultades para restaurar las mediaciones políticas frente a un mundo que se derrumbaba, precipitó una inquietante reflexión sobre la identidad de Europa y su futuro. Valéry, en sus *Notes sur la grandeur et décadence de l'Europe*, hacía coincidir la crisis de Europa con *la crise de l'esprit*, de la identidad europea, de la cultura europea, urgiendo a repensar las condiciones de una historia que había ya perdido su hegemonía política. Se trataba de una crisis, escribe Derrida comentando a Valéry, que cuestionaba los modelos de universalidad que la tradición moderna había construido y aplicado al conjunto de sus experiencias coloniales, constituyendo a la Europa metropolitana en el centro del mundo. Esta centralidad estalla y da lugar a una nueva configuración geopolítica cuyas consecuencias serán imprevisibles. Obviamente, la Segunda Guerra hará más evidente esta situación, y las ideas sobre sus consecuencias se harán más radicales, llegando al extremo de poder afirmar un cambio que afectará al lugar de Europa en el mundo y a su futuro.

## I

En la misma dirección que iniciara Valéry, otros intelectuales europeos no solo comparten la preocupación, sino que intentan abordar la misma inquietud desde contextos diferentes. En 1935, tres años antes de su muerte, Edmund Husserl pronunció, en Viena y Praga, las célebres conferencias sobre la crisis de la humanidad europea. El adjetivo *europea* señalaba para él una identidad espiritual que iba más allá de la Europa



Abraham Ortelius: *Typus Orbis Terrarum*, 1579

geográfica y que nació con la antigua filosofía griega. Según Husserl, esta filosofía, por primera vez en la historia, comprendió el mundo (el mundo en su conjunto) como un interrogante que debía ser resuelto. Y se enfrentó con ese interrogante no para satisfacer tal o cual necesidad práctica, sino porque la «pasión por el conocimiento se había adueñado del hombre».

La crisis de la que Husserl hablaba le parecía tan profunda que se preguntaba si Europa se encontraba aún en condiciones de sobrevivir a sí misma. Creía ver las raíces de la crisis en los inicios de la Edad Moderna, en Galileo y en Descartes, en el carácter unilateral de las ciencias europeas, que habían reducido el mundo a un simple objeto de exploración técnica y matemática y habían excluido de su horizonte el mundo concreto de la vida, *die Lebenswelt*, como decía Husserl. El desarrollo de las ciencias llevó al hombre hacia los espacios cerrados de las disciplinas especializadas. Cuanto más avanzaba este en su conocimiento, más perdía de vista el conjunto del mundo. Ensalzado antaño por Descartes como «dueño y señor de la naturaleza», el hombre se convirtió en una simple cosa en manos de fuerzas (las de la técnica, de la política, de la historia) que le excedían, le sobrepasaban, le poseían. Y si este ha sido el proceso, comenta Husserl, Europa ha sido el escenario, el tiempo de esta transformación y renuncia, llevada al extremo de la imposibilidad de una restauración, de una vuelta al espacio original de pensamiento, un proyecto que de forma dramática Husserl reconoce imposible de recuperar: *dieser Traum ist ausgeträumt*, es decir, es un sueño soñado.

Sin duda los años de la Segunda Guerra precipitaron el pesimismo de todos aquellos que antes se habían declarado dispuestos a restaurar o al menos invocar lo que Valéry había definido como *l'esprit de l'Europe*. Y más allá de aquella nostalgia o *Heim-suchung* que escritores como Klaus Mann declararon como objetivo moral del pensamiento, otros volverán su mirada a una historia que ahora podía interpretarse en peligro. Desde su exilio de Ankara, Erich Auerbach publicaba en 1946 su *Mimesis*, recorriendo todos aquellos lugares de la literatura europea —de Homero a Proust— que mejor expresaban el horizonte intelectual de un Occidente cercano al naufragio y, por si un día este se consumaba, poder conservar en su libro —«escrito sin biblioteca»— los momentos más altos de la historia occidental.

Y no menos dicente es el escrito de uno de los pensadores más relevantes de aquellas décadas, atrapado breve y terriblemente en la historia de la Alemania nazi, Carl Schmitt, quien, después de conocer la experiencia de la prisión, interrogaba en su *Nomos der Erde* el final del ordenamiento europeo del planeta, tras el largo periplo de siglos del *Jus Publicum Europaenum*. En todos estos escritos, que van de la literatura a la historia, se buscaba orientar una interpretación de la trascendencia de los acontecimientos que habían sacudido a Europa entre 1933 y 1945 y que habían marcado los

momentos más tremendos de los totalitarismos de nuestro siglo. A ellos se sumarán otros nombres que, desde Thomas Mann a Ernst Robert Curtius y el mismo Ortega, interrogarán el futuro de Europa y su lugar en el mundo.

Tras las dudas o sospechas que numerosos intelectuales de aquellas décadas expresaron sobre el futuro de Europa o, mejor aún, sobre su crisis, se perfilaba una intuición de claro alcance geopolítico. Se podía hablar del final de una época caracterizada por el dominio universal del planeta, un dominio administrado desde ese *cap* o extremo de Asia, que decía Valéry, desde el que se había trazado el mapa del mundo y que llamamos Europa. En efecto, había sido la cartografía de Europa la que había orientado no solo la conquista del mundo, sino su gobierno y dominio. Nuestra concepción del mundo tenía que ver con la perspectiva nacida desde esa geografía, que había dejado de ser espiritual para convertirse en geografía política. Nada más apasionante que seguir los pasos que van desde los antiguos islarios y portulanos al primer atlas del mundo, realizado por Ortelius hacia 1570 en Núremberg. El *Theatrum Orbis Terrarum* de aquel mismo año cerraba una larga etapa de insuficientes representaciones del planeta, que ahora, por fin, llegaban a buen término, una vez que cada lugar y cada nombre permitían asociar una historia natural y una historia política que hallaba en la cartografía la forma más directa de representación. Con ella, políticos, mercaderes, burgueses cultivados podían trazar el mapa de los nuevos territorios que pronto pasarían a ser propiedad de los imperios o de las metrópolis. La cartografía de Europa había desempeñado un papel decisivo en la construcción de nuestra idea del mundo. Y sería fácil comprobar, afirma Peter Sloterdijk, que la amalgama europea entre ciencia y colonialismo ha hecho nacer la imagen política y geográfica de la Tierra, como si la función natural de la globalidad del mundo fuese la de adaptar todos los espacios lejanos del planeta a las formas y modos europeos.

Sin abusar de la interpretación, se podría decir que desde 1492 hasta 1945 el llamado Viejo Mundo había sacado partido con toda lógica de sus privilegios panópticos. Era aquella región del mundo a la que la historia le había dado la facultad de ver más allá de lo que otros veían y de dominar todo aquello que aparecía en el horizonte del descubridor. El privilegio del descubrimiento llevó a los europeos a la aventura de la antropología política de los tiempos modernos. Ha sido Europa, en efecto, quien ha respondido a la experiencia de globalización construyendo una idea fuerte de especie humana, de humanidad, como concepto fundamental, presupuesto moral y político de todo ese mundo de variaciones culturales y civilizatorias. Y ha sido esta idea la que ha orientado el tiempo y la historia de Europa a la hora de interpretar las diferencias entre los distintos sistemas culturales, reconduciéndolos a una especie de gran repertorio que, como dice Lévi-Strauss, traza otra cartografía de lo humano y de su expresión simbólica y cultural. Un largo proceso en el que Europa ha

sido el centro no solo del saber, del nombrar y del interpretar, sino también del poder y del dominio. Quizás ahora aquella idea de que todas las civilizaciones son variaciones de la europea pase a ser tan solo una ilusión, una vez que otras historias, otros centros, otros *caps* entran en escena con su lógica de dominio, dando lugar a una nueva situación geopolítica que transforma sustancialmente la condición de Europa en el mundo.

## II

Es en este marco en el que se ha generalizado la pregunta por el futuro de Europa en un contexto radicalmente distinto del que caracterizó la historia moderna, que a estos efectos concluye con los acontecimientos citados del siglo xx. Para unos, la emergencia de otras potencias, las nuevas relaciones de poder, la definición de nuevas reglas de juego relacionadas con el ejercicio del dominio de los nuevos sujetos políticos, etc., han dado lugar a numerosos interrogantes que han alimentado la pregunta por el «declive del imperio europeo». Europa ya no sería el verdadero sujeto político de la historia, sino que habría pasado a ser un sujeto derivado o dependiente de nuevas potencias y nuevas alianzas que administran el planeta de acuerdo con sus intereses estratégicos. Análisis recientes como los de Hubert Védrine, Etienne Balibar, Heidrun Friese o Peter Wagner podrían ser orientativos a la hora de establecer las hipótesis pertinentes acerca de este problema. Frente a las posiciones que más arriba hemos comentado de Husserl, Auerbach o Carl Schmitt, los análisis más contemporáneos prefieren articularse a las lecturas que sitúan la Europa actual en un contexto geopolítico nuevo, resultado de los cambios de las últimas décadas.

Pocas épocas como la nuestra se han visto sometidas a procesos de transformación tan profundos y acelerados, que afectan por igual a sus estructuras económicas, políticas, sociales y culturales. Estos procesos, que han venido a interpretarse bajo los conceptos de globalización y mundialización, son la causa de una nueva situación planetaria, marcada por una creciente complejidad e interdependencia. Se trata, en efecto, de un nuevo orden del mundo que ha modificado cualitativamente el sistema de poder heredado de la Segunda Guerra Mundial, dando lugar a un nuevo escenario en el que son cuestionados buen número de postulados estratégicos, obligando a nuestro tiempo a un difícil esfuerzo reflexivo para explicar o interpretar la nueva complejidad. El contexto de la discusión sigue abierto, y hoy puede considerarse esta una de las tareas más urgentes a resolver cara al futuro. Bastaría asomarse a la amplia literatura sobre el tema para entender tanto su complejidad como el desafío que significa. Juristas, politólogos, sociólogos y filósofos como



Pedro Pablo Rubens: *El rapto de Europa*, 1636. Óleo sobre tabla

Richard Falk, David Held, Ulrich Beck, Zygmunt Bauman, Danilo Zoilo o Jürgen Habermas son hoy, entre otros, referentes obligados para el estudio de las implicaciones de esta nueva situación.

En este nuevo contexto geopolítico se ha acelerado lo que ha venido a llamarse una «transformación de lo político», en términos de Pierre Rosanvallon. La superación del Estado-nación, pieza clave en la geometría política de la historia moderna, por instancias de poder supraestatales conlleva un vaciamiento del espacio político clásico. Este desplazamiento de lo político hacia otras instancias de poder obliga a redefinir los espacios de la política al igual que los de la democracia. La aparición de nuevos agentes económicos y financieros capaces de supeditar a la lógica de sus intereses las decisiones de los poderes políticos ha problematizado una vez más la autonomía de lo político, para dar lugar a nuevas formas de dependencia que podemos observar a escala planetaria. Se trata de una crisis de lo político que adquiere una relevancia todavía mayor cuando las decisiones acerca de la parte de la humanidad más desfavorecida se ven cautivas del sistema de intereses económicos, regido por criterios ajenos a la defensa del bien común. Cuando Ulrich Beck habla de sociedad del riesgo nos remite en última instancia a la situación derivada, por una parte, de la ausencia de mediaciones políticas frente a la complejidad de los nuevos conflictos; y, por otra, por la generalización de un modelo de administración del mundo, gestionado desde un protegido sistema de intereses, ajeno a los fines que en la tradición moderna se habían constituido en horizonte moral de la historia. Fuera de este horizonte moral crece la barbarie, haciendo crecer los riesgos y sus consecuencias. Se trata de una situación que exige y urge la creación de una conciencia planetaria, capaz de plantear desde la perspectiva de la época y sus dificultades un proyecto político que haga suya la nueva complejidad y que construya las mediaciones necesarias para una nueva *governance* del planeta.

Todo análisis o lectura sobre Europa exige ser planteado desde este nuevo escenario, definido en términos de la globalización del planeta y de sus implicaciones. Es fácil observar como la mayor parte de los análisis sobre Europa tienen un carácter más bien doméstico, relacionados con las problemáticas y dificultades que acompañan la construcción de la unión económica, política, social y cultural de una entidad caracterizada por una fuerte complejidad histórica. Jacques Le Goff, recientemente, venía a decir que a los historiadores, acostumbrados al estudio de largos períodos, la reciente historia de Europa no dejaba de sorprenderles. Una historia que se había construido a lo largo de cinco siglos sobre la estructura de los Estados-nación intenta superar ese modelo, superar esa historia, para darse una forma jurídico-política nueva y las correspondientes instituciones que garanticen su funcionamiento. Pero, anota Le Goff, el problema de Europa no es solo el de su construcción. Hoy asistimos a una situación

claramente paradójica, como es la de una Unión con un fuerte poder económico en el conjunto del sistema económico internacional y, sin embargo, un débil poder político.

Mucho se ha hablado de esta situación, que algunos han comentado como la ausencia de un verdadero sujeto político capaz de intervenir en los diferentes contextos internacionales como un sujeto político real, competente y decisivo frente a los grandes problemas estratégicos del mundo. O quizás un sujeto capaz de recuperar para la política la dimensión y sentido que la tradición moderna le había dado, tal como desde Kant a Max Weber nos han propuesto, más allá de los reduccionismos impuestos por el funcionalismo y el pragmatismo operante en todas las instancias de lo social. No es fácil recuperar una nueva función en el teatro del mundo, pero esta es una de las urgencias innegociables si queremos pensar en un nuevo futuro. Era la idea de Paul Valéry en 1922, al anotar que el verdadero proyecto de Europa no podía ser otro que el de repensar el mundo y trazar una nueva geografía espiritual sobre la que el *Homo europaeus* debía proyectar su conciencia crítica y su capacidad de construir los nuevos referentes de un mundo ajeno a las catástrofes, como la que la *Grande Guerre* había supuesto. Nunca como entonces se daba por derrotada la razón, la razón práctica, había escrito Max Weber en sus *Diarios* en noviembre de 1918, y la gran urgencia era restaurarla, pero —confiesa Weber— no existe el sujeto capaz de tal reconstrucción. Pronto nuevos acontecimientos llamarán a la puerta de la historia europea y harán imposible la reconstrucción de un ideal moral que oriente la experiencia dolorosa de los conflictos.

Esta doble tensión, la de una construcción abierta, capaz de integrar la pluralidad de los Estados europeos en una dinámica favorable que haga posible un sujeto político fuerte y decisivo en el marco de una *governance* del mundo junto con una segunda que le permita aportar a esta gobernabilidad las ideas que garanticen un mundo justo son las grandes tareas a realizar. Para Richard Falk, un «orden mundial justo» solo puede ser garantizado por una instancia que regule los objetivos perseguidos por cada uno de los Estados. La consecución de este ideal pasa por la expansión de una «democracia transnacional», radicada en la eficacia del derecho internacional, en la garantía de la paz y en la tutela de los derechos humanos. Para David Held el horizonte pasa por una «democracia global» de las relaciones internacionales que permita la construcción de un orden internacional fundado sobre principios constitucionales y jurídicos. El sistema de las Naciones Unidas contiene en sí mismo la posibilidad de desarrollos jurídicos y políticos que avancen en la dirección de una gestión comunitaria de las relaciones internacionales. En otra dirección complementaria, Beck entiende que la realización de un nuevo cosmopolitismo debe apoyarse en las condiciones de una progresiva «transnacionalización del mundo». Son las condiciones

sociológicas y culturales del mundo actual las que a largo plazo facilitarán una comprensión posnacional de la política, del Estado, de la justicia. Bauman, por su parte, defiende la necesidad de un nuevo universalismo político que garantice la comunicación y la comprensión de todos los hombres, pero que al mismo tiempo se construya sobre la base de una nueva forma de tolerancia y de reconocimiento de las diferencias culturales. La universalidad es la *conditio sine qua non* de una república cosmopolita y la única alternativa posible a las «fuerzas ciegas, primitivas, erráticas, incontroladas, divididas y polarizantes de la globalización». Habermas, finalmente, insistirá en la necesidad de reforzar las instituciones internacionales. La propuesta kantiana de un «Estado de derecho» debe ser aceptada como una prioridad política. Para Habermas, la construcción de un orden mundial pacífico (*Weltfriedensordnung*) pasa a ser el objetivo primero de un cosmopolitismo activo nacido de una nueva cultura política y de la transformación de los sujetos políticos modernos. La organización cosmopolita del planeta ya no es una quimera: la ciudadanía nacional y la ciudadanía cosmopolita tienden a fundirse en un contínuum social y político que, como anota Zoilo, puede llamarse ya «sociedad mundo».

La defensa de un ideal kantiano, interpretado desde las condiciones del mundo actual, se ve acompañado de nuevos desafíos políticos que Europa debe ayudar a construir. Es necesario plantear un nuevo «paradigma político» que haga suya la complejidad del mundo actual y de todos aquellos efectos derivados del proceso de globalización. La construcción de una «sociedad mundo», en términos kantianos, pasa por el reconocimiento de esta complejidad, que en ningún caso debe plantearse abstractamente, sino desde sus condiciones reales. Allí se encuentran las raíces de los nuevos conflictos, las tensiones de los nuevos radicalismos, las dificultades para mediar en la solución de los mismos. Consiste en volver a construir una política capaz de hacer suyos los ideales morales nacidos de la época moderna y volverlos a pensar de forma global, es decir, desde un horizonte cosmopolita. Este proyecto solo será posible si se articula a una mirada y una concepción nuevas del mundo. A una historia global le corresponde una nueva gramática de las civilizaciones, como decía Braudel, de las relaciones internacionales y de los fundamentos políticos que rigen el mundo. Se trata de construir aquellas perspectivas y mediaciones que, acordes a la complejidad actual, hagan posible un nuevo estado del mundo.

Frente a estos retos del mundo contemporáneo, Europa tiene que tener una voz propia que, partiendo de la mejor tradición moderna, haga posible un trabajo crítico frente a las condiciones políticas de la época. Contra la «Europe des anciens parapets», que dijera Rimbaud, urge imaginar una Europa como una «frontière impensée» de la democracia. Y rehusando el confort del mito que explica los supuestos orígenes, es necesario que volvamos a la historia como referencia de una experiencia que se sien-



Mapa de Europa del Atlas de Mercator, impreso en 1595

te profundamente interpelada por las transformaciones del mundo actual. Es en esa historia en la que siguen vivos aquellos ideales morales que orientaron la historia moderna, dando lugar a un horizonte cosmopolita asociado siempre a la experiencia europea. La legitimidad de tales ideas no es suficiente, es necesario desarrollar las prácticas políticas, sociales, culturales que den lugar a una nueva forma de pensar. Necesitamos nuevos conceptos, nuevos mapas que abarquen la complejidad del mundo actual y tracen sobre esa nueva geografía las líneas de su futuro, sus tensiones, y las abran a un horizonte nuevo. Se trata también de construir un nuevo pensamiento crítico que haga suyo un nuevo proyecto utópico. Hay una necesidad de utopía en el pensamiento contemporáneo que Europa debe ayudar a construir a partir de conceptos ya existentes en la tradición moderna, contrastados ahora tanto con los acontecimientos de la historia más próxima, como de la complejidad emergente y que define geopolíticamente el mundo actual.

A la hora de describir las coordenadas geográficas del mundo, y después de dar cuenta de sus fronteras del norte, sur y este, los geógrafos de la segunda dinastía Ming decían que China limitaba al oeste con «la gran sombra blanca». Sin ninguna otra identidad, sin nombres que definieran imperios y otros pueblos, la «gran sombra blanca» ocupaba todo aquel espacio que para la historia china era solo una distante realidad. Pasaron los siglos, viajeros, mercaderes y otras misiones atravesaron las fronteras que marcaban el territorio de «la gran sombra blanca», y los nombres comenzaron a transformar los fantasmas en realidades varias. Hoy, más que nunca, nos toca a nosotros volver a hacer el viaje de las ideas, de la memoria y de una experiencia histórica que ha marcado la identidad europea en sus más diferenciadas formas. Al buscar hoy nuestro lugar en el mundo actual, no podemos hacer otra cosa que volver a aquella actitud básica que Agustín de Hipona expresara en sus *Confesiones* al decir que lo que caracterizaba nuestro ser, nuestra identidad, no era otra cosa que nuestro preguntar, *nos interrogantes...*; es decir, nosotros somos los que nos hacemos preguntas. Y el día que no las tengamos seremos ya póstumos en vida.

**Francisco Jarauta\***

---

\* Dirección para correspondencia: fjarauta@gmail.com

# Europa frente a la crisis financiera y económica mundial

Sami Nair

**Resumen:** La orientación que sigue la UE ante la crisis se basa en la lógica depresiva, que puede destrozar lo que queda del Estado de bienestar en Europa: los mercados financieros han ganado. El problema de fondo proviene de la construcción global de la arquitectura europea. El modelo erigido es técnicamente incoherente y políticamente impracticable. Nadie puede predecir lo que va ocurrir, pero hemos entrado en una zona de turbulencias peligrosas para todos. La única repuesta que importa ahora es movilizar a los movimientos sociales para defender lo que queda del modelo de bienestar europeo.

**Palabras clave:** Unión Europea, crisis, Estado de bienestar, globalización liberal, euro.

**Abstract:** The EU's attitude towards the crisis is based on depressive logic, which could destroy what is left of the welfare state in Europe: the financial markets have won. The fundamental problem comes from the global construction of the European architecture. The model which has been erected is incoherent technically and politically impractical. No one can predict what is going to happen, but we have entered a realm of dangerous turbulence for all. The only answer that matters now is to mobilize the social movements to defend what remains of the model of European well-being.

**Key words:** European Union, crisis, welfare state, liberal globalization, euro.

La crisis ha puesto en tela de juicio la construcción europea y ha demostrado sus debilidades. Frente a esta crisis, hemos visto en primer lugar reacciones muy diferentes, divisiones e incoherencias entre los socios europeos. También hemos visto tanto el papel central de las grandes naciones (Reino Unido, Francia, Alemania) como la dominación estratégica de estas naciones sobre el resto del conjunto europeo. Dicho de otra manera, hemos visto que Europa no existe como entidad política solidaria, sino solo como un conjunto de naciones, cada una con sus propios intereses. Eso significa, por lo menos, que el sueño federal se ha desvanecido, ¡y para mucho tiempo!

Al comienzo de la crisis también hemos experimentado una tremenda y errónea reacción del BCE: no supo medir la amplitud del estallido, aunque muchos observadores lo habían avisado desde el principio. Ceguera debida, sin lugar a dudas, no solo a unos banqueros centrales encerrados en su castillo dorado que se jactaban de su independencia respecto a los Gobiernos, sino también al fundamentalismo liberal que domina su mente, empezando por la del señor Trichet.

Hemos visto a los Estados reaccionando como bomberos para salvar un sistema que habían dejado crecer, y cuando todos los grandes Estados del mundo se reunieron en Londres en el G-20 no hubo verdaderamente un eje europeo, por contradicciones entre los intereses de los tres grandes países europeos citados anteriormente. ¡Francia quería la regulación del sistema económico mundial con un nuevo Breton Wood's, Alemania hablaba solo de proteger su papel monetario en Europa y el Reino Unido buscaba salvar a la City de la catástrofe!

Estas tres grandes naciones, a los que hay que añadir los Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo, Eslovenia e Italia, pudieron resistir mejor que el resto del conjunto europeo los efectos devastadores de la crisis. Pero los tres países mediterráneos de Europa, Grecia, España y Portugal, y por otro lado Irlanda, se encontraron potencialmente en quiebra, porque sus economías estaban y están fundamentalmente metidas en un sistema global que no se corresponde a su riqueza económica, a sus fundamentales económicos.

### **Crisis griega, española, portuguesa: ¿de dónde proviene?**

De dos asuntos centrales: por un lado, de un modelo económico basado en el crecimiento artificial del sector inmobiliario; por otro, de una divergencia económica cada vez más importante en la zona monetaria del euro con los países más ricos de la Europa germanofrancesa y sus socios del norte. No entraré en los detalles, pues estoy convencido de que, tal y como Joaquín Almunia, comisario europeo de Economía, lo ha puesto de relieve, son los defectos estructurales y no los coyunturales los que explican la quiebra de estas tres economías. De hecho, sin unas reformas económicas estructurales, que no se pudieron hacer en los años noventa, no tenían capacidad económica para entrar en la zona euro concebida por Alemania (o sea, una zona marco sobrevaluada). El desarrollo de políticas de endeudamiento, los falsos «milagros» irlandés o español, basados en un presupuesto artificialmente equilibrado por el crecimiento del sector de la construcción (con una política de préstamos irresponsable), no podían ocultar, salvo para los políticos sin visión de largo plazo, que los fundamentos de estos tres países desde los años noventa eran muy débiles. No es casual que las exportaciones de estos países sean casi inexistentes, que su producción industrial se difumine, que las inversiones en investigación y desarrollo sean nulas, etc.

Lo que debía ocurrir ocurrió: en vez de entrar en una lógica de convergencia con los países centrales, entraron en un *ciclo perverso de divergencias estructurales*, lo que impidió la construcción de la zona monetaria óptima, supuestamente capaz de poner más o menos al mismo nivel a los socios del sur y del norte. El enriquecimiento de los países llamados peyorativamente PIGS (Portugal, Grecia, Italia, Spain) era artificial.

El problema de fondo viene de la construcción global de la arquitectura europea. El modelo erigido —una zona con una moneda basada en una paridad fija y un Ban-



El pastel real/Le gateau des roys, editado en Londres por Robert Sayer, 1772

co Central a la vez independiente de los Gobiernos pero sin capacidad de crear moneda (o sea, sin Tesoro), además de la obligación impuesta a los Estados de respetar criterios muy duros sobre el déficit presupuestario, la inflación y la deuda pública (el Tratado de Maastricht reconducido de manera estúpida por el Tratado de Lisboa)— es técnicamente incoherente y políticamente impracticable.

La estrategia del euro fuerte, impulsada por Alemania, iba a incrementar las desigualdades entre los socios europeos, favoreciendo a los países dotados de fundamentos sólidos y reproduciendo la debilidad estructural de los demás. No es casualidad que Alemania se haya fortalecido estos últimos diez años, sobre todo con sus exportaciones dentro de la zona euro y en detrimento de todos, incluso de Francia. Por supuesto, Alemania hizo, en 2000, las reformas necesarias en su mercado de trabajo y su política de bienestar, reduciendo los sueldos y privatizando las pensiones para poder competir a nivel tanto europeo como mundial en el contexto de la globalización liberal. Un euro fuerte le permitió aprovechar su posición hegemónica frente al resto de los socios europeos.

La realidad de la Europa del euro es el marco transformado en moneda europea y el Bundesbank inspirando al Banco Central. Lo han aceptado todos los socios, porque todos sabían muy bien lo que estaba ocurriendo; ¡y lo hicieron pensando en la lógica «virtuosa» del desarrollo económico como consecuencia de la moneda europea! Los países débiles vivían así en la dulce ilusión de que, teniendo el euro, se habían vuelto económicamente fuertes. La crisis de la globalización liberal, seguida por la crisis del euro, demostró a todos la falsedad de la situación. Los griegos, los españoles, los portugueses tuvieron que pedir ayuda, y Alemania, como se sabe, puso dos condiciones para otorgarla, después de haberlos criticado: reformas drásticas de los sistemas sociales y puesta en marcha de un plan europeo de vigilancia, insultante para los que no podrán respetar las reglas del juego alemán, ¡que supone castigos hasta de exclusión de la zona euro! Es probablemente la interpretación más adecuada, en nombre de una curiosa concepción de Europa, del artículo 2 del Tratado de Maastricht, que impone la «solidaridad» entre los socios europeos...

La trampa en la que se encuentran los europeos es obvia. He dicho que el pecado original consiste en la discrepancia de las dinámicas económicas; eso significa que una moneda única no puede funcionar si las desigualdades entre los socios se incrementan en vez de reducirse.

No es necesario ser un gran economista para entender que una zona monetaria es óptima cuando los países que vinculan sus monedas adoptan paridades fijas. Que nadie puede adoptar por sí mismo paridades flotantes. El objetivo del euro es, efectivamente, la paridad fija para sus miembros.

Ahora bien, lo repito, el nivel de desigualdad de los fundamentos económicos hace que no se pueda organizar una paridad fija entre países tan diferentes (por ejemplo, Alemania con Grecia o Portugal).

Los países débiles están en realidad interesados en tener paridades flotantes para ajustar sus necesidades a la coyuntura económica. Pero eso es imposible en el contexto de la zona euro. De ahí la trampa: en situación de crisis, los países débiles tienen varias opciones, pero todas malas. Se puede abogar por una reforma institucional del modelo macroeconómico europeo, pidiendo un aumento del presupuesto europeo para compensar los choques asimétricos. Pero el presupuesto actual es un poco más del 1 % del PIB europeo, y resulta políticamente imposible hacer que la opinión pública acepte la creación de un impuesto alto.

Se puede pedir la salida del euro durante un periodo —el tiempo necesario para practicar una devaluación competitiva, sanear la moneda, hacer reformas estructurales— y volver en la zona de la moneda única después. Pero eso no está previsto e incluso está prohibido por los tratados europeos: ¡tan grande era la confianza en los mecanismos automáticos de la moneda que los arquitectos del euro no imaginaron que su modelo podía fracasar!

Queda la ayuda de los más fuertes, pero hemos visto cómo funciona hoy en día: supone unas reformas internas muy duras para los países dañados por la crisis. De ahí las «reformas» impuestas por Europa. O sea, los planes de austeridad ya adoptados en España, Portugal, Grecia:

#### **España: un plan de recorte a la altura de los más drásticos**

- Sector público (recorte previsto: 4.000 millones): reducción de 5 % a partir de julio del 2010 y congelación para el 2011 de la retribución del personal del sector público; reducción de la tasa de reposición: cada diez funcionarios jubilados se sustituyen por uno.
- Pensiones (recorte previsto: 1.500 millones): congelación de las pensiones, excluidas las no contributivas y las mínimas.
- Jubilación: eliminación del régimen transitorio para la jubilación parcial.
- Eliminación del cheque bebé (recorte previsto: 1.500 millones).
- Reducción de las prestaciones de dependencia.
- Ayuda oficial al desarrollo (recorte previsto: 600 millones).
- Inversión pública (recorte previsto: 6.045 millones).
- Comunidades autónomas y ayuntamientos (recorte previsto: 1.500 millones).
- Subida de impuestos a las rentas altas.
- Subida del IVA.

#### **Grecia: plan de rigor masivo**

- Congelación de sueldos de funcionarios durante tres años; cancelación de dos pagas para aquellos que cobran más de 3.000 euros mensuales; parálisis de las contrataciones públicas.

- Elevación de edad mínima de jubilación; bajada de las futuras pensiones en un 18 % y requisito de más años de cotización.
- Recorte de las Administraciones locales.
- Subida de impuestos.
- Privatizaciones, etc.

**Portugal: plan de ajuste también drástico que quiere bajar el déficit público al 7 % del PIB hasta finales de año (y al 4,6 % para el 2011)**

- Subida del IVA en un 1 % en todos los escalones; incremento del 1 % del nuevo impuesto sobre el rendimiento de las personas físicas (IRS) para los salarios de hasta 2.375 euros mensuales, y del 1,5 % para los superiores; impuesto de tributación autónoma del 2,5 % para las grandes empresas.
- Aumento del impuesto sobre la renta para las personas con ingresos superiores a 150.000 euros anuales.
- Aumento de 1,5 % del impuesto sobre el capital para intereses de depósitos a plazo.
- Recorte de 150 millones de euros en los gastos de las empresas públicas.
- Recorte del 5 % (cien millones de euros) en gastos públicos a los ayuntamientos.
- Congelación de los sueldos de los funcionarios; paralización de la contratación pública.

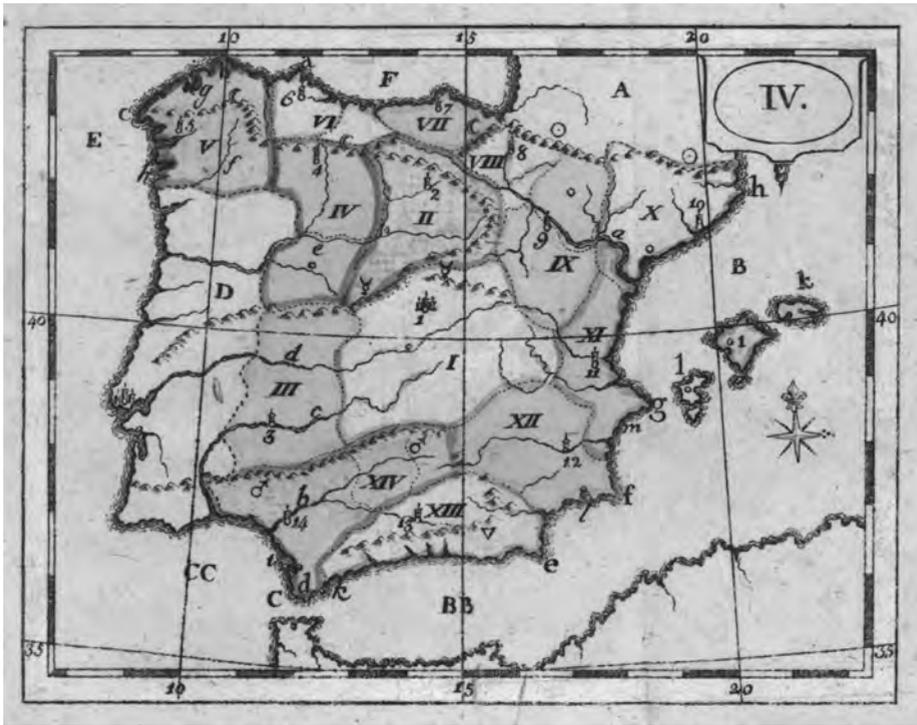
Igual sucede en Italia: el Gobierno italiano anunció una corrección de los presupuestos del Estado de 27.500 millones de euros para los próximos dos años que afecta principalmente a los funcionarios y los pensionistas

Todas estas medidas perjudican principalmente a funcionarios, pensionistas y trabajadores de las capas bajas y medias. Muy pocas conciernen a los ingresos superiores, las grandes empresas, las instituciones financieras, etc.

Consecuencias globales en todas partes: menos inversiones, destrucción de los sectores públicos, más precariedad, más empobrecimiento...

El discurso de los Gobiernos, sean conservadores o supuestamente progresistas, es siempre igual: «No tenemos otra elección, no podemos enfrentarnos a los “mercados financieros”, que nos atacan. Tenemos que hacer las “reformas” que nos piden para poder conseguir préstamos (o sea, endeudarnos) en los mercados internacionales». En resumidas cuentas, ¡son los Gobiernos quienes han salvado con el dinero de los ciudadanos a los bancos responsables de la crisis, y son los Gobiernos los que hacen ahora pagar no a los bancos, sino a los ciudadanos, el coste de la crisis!

Había otra salida de la crisis. Se podía replantear todo el paradigma europeo, refundar el sistema institucional, elegir un modelo más político, basado en la unión real de las naciones, una política económica coordinada, un gobierno económico eu-



«España y Portugal», *Atlas elementar*. Madrid, 1786



«Grecia y Turquía», *Atlas elementar*. Madrid, 1786

ropeo, un euro moneda *común* (y no *única*), permitiendo correcciones progresivas de las desigualdades, un control político del Banco Central, un plan de competencia y de crecimiento basado en el objetivo de la creación de empleo, una gran política de desarrollo industrial de la Unión Europea, una estrategia común de investigación, la protección del mercado europeo..., en suma, otra Europa.

Pero, dado lo que son las elites financieras y políticas europeas, esa otra salida de crisis es un sueño. ¡No se le pueden pedir peras al olmo, como dice tan elocuentemente el dicho!

Lo que finalmente se ha elegido es todo lo contrario: la lógica depresiva, para destrozarse lo que queda del Estado de bienestar en Europa.

Dos consecuencias de ello:

Primero, los mercados financieros han ganado: provocaron la crisis, fueron salvados con el dinero público y ahora imponen a los Estados medidas para privatizar más los mercados de trabajo. Asistimos a un vasto proceso de privatización de los mecanismos sociales en toda Europa.

La «americanización-privatización» del vínculo social se va a desarrollar muy fuertemente en los próximos años como consecuencia de esta gestión de la crisis del liberalismo financiero. En el Reino Unido, el nuevo Gobierno pacta con los liberales para privatizar el correo; luego le tocará el turno a la salud, a la educación, a la investigación, etc.

Segundo, debemos preguntarnos lo que va a ocurrir, porque la crisis no se va a resolver rápidamente. Es una crisis mundial, cuyo núcleo está constituido por un libre-cambismo salvaje que aprovecha a las potencias emergentes, la deflación salarial y las deslocalizaciones que van parejas con la construcción europea y la anarquía del sistema monetario internacional, que beneficia principalmente a las dos monedas débiles (o sea, el yuan chino y el dólar) ¿Qué va a pasar con el euro?

En caso de fracaso de los planes actuales impuestos a los socios del sur, ¿propondrá Alemania (con el apoyo de Francia) para salvar el marco, o sea, el euro fuerte, el retorno de un nuevo sistema monetario europeo basado en una coordinación económica profundizada entre los seis Estados dotados de fundamentos sólidos (Alemania, Francia, Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo e Italia)?

Nadie, por supuesto, puede predecir lo que va a ocurrir. Lo cierto es que hemos entrado en una zona de turbulencias peligrosas para todos. La única repuesta que importa ahora es movilizar a los movimientos sociales para defender lo que queda del modelo de bienestar europeo.

**Sami Nair\***

---

\* Dirección para correspondencia: samir@ierem.com

# El laboratorio social europeo

Javier de Lucas

**Resumen:** La UE sigue siendo un espacio social y político singular. Se la puede considerar un auténtico «laboratorio social» en su sentido más amplio, lo que constituye la clave para pensar en su futuro. Europa debe pensarlo desde su desarrollo como un espacio en el que se han ensayado buena parte de los universales que animan las ideas de progreso y civilización. Es urgente recuperar aquello que está en riesgo de desaparecer, la política o incluso el Estado de derecho y la democracia como corazón del proyecto europeo, profundizar en la noción de contrato social y político que lo inspira, en la noción de democracia en su sentido agónico, y no solo ni prioritariamente institucional, para lo que el autor propone renunciar a la batalla de la identidad europea y recuperar la lucha por la construcción del espacio social y político europeo. Para ello es preciso ante todo abandonar la estrategia reaccionaria y defensiva del miedo.

**Palabras clave:** Europa, Unión Europea, ciudadanía, democracia, igualdad, pacto social, Estado de derecho, política, identidad, globalización, mestizaje.

**Abstract:** The EU continues to be a unique political and social arena. It can be considered as an authentic “social laboratory” in the broadest sense of the word, which is the key concept for thinking about its future. Europe must think in those terms, starting with its evolution as a space in which many of the fundamental values that animate the ideas of progress and civilization have been tried and tested. It is now critical to preserve that which is in danger of disappearing in the EU: politics and even rule of law, and democracy as the heart of the European project; to expand and deepen the notion of the social contract and the politics that inspire it; to reinforce the idea of democracy in the dying sense of the word, not merely nor primarily institutional - for which reason the author proposes to relinquish the battle for the European identity and to recommence the fight for the construction of the European sociopolitical sphere. Therefore, it is first and foremost essential to abandon the reactionary, defensive strategy of fear.

**Key words:** Europe, the European Union, citizenship, democracy, equality, social contract, rule of law, politics, identity, globalization, heterogeneity.

**E**n su presentación del programa del encuentro sobre El Futuro de Europa, que tuvo lugar en julio de 2010 en la Residencia de Estudiantes, con ocasión de su centenario, el profesor Jarauta nos habla de un doble contexto que altera aquella «geografía espiritual europea» de la que nos hablan Husserl, Valéry y Ortega.

El primero, «un contexto territorial que obliga a pensar las fronteras de una Europa ampliada, capaz de acoger a la comunidad de naciones que se reconocen europeas por su historia y destino». De ahí, propone Jarauta, la necesidad de «construir las condiciones para una ampliación e integración cada vez más real en términos políticos, económicos, sociales y culturales». Ello obligaría a superar —como recuerda el mismo Jarauta

evocando a Rimbaud— el riesgo de «l'Europe aux anciens parapets», el archievocado modelo de «Europa como fortaleza». Un riesgo quizá más cercano en el contexto de la crisis que nos golpea, que está en trance de devenir en crisis social. Los tiempos de austeridad son propicios para el desarrollo de esos otros muros, los interiores y no solo los externos, que Balibar denunciara como «fronteras interiores de la democracia». En caso contrario, sería imposible construir un espacio político capaz de interpretar los problemas políticos que constituyen hoy verdaderas zonas de emergencia y mediar frente a ellos.

El segundo es «un contexto internacional claramente marcado por hegemonías políticas y económicas capaces de decidir autónomamente las estrategias de alcance planetario que se han de seguir». En este, Europa «tiene planteado el gran desafío de mediar y ser un interlocutor válido en los procesos que configuran la política de un mundo globalizado». En ese contexto internacional, Europa es ante todo una experiencia política, unas ideas que nacieron con su historia y se constituyeron en el horizonte moral no solo de sus pueblos, sino también de la humanidad entera. Las ideas de democracia, de libertad y de justicia nacieron en Europa, con el deseo de ser cosmopolitas. Pero ese cosmopolitismo parece hoy doblemente amenazado, porque la tan denunciada condición de «enano político» propia de una Europa disminuida frente al imperio americano y a los nuevos poderes emergentes (Brasil, China, India) parece reforzada ante el enorme riesgo de destrucción del euro, que haría estallar su única fortaleza, la económica.

Pues bien, mi propuesta a la hora de discutir sobre el futuro de Europa pasa por recordar que Europa (en realidad hablamos de la UE, que no es exactamente lo mismo), precisamente en ese doble contexto sigue constituyendo, a pesar de todo, un espacio social —cultural, económico— y político singular. Y por ello se la puede considerar un auténtico «laboratorio social» en su sentido más amplio, lo que es a mi juicio la clave para pensar en su futuro.

Porque, a mi juicio, Europa debe pensar su futuro desde su desarrollo —o el salto adelante— como un espacio en el que se han ensayado algunas de las recetas, o, si lo prefieren, buena parte de los universales que animan las ideas de progreso y civilización. Así lo ha sido desde sus orígenes grecorromanos, pasando por el Renacimiento y el humanismo, que dan a la luz el proyecto de la modernidad que culmina en la ilustración y la revolución industrial, hasta el Estado del bienestar y la caída del muro. Pensemos, por ejemplo, en la noción de *ciudad*, que aparece en Grecia y se reinventa en el Renacimiento (en las ciudades-repúblicas de Italia, sí, pero también en las de la Liga Hanséatica, en los burgos que hacen respirar la libertad frente al sistema feudal), y con ella la categoría de la *ciudadanía*, vinculada a la nación, al pueblo como sujeto emancipador y un cierto *modelo de democracia* (aunque en su origen demediada por lo que podemos llamar «el síndrome de Atenas», pues exige la inclusión institucionali-

## HABITANTES DE EUROPA



1. 2. Españoles.—3. 4. Italianos.—5. Francés (bretón).—6. 7. Turcos.



8. Ruso.—9. Polaco.—10. Inglés.—11. Valaca.—12. Escocés.—13. Suiza,

zada de la mayor parte de la población: las mujeres, los esclavos, los extranjeros, aunque residan establemente). Asimismo, la primacía de la ley y del derecho, que desembocará en la noción clave de *Estado de derecho* y la emancipación como igual libertad, así como en los principios cardinales de la autonomía y la dignidad individuales.<sup>1</sup> Ambos principios, por cierto, tienen buena parte de sus raíces en ese «europeo musulmán» que fue el cordobés Ibn Rus,<sup>2</sup> Averroes, ejemplo del «islam europeo», no del «Islam en Europa» que tanto nos preocupa, adelantado de la emancipación de la verdad científica independiente del dogma religioso.

Esos son precisamente los cimientos sobre los que se elabora el proyecto europeo contemporáneo, un proyecto que, *in nuce*, no solo es jurídico, sino profundamente político. Porque política es la razón de ser de esa forma de organizar la economía y la a la que llamamos «modelo social europeo», que combina el juego libre de los mercados con un nivel elevado de gasto público, seguridad social, calidad de vida (vacaciones, permisos de enfermedad y maternidad, jubilación a una edad temprana). Por eso, lo que quiero someter a discusión es la urgencia de recuperar aquello que está en riesgo de desaparecer, la política o, incluso más claramente, el Estado de derecho y la democracia como corazón del proyecto europeo, pues parece que la revisión de tal modelo no fuera una decisión política, sino meramente instrumental, un corolario obligado de la aplicación de la racionalidad económica que no nos deja elección: ni a los Gobiernos ni menos aún a los ciudadanos.

En efecto, el sentido del laboratorio social europeo es precisamente constituir una propuesta de recreación permanente del espacio público, que implica gobernar la economía y no dejarse arrastrar por la dimensión económica del proyecto de globalización que nos impone el mercado. De otra manera, Europa se desvanecerá en las europas, en los Estados nacionales, a su vez inanes ante el poder invasivo de los agentes de la globalización tecnoeconómica. Esa rebaja de perspectivas coincidiría con la transformación del pacto ciudadano europeo; el riesgo de que la UE proponga a sus ciudadanos un consenso pasivo que los reduce a la condición de consumidores, condición exacerbada por el *leit-motiv* individualista-atomista que prioriza el interés individual como razón de actuar y hace desaparecer la noción de bien público. Una exacerbación ciertamente bien potenciada por el recurso al mensaje del miedo, de la incertidumbre, tan invocado al socaire de la crisis.

---

<sup>1</sup> Por descontado, ello no nos obliga a olvidar que no todo son luces. De Europa han surgido también algunos de los episodios más sombríos de la historia de la humanidad: del colonialismo a las guerras mundiales, hasta culminar en el holocausto.

<sup>2</sup> Así lo recordaba Sami Naïr en su evocación de la obra de un moderno averroísta, el recientemente fallecido Mohammed al Jabri, autor de la *Crítica de la razón árabe* o de una innovadora *Introducción al Corán*.

Hoy de nuevo encontramos la encrucijada europea como laboratorio social, porque ese doble contexto evocado más arriba propicia el debate sobre el futuro de Europa y, con él, las opciones a seguir, que, a mi juicio, se pueden resumir en dos: por un lado, la opción por una ruptura social y política, que significaría una revisión a fondo del vínculo social y del contrato político europeo; pero, por otra parte, cabe el riesgo de que se incentive otra opción, anclada en el síndrome del repliegue hacia lo privado, hacia un estatus de nuevo pasivo de la ciudadanía. Es la opción por el modelo centrípeto, pasivo-conformista, que induce a los ciudadanos a buscar la solución caudillista-mesianica que está en el origen del ascenso de la pulsión autoritaria, si no incluso del fascismo.

### **Europa, un laboratorio social, político**

Me parece necesario insistir en que con la metáfora de la Unión Europea como «laboratorio social» no busco enfatizar la dimensión tecnoeconómica (cuya necesidad y justificación racional, por otro lado, es manifiestamente discutible) a la hora de discutir sobre el futuro de Europa. No. Mi propósito es subrayar la necesidad de *profundizar en la noción de contrato social y político que lo inspira, en la noción de democracia en su sentido agónico, y no solo ni prioritariamente institucional*: lo importante es recuperar la noción de los agentes de la democracia, de los sujetos de lo político, quiénes pueden y deben participar en construir día a día la democracia como práctica social.

Es algo conocido, pues se encuentra ya en la «gramática política» de la nueva ciencia, la ciencia política, anticipada por Maquiavelo en el XVI y alumbrada por Hobbes en el XVII y que se encuentra en el origen del modelo europeo. Una gramática política genialmente explicada en los textos fundadores de esos «inventos» europeos que son el ensayo y la novela. Pienso en el Montaigne del *Ensayo sobre los caníbales* o el Montesquieu de las *Cartas persas*, en el Defoe que crea a Robinson y Viernes. Pienso en el Dickens de *Tiempos difíciles* y *Grandes esperanzas*, que nuestro amigo el profesor Jarauta ha imaginado alguna vez en un *pub*, dialogando con Marx y quizá también con Engels, rodeados de los protagonistas de esos *tiempos nuevos y difíciles* que uno y otros, a su manera, tratan de ayudar a entender y a transformar. Pienso en los panfletos políticos de Rousseau y Voltaire, pero también en las sátiras políticas de Swift (desde los geniales *Viajes de Gulliver* hasta *Una modesta proposición*), que anticipan a los Kafka, Huxley, Fanon, Camus, Orwell y tantos otros.

Repito que lo que importa para nuestra discusión es que este tipo de debate afecta al porvenir de una buena parte de lo mejor de la contribución europea. Y además está en juego la forma de organizar la propia Europa: el «proyecto europeo» de posguerra que imaginaron los padres de la UE. Por eso, lo que querría plantear en esta aportación se resume en la pertinencia de la pregunta ¿qué contrato social, que lazo

social y político proponemos hoy los europeos? Más concretamente, ¿está agotada esa creación, salida de nuestro laboratorio europeo, o podemos reinventarla?; ¿seremos capaces de encontrar esas propuestas —más que respuestas— que necesita un mundo desconcertado, fragmentado por el desbocado proceso de globalización tecnoeconómica que genialmente supiera entrever Eugene Pottier?<sup>3</sup> Porque no parece difícil pronosticar que, como no consolidemos en Europa un espacio público capaz de defender los derechos cívicos y laborales frente a las acometidas de la globalización tecnoeconómica, cualquier batalla estará perdida. Y ahí está en juego nuestro futuro: ¿Nos limitaremos a sufrir y tratar de minimizar los daños desde una actitud que Kundera ha identificado como el único rasgo constitutivo de la identidad europea, la nostalgia?; ¿seremos capaces no tanto de sufrir dignamente esta decadencia, sino de responder a ella?

John Stuart Mill, otro de esos gigantes sobre los que se asentaría la identidad europea —que quizá sería mejor denominar *las europas*— identificó la diversidad como la mejor riqueza de Europa. Y creo, como Heine, que justo en el momento en que hay quienes nos presentan como factor decisivo de declive o incluso de apocalipsis esa diversidad, desarrollada por la emergencia de las pluralidades ocultas, segregadas, expulsadas, eliminadas y hoy recuperadas (e incrementada por la exógena que nos llega por las migraciones), es cuando la diversidad puede emerger como asidero. No hablo en abstracto del motor de la diversidad que Taylor y Honneth han identificado y explicado en la clave de la «lucha por el reconocimiento». No son las ideas, solo; son también y sobre todo los hombres y mujeres que luchan por su reconocimiento. Y, en rigor, ello no es una novedad, pues Europa ha sido pionera de esa lucha individual y social por el reconocimiento: la historia del campesinado, luego de los comuneros, de los burgueses, de las minorías religiosas, lingüísticas y nacionales, del movimiento obrero, del feminismo, son buenos testimonios.

Quiero decir que sí, que en ese contexto de dificultades evocado por Francisco Jaurata hay una esperanza, que reside en las redes y movimientos sociales que pugnan por un reconocimiento que no es su *interés particular*, sino que tiene un alcance universalizante. Son agentes en buena medida alimentados por la sangre joven que revitaliza un continente y un proyecto que será europeo, pero no de los viejos europeos: una nueva geografía espiritual y una nueva gramática moral, jurídica y política. Un proyecto que, sin embargo, no hace *tabula rasa* de sus cimientos, sino que ahonda en ellos: desde los más antiguos, como la primacía de la ley y del derecho o la laicidad, a los más recientes, como la igualdad en los derechos, la igual libertad de hombres y mujeres.

La propuesta que ofrezco consiste en renunciar a la batalla de la identidad europea, que lastra con plomo el debate sobre el futuro de Europa, para recuperar la lu-

---

<sup>3</sup> Cfr. su poema *Laissez faire, laissez passer* (*L'Economie politique*).



cha por la construcción del espacio social y político europeo. Para ello es preciso ante todo abandonar la *estrategia reaccionaria y defensiva del miedo*, tal y como subyace a fenómenos recientes y cada vez más frecuentes, como el referéndum suizo contra los minaretes, la prohibición francesa del velo en las escuelas, el discurso de Benedicto XVI en Ratisbona, el ascenso de partidos xenófobos en sociedades abiertas como los Países Bajos, Dinamarca o Suecia, las modificaciones en las leyes de asilo e inmigración o la hostilidad al ingreso de Turquía en la UE.

Se trata de abandonar esa estrategia ensimismada, cuyo resultado es la imagen de una Europa fortaleza, que expulsa y criminaliza a sus inmigrantes cuando su futuro se juega precisamente en gran medida en la capacidad de una refundación europea surgida de la integración mutua de sus poblaciones y la inmigración de asentamiento —que no solo de mano de obra provisional— inevitablemente generada por esa necesidad que se ha cifrado en cincuenta millones de inmigrantes para el año 2050, sin cuya aportación es inviable el modelo social europeo. De otro modo, veremos cumplido eso que no pocos, como Bassets, han denominado el «suicidio europeo». Una amenaza que, como recuerda el mismo Bassets, contrariamente a lo que dice el manual seudoprogresista al uso (quizá, más exactamente, el mandato de lo *politically correct*), no sería el resultado del triunfo de un proyecto de extrema derecha. O no solo. Porque el caldo de cultivo de ese suicidio son *las tensiones y dificultades que sufren sobre todo los más desasistidos*: «desde los suburbios franceses *lepenizados* hasta los parados calabreses que la 'Ndrangheta manipula, la base social más genuina del populismo y de las pestes negras del signo que sea son siempre los menos favorecidos. Luego está el abono que los hace crecer: ese Estado ausente, corrupto y privatizado. Y una lluvia fina mediática hecha de antiprogresismo, incorrección política y comunitarismo occidental disfrazado de universalismo». Es decir, el abandono del modelo social de distribución equitativa y participación en el espacio público.

Ese riesgo se hace verosímil en la medida en que se asiente el recurso al miedo como cemento del proyecto de la comunidad política europea. Porque precisamente en un momento clave de la construcción europea como este en el que vivimos hay dos miedos que vuelven a recorrer y quizá a adueñarse de los europeos.

El primero, el *miedo a ser desnaturalizados, a ser invadidos*, a asistir a un nuevo *raptó de Europa*, pero esta vez en sentido inverso al mito fundacional. Son los otros —los extranjeros, los inmigrantes, los turcos— quienes con su presencia, incluso aunque no estén todavía dentro, sino a las puertas (como en otros momentos fundacionales de Europa), harían visible la inminente amenaza del secuestro de la «verdadera Europa».

Pero es también en torno a ese proceso político donde aparece el segundo de los miedos, el clásico *terror a un futuro descrito como incierto o, peor, como caótico*, el miedo utilizado como argumento para acallar la crítica y propiciar la sumisión. Es el ingrediente

principal que proporciona la crisis económica —y social— que atravesamos. Se trata de un viejo recurso del pensamiento conservador —o, más exactamente, reaccionario—, que presenta todo cambio como un peligro o, en todo caso, advierte que así será salvo que el cambio venga pilotado por los sabios que conocen el rumbo verdadero. Es decir, las tesis del paternalismo que caracteriza el despotismo ilustrado, pero también las variantes del tecnocratismo.

Con ello, como veremos, se frustraría el debate necesario sobre elementos particularmente decisivos en el proyecto político europeo, como el de la conjugación entre identidad europea —entendida en clave de modelo social, insisto— y reconocimiento de la diversidad cultural, algo que, a mi juicio, y adelanto una de las tesis que sostendré, solo es posible si apostamos en serio por una vía de salida del *cul de sac* de la identidad, que podría haberse propuesto a los europeos (pero no solo) mediante un nuevo concepto de ciudadanía, abierta, inclusiva, plural, aprovechando la definición normativa de ciudadanía europea que ofrecen los tratados. Una vía que supere el estrecho marco de la ciudadanía como título de pertenencia (a la par que título de atribución de derechos y deberes y título de soberanía), ligado a las comunidades políticas que son los Estados nacionales.

Porque sucede que el decaimiento, si no el fracaso, de esa herramienta de reconocimiento de la identidad que son los Estados nacionales, en profunda crisis en el contexto del proceso de globalización, pone en cuestión la eficacia de ese modo de construir el vínculo social y político que era, que es, la ciudadanía estatal nacional como estatus de los miembros de esas comunidades políticas, como título de reconocimiento del *nosotros* propio de cada uno de los Estados-nación. Un fracaso ligado a la quiebra del presupuesto de homogeneidad cultural y social de esas comunidades. Y la enésima repetición del debate acerca de qué es España, qué somos los españoles, a la que asistimos también hoy es un buen botón de muestra de todo lo anterior.

Pero, por otro lado, el retorno a las comunidades primarias —naciones, grupos etnoculturales incluso en su versión más simple (lengua, raza) o comunidades religiosas— no parece la respuesta adecuada y suficiente frente a esa crisis, por más que se trate del camino que muchos recorren, y no solo en lo que llamamos Tercer Mundo: baste pensar en la fuerza de las comunidades fundamentalistas de «cristianos renacidos» en los EE. UU. Volver a religar ciudadanía e identidad nacional o etnocultural en detrimento del equilibrio entre las tres dimensiones de la ciudadanía (título de pertenencia/identidad, de sujeto de derechos y de soberanía) no es la solución. Hay que superar, como han explicado Dahrendorf o Beck, el marco estatal-nacional como espacio exclusivo de la democracia.

### Europa y la búsqueda de identidad

Creo que lo que nos pasa hoy a los europeos puede expresarse así: los europeos estamos a la búsqueda de una especie de «suplemento de alma» para nuestra identidad. Porque es verdad que se nos ha dicho que debemos dar un paso más para avanzar hacia la construcción de la comunidad política que trascienda la condición del mercado común en el que todos jugamos ya como consumidores. Pero ¿cómo dar ese paso que parece un salto?; ¿qué es lo que puede hacernos conscientes de compartir una misma comunidad política?; ¿cuál puede ser el criterio de mutuo reconocimiento como *nosotros*, europeos?

Soy de la opinión de que la razón de nuestra incapacidad para dar respuesta eficaz a esas preguntas, que ahora ya no son meras especulaciones teóricas, sino que han adquirido la acuciante condición de requisitos de un proyecto práctico, reside en la fijación en una noción de identidad que parece a su vez remitir, en la mayor parte de las opiniones expresadas sobre el particular, a una cuestión de identidad cultural, de *identidad cultural europea*, claro está.

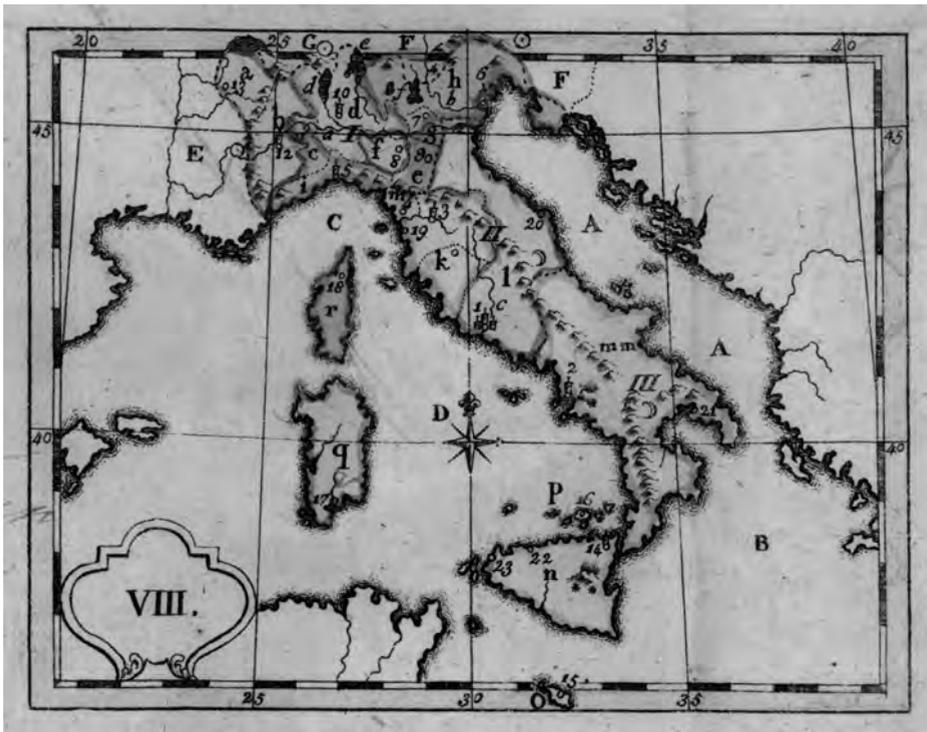
Ya sabemos que la referencia de sentido es una de las funciones básicas de la cultura como identidad, como nos recuerda, por ejemplo, el filósofo mexicano Luis Villoro.<sup>4</sup> Sabemos que entre las funciones atribuidas a la identidad cultural se encuentra también la de proporcionar integración, cohesión social.<sup>5</sup> Sin la capacidad de construcción del imaginario colectivo que proporciona la cultura no puede existir la comunidad social ni, a fortiori, la comunidad política. Precisamente por ello la cultura, la identidad cultural, parece el cimiento apropiado para asegurar la legitimidad de un proyecto político, máxime cuando, como sucede en el caso europeo, este tiene un déficit de adhesión ciudadana (no digamos nada si pensamos en la ilusión, en el entusiasmo).

Todo ello explica que hayamos vuelto la mirada al mito de Europa como *tierra prometida* para satisfacer esas necesidades de sentido y de cohesión sin las que el proyecto político europeo parece inviable. Por eso se explicaría la insistencia en la identidad europea, al menos como *Ersatzidentität* para sustituir, para llenar ese vacío provocado por la crisis de la identidad social construida en clave estatal-nacional. La identidad europea sería así el paso «natural» hacia el que nos conduciría la necesidad de superar el decaimiento de las viejas identidades nacionales, heridas de muerte, según el diagnóstico de quienes, como Habermas, sostienen que habríamos pasado a un nuevo estadio, el de las identidades posnacionales.

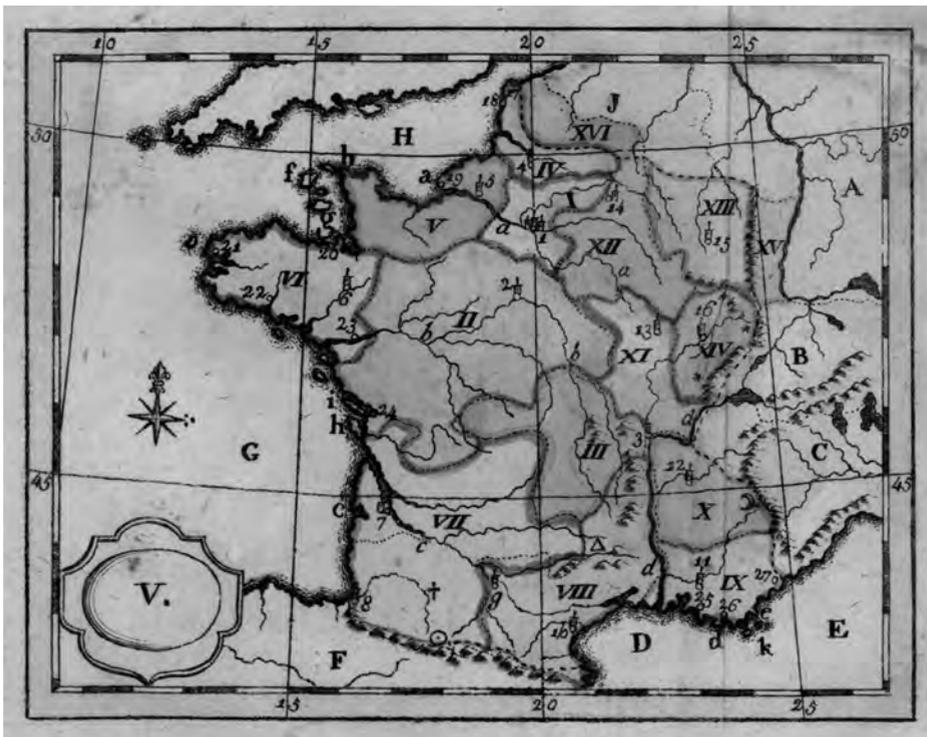
Nuestro problema es que la identidad europea no llegue a adquirir entidad propia, sino que se quede en ese carácter vicario. Lo que quiero decir es que el riesgo de

<sup>4</sup> Luis Villoro (1998): *Estado plural, pluralidad de culturas*. México: FCE, pp. 100 y ss.

<sup>5</sup> Sobre ello, cfr., por ejemplo, el libro del antropólogo italiano Manconi *L'elefante invisibile*.



«Italia», *Atlas elementar*. Madrid, 1786



«Francia», *Atlas elementar*. Madrid, 1786

la apuesta consiste precisamente en que la necesidad e incluso la urgencia de una identidad de sustitución de las identidades que hoy existen en lo que es Europa no sea suficiente para que exista como tal esa nueva identidad europea. Me apresuro a precisar que con ello no me sitúo en una posición reificadora o esencialista a propósito del debate sobre las identidades. Como luego habrá ocasión de explicar, la tesis que aquí se sostiene no promueve la búsqueda de una identidad esencial europea como un objeto real, existente aunque más o menos difícil de hallar. Parto de la convicción de que las identidades se construyen, o, si se prefiere, que existen diferentes modelos de procesos sociales de identificación. Admito también que una de las razones de esa construcción, incluso el argumento más fuerte, es la necesidad. Por tanto, no trato de negar —lo que postulo es precisamente lo contrario, como se verá— que podamos construir esa identidad. Ese es precisamente el núcleo de mi propuesta, construir un determinado modelo de identidad europea. Pero la cuestión consiste en esclarecer el cómo y el para qué. Sí, en buena medida, una *cuestión de método*.

Lo que sucede es que, quizá urgidos por la necesidad, nos hemos abandonado demasiado fácilmente a la tentación del miedo y hemos optado por la ilusión de proponer la existencia de una identidad europea presentada casi en términos esencialistas. Creo que la mayor parte de las formulaciones de esa identidad inciden en este error, por no decir en este prejuicio. Y hablo de prejuicio en el mismo sentido en el que Kundera se refiere a esas propuestas, calificándolas, como veremos después, como una suerte de giro nostálgico. Un giro nostálgico que, a falta de otra respuesta consistente, parece optar por construir la identidad europea mediante la conocida vía negativa, es decir, recurriendo a mostrar lo que no es la identidad cultural europea. De ahí, también, la importancia del miedo a la hora de formular semejante propuesta.

En ese planteamiento se olvida una advertencia que recordaba recientemente Claude Lévi-Strauss, en una entrevista a propósito de la concesión del Premio Internacional Catalunya: «Lo que llamamos pensamiento europeo, nuestra civilización, es el fruto de aportaciones que vienen de otras latitudes, que son el resultado del contacto entre los distintos pueblos y culturas del continente pero también de nuestros viajes. Europa siempre ha sido un continente mestizo, por emplear el mismo término. La gran diferencia que hemos visto en el siglo XX es la aceleración de la comunicación. Viajamos más deprisa, lo que antes necesitaba semanas o meses de barco ahora se recorre en unas pocas horas, pero también es cierto que antes salías de un puerto comercial de una vieja ciudad muy activa para llegar a otro de un mundo en construcción, mientras que ahora despegas de un aeropuerto y aterrizas en otro casi idéntico. El mestizaje, la fusión, necesita tiempo, madurar, pero la extraordinaria aceleración del siglo XX no deja tiempo para asimilar las influencias del otro».<sup>6</sup>

<sup>6</sup> Entrevista en *Babelia, El País*, 9 de mayo de 2005.

Algunos parecen iluminados por el hallazgo: sí, la identidad europea, como identidad de identidades, plural a la par que inclusiva, sería la vía ansiada. Pero me temo que, de momento, hemos dado un salto en el vacío, pues no creo que sea nada fácil probar que hay tal identidad cultural europea y tampoco una identidad que provenga de un *demos* europeo. No se avizora en el horizonte próximo esa identidad política europea, porque ese *demos* aún está muy lejos de constituirse, y los europeos, como sujetos de ese *demos*, como ciudadanos en esa triple acepción mencionada, no comparan aún (al menos como sujetos de la soberanía, pero creo que tampoco como titulares de la pertenencia y como sujetos plenos de derechos).

Trataré de concretar mi propósito. La reflexión que propongo no rechaza la necesidad de avanzar hacia Europa como una comunidad política, aun incluso en un nuevo sentido (una comunidad red, no una comunidad cerrada, que imite el modelo del Estado nacional). Soy consciente de la oportunidad, del carácter deseable e incluso necesario de construir la Europa política. Y también, por tanto, de que resulta indispensable contar con el elemento de cohesión de la comunidad política que es la identidad. Por tanto, de la necesidad de una identidad europea. Pero no creo que debamos tratar de encontrar esa identidad mediante el recurso arqueológico que nos conduce a las fuentes culturales de Europa. A mi juicio, estamos ante un ejemplo particularmente claro de las identidades-proyecto, de los procesos de identificación construidos en torno a la negociación y al acuerdo que se expresan en la formulación de unos valores y reglas de juego políticos. Por eso, como se verá también en esta páginas, no solo no quiero ignorar ni menospreciar la importancia de una constitución para los europeos. Al contrario: la creo necesaria y aun decisiva, porque a mi juicio solo esa constitución puede crear el *demos* europeo, que no nacerá de la dimensión cultural/identitaria, de un *ethnos* que no existe, y que no puede construirse como se pretende a partir del mestizaje de la diversidad de los *ethnoi* de los europeos.

A la luz de todo lo anterior, creo que necesitamos un proyecto, un elemento normativo (jurídico y político) que traduzca un determinado proyecto social capaz de suscitar la adhesión de los europeos y así crear una identidad europea. Y, como argumentaré más adelante, creo que el alma de ese proyecto es, paradójicamente, lo que denominaré un «no-lugar europeo», porque lo que a mi juicio le da sentido a la identidad europea no es tanto la idea de recuperar y mantener la «Europa de los europeos», sino el proyecto de construir y ofrecer un lugar de Europa en el mundo, su proyección en el exterior.

Dicho de otra manera, creo que la respuesta a la identidad europea no se encuentra tanto en las raíces de Europa (convertidas en universales que no puede pretender propios, exclusivos ni aún específicos) como en su apertura y su función en el mundo. Europa entendida sobre todo como *mediador evanescente*, de acuerdo con la propues-

ta que ha hecho Balibar, parafraseando a Jameson. Dar cuerpo a esa función es el método —y la finalidad— que permitirá construir una identidad europea que genere la ilusión por el nosotros europeo, que dinamice y motive la aspiración a construir Europa y a pertenecer a ella.

### **Por qué es preferible el sueño europeo: el futuro de la revolución democrática**

Quisiera insistir aún en otra advertencia que, a mi juicio, es de la mayor importancia en el terreno pragmático, y no solo en el académico. No quisiera que, paradójicamente, la insistencia en denunciar ese error de buscar la identidad donde no se puede encontrar pueda desviar nuestra atención de otro error, a mi juicio muy grave, puesto que constituye algo así como la *mainstream* del proyecto político europeo. Me refiero a una tesis que tiene mucho que ver con una advertencia enunciada recientemente con su habitual agudeza por Ulrich Beck. El sociólogo alemán coincide con una parte importante del elogio de Rifkin al sueño europeo, pero advierte que el problema consiste en que nos hemos quedado con la tesis de la superioridad de nuestro sueño respecto al sueño americano de 1776, pero no hemos reparado lo suficiente en por qué lo es, o, para ser más exactos, en las razones que podrían hacer del sueño europeo una etapa de progreso en el proyecto que se puso en marcha con la revolución de 1776.

Democracia significa isocracia, isonomía e isegoría. Democracia es igual a libertad de todos los ciudadanos. Si la democracia ha de sobrevivir, como en otras ocasiones, debe superar los desafíos que entrañan las enormes transformaciones sociales a las que asistimos y que hoy exigen una democracia plural e inclusiva: por eso las instituciones e incluso los modelos democráticos varían de Pericles a Cicerón, de Jefferson o Condorcet a Roosevelt y Churchill. La pregunta es si sigue siendo posible ese ideal de democracia cuando han desaparecido buena parte de los supuestos sociales en los que se asentaban de las democracias del siglo pasado. En nuestro caso, en el siglo XXI, las condiciones en las que debe asentarse la democracia remiten a las características del proceso de globalización, a la sociedad global y a la creciente visibilidad de la pluralidad social y cultural. Es en ese sentido en el que algunos entienden, precisamente, que el sueño europeo señala la vía a seguir.

Creo que hay dos razones que pueden justificar la presentación del sueño europeo como ese paso superior. El problema es que una de ellas está en riesgo de desaparición. Y la otra, por el momento, es un desideratum. Una y otra tienen que ver con las condiciones de pervivencia del sueño de la democracia. Porque de eso se trata, no tanto de si el proyecto europeo encarna un modelo de Estado o de superación del Estado cuanto de si reúne los requisitos para que la democracia subsista y se fortalezca en condiciones muy distintas de aquellas que hicieron posible su florecimiento en las ciudades griegas, en la república romana, en los Estados nacionales del siglo XIX y XX.



Mapa de Europa sobre pergamino. Harmen y Marten Jansz, 1610

Como digo, a mi juicio hay dos elementos que pueden servirnos de test para responder, y los dos tienen que ver con las características del sueño europeo. El primero es la extensión de la igualdad, de los instrumentos que hacen posible universalizar una igualdad entendida no como uniformidad simplificadora, sino como igualdad compleja, que no ahoga, sino que reconoce la pluralidad. Hablamos en este caso de las condiciones del modelo social y político propio de la democracia plural e inclusiva. El segundo, la capacidad de crear instituciones globales para mantener los principios y reglas de juego del Estado de derecho y de la democracia. Hablamos en este caso de las condiciones de la democracia global, de la democracia del mundo.

La primera de esas razones de la preferibilidad del sueño europeo, por tanto, nos remite a uno de los tópicos más repetidos cuando se habla de la especificidad del modelo europeo. Me refiero al manoseado «modelo social europeo» que algunos explican mediante la conocida distinción propuesta por Michel Albert entre capitalismo renano y capitalismo angloamericano. Se trata de una propuesta bien conocida, como no menos conocido es el debate en torno a la crisis del capitalismo renano, de la experiencia de puesta en práctica del modelo de Estado de bienestar (porque hablar de Estado social es apuntar a modelos respecto a los que no existen experiencias), que el neoliberalismo considera acabado y respecto al cual se ensayan terceras vías —como en el Reino Unido con Blair— o simplemente se procede a su demolición controlada —en la Alemania reunificada de Schröder y con el Gobierno de Merkel; ahora en la Francia de Sarkozy y en la España de Zapatero—. Como veremos, buena parte del debate en torno al modelo político europeo que propone el tratado constitucional se debe a las discrepancias en torno al abandono o reformulación del modelo social europeo, tal y como se formula no tanto en la primera parte del tratado como en la tercera.

Sin embargo, creo que la razón profunda de la discrepancia va más allá de lo que nos suelen explicar las teorías formuladas por los economistas sobre las falencias de un modelo y la aparente racionalidad indefectible de otro. No dudo de la importancia de la concreción de las condiciones y la viabilidad de una economía social de mercado (en todo caso, cada vez más de mercado que social), pero a mi juicio el elemento decisivo viene dado por las posibilidades de profundización en la propuesta democrática que se inicia con el sueño democrático de los revolucionarios de 1776, que apuestan por una democracia que tiene más que ver con el ideal republicano de Roma que con la democracia de las polis griegas. Y a mi juicio la clave es el papel de los agentes del proceso democrático, el reconocimiento de la condición de sujetos de la democracia entendida como actividad, y no tanto como edificio o juego de poderes institucionales. Lo importante es quiénes —cuántos y cómo— pueden participar en el día a día de la democracia. Y las limitaciones de la respuesta

explican a mi juicio el déficit democrático y la distancia entre instituciones políticas y ciudadanía.

Precisamente por eso, creo que las condiciones que permiten mantener la preferibilidad del modelo europeo tienen bastante que ver con las razones del fracaso de la vía revolucionaria emprendida por los colonos americanos de 1776. El modelo europeo sería más inclusivo, por más abierto a la igualdad de quienes se supone deben ser los sujetos del espacio público. Curiosamente, me parece que para explicarlo puede ser más útil referirme a una novela que a tantos de los sesudos trabajos académicos sobre el particular. Me refiero a una obra de culto en los EE.UU., poco conocida en Europa, la novela de Richard Yates *Revolutionary Road*,<sup>7</sup> que, desde la metáfora incluida en el título mismo, es un texto que puede ser releído con particular provecho hoy, precisamente en el aniversario de Tocqueville, que se inspiró en el fenómeno norteamericano para sus perspicaces reflexiones sobre las condiciones de viabilidad de la democracia.

Quiero decir que, en mi opinión, el «interés añadido» de la novela de Yates radica en que ofrece un arsenal de argumentos para debatir sobre las razones del agotamiento de un proyecto que, sin forzar en exceso la analogía, muestra muchos puntos en común con el que nos ofrecen en este momento a los europeos, porque es el tipo de relaciones sociales, el modo de entender el vínculo social —y por ello el político— el que ha de cambiar, como supo anticipar el incisivo Miguel Espinosa.<sup>8</sup> En efecto, leída con las gafas del novelista, politólogo y constitucionalista murciano, creo que puede afirmarse que Yates proporciona una revisión implacable del «modelo americano», de la filosofía política que permitió construir los EE. UU. sobre el legado de los *founding fathers*, a partir de dos instrumentos clave.

Hablo, claro está, en primer lugar, de la potencialidad de la Constitución norteamericana, sabia y reiteradamente *enmendada* y con ello convertida en una herramienta de desarrollo, en un auténtico «modelo para armar», y no en aquel otro modelo que asoma hoy, aquel en que algunos defensores de las constituciones (que, sin sa-

---

<sup>7</sup> Richard Yates (2003): *Vía Revolucionaria*, Barcelona: Emecé. Traducción de Luis Murillo. Epílogo de Richard Ford. Publicada en 1961, le valió a Yates el reconocimiento como uno de los mejores críticos de la vida cotidiana de los EE. UU., y en particular de un período capital aunque poco conocido, el de los cincuenta. Así, se le ha comparado con Cheever o Fitzgerald. Buena parte de los mejores exponentes de la siguiente generación, como Raymond Carver, Richard Russo o Richard Ford (que escribió un epílogo incluido en la edición española) se cuentan entre sus admiradores y reconocen su influencia.

<sup>8</sup> Miguel Espinosa (1990): *La fea burguesía*, que cito por la edición de Alfaguara (Madrid); *Escuela de mandarines* (1974). Barcelona: Los libros de la frontera. La anticipación de esta crítica al decaimiento del ideal revolucionario de la democracia norteamericana se encuentra formulada en su *Reflexiones sobre Norteamérica* (1982), Murcia: Editora Regional (se publicó primero en Revista de Occidente, Madrid, 1957, con el título *Las grandes etapas de la historia americana*), en la que se advierte con claridad la huella de Tierno.

berlo, van camino de descubrir a Carl Schmitt) quieren convertirlas, esto es, en una jaula de hierro, en la enésima versión de las tablas de la ley que aprisionan y enmohecen a la propia sociedad que se la otorgó.

Y me refiero además —sobre todo— a ese motor que supo advertir Tocqueville, la dinamicidad de la sociedad civil y en particular de su capacidad asociativa, esto es, de una concepción de la política directamente ligada a sus actores fundamentales, los ciudadanos, aunque ello sea con el coste aparentemente paradójico de su alejamiento de los protagonistas del espectáculo, los profesionales de la política (ya se sabe: menos de un tercio de los ciudadanos norteamericanos participan en la elección de su presidente). El espíritu revolucionario es precisamente ese, y la historia que nos relata Yates es la del fracaso, o al menos la de la vía muerta en la que ese espíritu ha entrado en la sociedad norteamericana de los cincuenta que retrata sin concesiones el autor.

Yates calificó a su novela como una sucesión de abortos. Según se asegura, cuando alguien le preguntó por lo que estaba preparando en esa época, respondió: «Estoy escribiendo sobre un aborto». Abortos de toda laya: de carreras profesionales, de una obra que nunca se terminará, de las ambiciones y planes de los personajes, pero también un aborto real, físico, al que seguirá una muerte. Y esa es la metáfora del texto, porque Yates, como su protagonista femenina, April Wheeler, escribe su novela como una reacción contra lo que entiende que fue una traición —la traición— al genuino espíritu revolucionario americano. El camino emprendido entonces, en 1776, como una respuesta frente a la injusticia que suponía la exclusión de los colonos del incipiente sistema democrático que se vivía en la metrópoli, exclusión que se hace patente por la unilateralidad de la condición de contribuyentes sin derechos (*no taxation without representation*), había llegado a un callejón sin salida, dice Yates. El aborto se produce en los cincuenta, la era de Eisenhower y McCarthy, la era de la búsqueda ciega de la seguridad, porque la hegemonía del complejo militar industrial, el secuestro del poder político real por parte de quienes no se someten a elección ni control (como se advierte en una sátira política muy posterior, esta escrita por un «nuevo americano», Jerzy Kozinsky<sup>9</sup>), ha contribuido a sustituir el ideal revolucionario de los ciudadanos activos por un aborto, el de los consumidores pasivos y satisfechos.

En realidad, lo que explica la novela de Yates es cómo ese aborto del proyecto revolucionario, la pérdida del capital humano que Tocqueville viera como la riqueza decisiva de la democracia americana, se debe a la sustitución de la ciudadanía activa

---

<sup>9</sup> Me refiero a *Being there*, traducida al castellano como *Desde el jardín* y que dió lugar a la comedia del mismo título, interpretada por un siempre eficaz Peter Sellers y aquí titulada *Bienvenido Mr. Chance*.



«Una chimenea en Estrasburgo», grabado de *La Europa pintoresca*.  
Montaner y Simón Editores, 1883

por la «muchedumbre solitaria».<sup>10</sup> La enérgica comunidad social ha devenido en un aborto, el de la sociedad de las grandes superficies y los chalets de las afueras, el del aislamiento de la vida dividida entre la soledad competitiva del trabajo y la soledad de las urbanizaciones. El individualismo vacío es cáncer del ideal revolucionario, porque en ese individualismo, como sabían Hobbes y Hegel, antes que Marx y Freud, se encuentra el caldo de cultivo del autoritarismo, incluso del fascismo que bordea la era MacCarthy.

Ese es, a mi juicio, el trabajo en que se empeña Yates al escribir una novela que es también y sobre todo una crítica de lo que algunos calificaron como «la solución suburbial de la posguerra»: un mundo triste, gris, mortal, un camino en el que el ideal revolucionario/republicano, el ideal ciudadano de una vida mejor, se ha trivializado y contaminado, transformándose en el ideal del consumidor satisfecho, el de una vida más fácil y menos responsable. Como escribe Ford, todos los personajes de *Vía revolucionaria* «Transitan por caminos marcados por fuerzas y autoridades distintas de su propio concepto de bien y mal: las Convenciones, la Ruptura, la Avaricia, la Huida... privados de la facultad de obrar bien o incapaces de las afiliaciones humanas que podrían tejer un entramado de espíritu colectivo lo bastante recio para sustentar a los débiles si estos llegan a flaquear o para consolar los ruegos de los que desesperan».

Sus protagonistas, April y Frank Wheeler, viven con sus dos hijos en una urbanización de la ciudad dormitorio de Revolutionary Hills Estates, en la zona oeste de Connecticut, con amigos como Shep y Milly Campbell, y tienen la «clase de velada que es el más espantoso de los entretenimientos suburbanos: aquella en la que las mujeres hablan entre sí sobre recetas y ropa y los hombres de trabajo y coches». En otra de las magníficas intuiciones de Yates, el marido de April, Frank, trabaja en uno de los primeros ejemplos de un nuevo sector productivo, lo que hoy conocemos como informática, la Knox Business Machines Corporation, una empresa de computación en la que desarrolla conscientemente un trabajo rutinario. Tiene una amante ocasional en la oficina, Maureen, a la que trata con amable condescendencia machista, ante la indignación de la amiga de aquella, en cuyo alegato pone Yates los argumentos del incipiente feminismo que, sin saberlo, incuba April. Frank, vanidoso y contemporizador, cree ser consciente de la «irremisible vaciedad» que les rodea (Yates le describe diciendo que cree ser «un Jean Paul Sartre ardiente y nicótico») y asimismo cree haber conseguido escapar a ello, pero en realidad es un caso vulgar de adúltero, un fariseo que ha traicionado su vocación inicial de escritor (tal y como lo conoció April) y solo sabe emplear mezquinamente su formación universitaria para «salpicar su conver-

---

<sup>10</sup> Denunciada por Riesman, pero ya anticipada por Bacon con su «magna civitas, magna solitudo» y a la que dio expresión temprana en el cine King Vidor, en su *The Crowd*, en 1928.

sación de referencias literarias». En esa situación, April descubre que es inaplazable romper y emprender una nueva vida.

La propuesta de April es un reto para Frank. Ambos han de empezar de nuevo, en otro país, en una Europa que a sus ojos no es el viejo mundo sino uno nuevo, donde pueden recuperarse a sí mismos, algo que probablemente tampoco han entendido quienes se llenaron la boca con la retórica de la «vieja» y la «nueva» Europa a propósito de la disputa entre los EE. UU. y la UE en relación con la guerra de Irak. Europa, el pasado del proyecto revolucionario, aparece así como la oportunidad de «recuperar el futuro». El desafío de April a Frank consiste en que Frank recupere su auténtico proyecto, el de escribir, y abandone un trabajo que no le gusta, que sabe que constituye una rutina y a la par (aunque no quiera reconocerlo) una traición a sí mismo. Pero es también un desafío para el modelo de matrimonio al que aparentemente se ajustan April y Frank, como tantos millones de norteamericanos, comenzando porque supone abandonar el rol de ama de casa, ya que April trabajaría para los dos —quizá en los cuarteles de la OTAN en Bruselas—. Un desafío, en fin, que desencadenará la tragedia, en la que actúa como catalizador la irrupción en su vida de John, el hijo de sus caseros Helen y Howard Givings, internado en un establecimiento psiquiátrico y que ha padecido 37 *electroshocks*. John no es un enfermo mental, sino un «inadaptado», alguien que no comparte los valores que imperan en este aborto de revolución que es el aburguesamiento de *Revolutionary Road* y que se empeña en decir las cosas como las ve, espoleando el valor de April para cambiar, para tomar las riendas de su vida, para recuperar la iniciativa.

Los Wheeler de Conneticut viven muy lejos de los Castillejo de Murcia, los protagonistas de la etapa de asentamiento del franquismo dibujada por Espinosa, o incluso de los Arce, los personajes de *Romanticismo*,<sup>11</sup> la espléndida novela en la que Manuel Longares describe el final del mundo ensimismado de la alta burguesía del barrio de Salamanca con la llegada de la transición. Pero la historia de los Wheeler es nuestra. La crisis de April, desde el fracaso de su actuación en la compañía de teatro aficionado —el único vestigio del asociacionismo revolucionario que Yates ofrece— es similar a la de Laura Brown, el personaje de *Las horas*<sup>12</sup> que encarnó para la pantalla Julianne Moore en la oscarizada película de Stephen Daldry.

Pero la crisis de April es sobre todo la de una sociedad vieja, que ha perdido la tensión política del proyecto revolucionario inicial. Por eso interesa a quienes hoy advierten la misma pérdida de tensión en el proyecto pactado entre reformistas y

---

<sup>11</sup> Manuel Longares (2002): *Romanticismo*. Madrid: Alfaguara.

<sup>12</sup> La novela de Michael Cunningham que ganó el Pulitzer y que constituye un homenaje a la *Mrs. Dalloway*, de Virginia Wolf.

rupturistas hace veinticinco años y que, más allá de un imprescindible marco legal, la Constitución de 1978, significaba en cierto modo la oportunidad de recuperar los ideales de regeneración (no solo de modernización) que inspiraron otro proyecto anterior, el de 1931. Es probablemente hacia esos principios a los que habría que volver la vista para ganar el futuro.

En cuanto a la segunda razón, como señalaba más arriba, el problema es que está lejos de verificarse el sueño de los padres fundadores del proyecto europeo e incluso no está claro que ese sea el sentido de ese «sueño europeo», crear una identidad europea. Pero, al mismo tiempo, quisiera insistir en que, si nos decidimos por ella, creo que no solo podremos construir una identidad europea (paradójicamente, como vengo repitiendo, como un no lugar europeo, porque se trataría del papel de Europa en el mundo), sino que ese proyecto hará del sueño europeo un avance significativo.

Para Rifkin y con mayor claridad para Beck, si el sueño europeo puede aspirar a ser superior es porque resulta más adecuado para el proyecto de democracia global, que es el que necesita la sociedad global, tal y como acaba de insistir, por enésima vez, David Held.<sup>13</sup> Al menos como etapa, el proyecto europeo parece un paso adecuado para garantizar instituciones que permitan gobernar el proceso de globalización, someterlo a las reglas del Estado de derecho y de la democracia. La democracia global requiere superar el hegeliano límite del Estado nacional como comunidad política superior, sus exigencias, sus principios, su lógica. Y esta es la cuestión que parecen no advertir en buena medida nuestros Gobiernos, nuestros representantes europeos. Algo que el movimiento europeo puede, en cambio, contribuir a fortalecer, tal y como ha tratado de explicar U. Beck:<sup>14</sup> la vía europea a la democracia no tiene por qué —en realidad, no debe— coincidir con la vía recorrida por los Estados nacionales. Beck la describe como el proyecto de un imperio del consenso y del derecho, que permitiría superar la «impostura» nacionalista y la impostura «neoliberal». Ni el sueño de la homogeneidad etnocultural ni el sueño de la exclusividad de la razón económica bastan: en realidad, devienen en pesadillas para una gran parte de la población. Solo una «teoría crítica de la europeización», escribe Beck, puede hacer del proyecto europeo una esperanza para los europeos, pero también para la sociedad global.

**Javier de Lucas\***

<sup>13</sup> Cfr. su *Comunidades de destino* (2005). Madrid Taurus. Held persigue los elementos de lo que él sostiene como una «agenda para la socialdemocracia global», partiendo del hecho incontestable de que la aparición de problemas sistémicos globales requiere respuestas concertadas de carácter, como mínimo, multilateral. Eso requeriría, entre otros elementos, una suerte de «ciudadanía mundial», a la que muchos se han referido y aún no se ha sabido concretar.

<sup>14</sup> Cfr., por ejemplo, su «Imposturas europeas», *El País*, 9.5.2005.

\* Dirección para correspondencia: Jdelucas@colesp.org

# El naufragio de la *Medusa*: Europa, en el nuevo contexto geopolítico

Lluís Bassets

**Resumen:** Una tormenta perfecta se ha abatido en el primer semestre de 2010 sobre la Unión Europea, en la que la crisis económica y las dificultades financieras de varios países han actuado como catalizador de los cambios geo-políticos que se venían fraguando desde hace décadas en el preciso momento en que entraba en vigor el Tratado de Lisboa, que debía proporcionar una nueva visibilidad y protagonismo a los europeos. Europa se está encogiendo en su demografía, en su economía y en su peso político en relación con el resto del planeta y sobre todo los nuevos países emergentes, llamados BRIC. Esta nueva situación ha pillado a los países europeos en un momento de crisis de la política, de ascenso de los populismos y de desfallecimiento de la voluntad europeísta. El euro se situó el mes de mayo al borde del naufragio, y ha sido precisamente el peligro inminente lo que ha producido el sobresalto y ha hecho reaccionar a los veintisiete. Pero la Unión Europea deberá dar nuevos pasos hacia una gobernanza económica del euro y hacia la unión política y fiscal si no quiere encallar de nuevo, y quizás con todavía mayor gravedad y peligro, en idénticos escollos.

**Palabras clave:** Unión Europea, Tratado de Lisboa, euro, países BRIC, crisis financiera.

**Abstract:** A perfect storm crashed upon the European Union in the first half of 2010, where the economic crisis and financial difficulties in several of its member countries acted as catalysts for the geopolitical changes that had been brewing for decades, at the very moment when the Treaty of Lisbon, which would provide a new visibility and prominence for Europeans, was coming into force. Europe is shrinking in population, in its economy and its political weight in relation to the rest of the world, and especially the new emerging economies called the BRIC countries. This new situation has caught the European countries at a time of political crisis, increased populism and lack of pro-European will. The euro found itself at the forefront of the crisis this May, and it was precisely the imminent danger of the currency which produced the shock that drove the 27 member countries to react. But if the EU does not want to run aground again on the same reef, perhaps with even greater severity and danger, it is imperative to take further steps towards an economic governance of the euro and a political and fiscal union. It is imperative that the European Union take new steps towards an economic governance of the euro and towards a political and fiscal union, if it does not want to be shipwrecked again on the same reefs, perhaps with even greater toll

**Key words:** European Union, Lisbon Treaty, euro, BRIC countries, financial crisis.

La imagen y emblema del naufragio, a pesar del *Titanic* y de las numerosas víctimas de su catástrofe, a pesar incluso del impacto en la opinión mundial de un desastre marítimo que cuestionaba la tecnología constructiva y las artes más avanzadas de la navegación a principios del siglo XX, sigue siendo la de la *Medusa*, hace dos siglos: aquella fragata francesa varada ante las costas de Senegal en 1816, gracias a la

colosal incompetencia e ignorancia de su capitán, que dio motivo a la célebre tela de Theodore Géricault titulada *Le radeau de la Méduse*, expuesta en el museo del Louvre, pintada entre 1818 y 1819 y convertida pronto en el pórtico icónico del Romanticismo.

En todos los naufragios célebres solemos encontrar los mismos temas. La impericia y el descuido de los capitanes. La frivolidad de unos pocos y las graves consecuencias para todos. La desorganización y la incompetencia de las tripulaciones. Las heroicidades de unos y las miserias de otros. El horror y sus víctimas. Con frecuencia también la confianza excesiva en las capacidades humanas. Nadie ha contado mejor la peripecia de aquel naufragio, la del artista que lo convirtió en un símbolo y la de la interpretación suscitada en la época como una crítica bonapartista a la restauración borbónica que el escritor inglés Julian Barnes en su *Historia del mundo en diez capítulos y medio*.

Según esa pauta, la tela de Géricault nos puede servir a estas horas como uno de los iconos más adecuados para significar el trance que atraviesan Europa y sus instituciones, varadas en el banco de arena de una crisis financiera que luego se ha convertido en crisis de las deudas soberanas y ahora ya es la crisis de la moneda europea, el euro; una crisis de enorme capacidad destructiva, que puede afectar, según anuncian voces cada vez más sonoras e insistentes, a las conquistas alcanzadas en los últimos sesenta años, es decir, a la propia Unión Europea.

Durante años hemos venido ilustrando la peripecia europea con las imágenes extraídas de la mitología griega, que también han ocupado a pinceles tan destacados como los de Picasso, Courbet o Tiziano, referidas sobre todo a esa Europa secuestrada por el padre de los dioses, Zeus, que se metamorfosea en un toro blanco para alcanzar a la joven doncella. No es únicamente el actual detonante griego de la crisis lo que aconseja la búsqueda de otros territorios retóricos. Europa no se halla secuestrada. Si lo estuvo en algún momento, y lo estuvo, al menos su mitad oriental, hasta 1989 y algunos componentes meridionales hasta mitad de los años setenta, ahora es una realidad de países libres que han decidido unirse de una peculiar manera, que quiere decir poco y mal. Cabría asimismo forzar la imaginación metafórica para buscar en esa doncella prisionera de Zeus el dudoso icono de un sueño de unión política y cultural que todavía no ha podido convertirse en realidad. Pero no hay que forzar las cosas. La verdad es que el mito del secuestro mitológico ya no encaja como metáfora en una realidad que se acomoda mejor a la idea de un bajel que navega en aguas peligrosas sin nadie competente en el timón, y por tanto con evidente peligro de zozobra.

Los europeos debemos prepararnos para enfrentarnos a la tormenta perfecta y quizás estamos mejor adaptados al temor del naufragio que a la recuperación de una imagen o de un ensueño de raíces mitológicas. Ahora mismo parece como si Europa hubiera tropezado ya con los escollos y estuviera en trance de saltar de la fragata a la balsa,



Théodore Géricault (1791-1824): boceto para *Le radeau de la Méduse*, 1818. Guache sobre papel

la patera precisamente, ese artefacto utilizado por numerosos ciudadanos de África para alcanzar nuestro continente y que constituye otro signo de la deriva europea.

Los naufragos de la *Medusa* llamaron a la balsa, *La Machine*, la máquina, de la que deriva, en masculino, *Le Machin*, el artilugio, denominación sarcástica que utilizó el general De Gaulle para referirse a la institución multilateral por excelencia que es Naciones Unidas. Para el presidente francés, político que encarna como pocos la idea de la soberanía nacional y uno de los mejores representantes del mundo de las viejas naciones, todo lo que fuera multilateral y todo lo que apuntase hacia la superación del viejo orden establecida hacía más de 360 años en la Paz de Westfalia era también un *machin*, un artilugio, una patera artificiosa e increíble.

Europa, y en concreto la Unión Europea, se hallan sumergidas en una profunda crisis, que no es únicamente política y económica. El Grupo de Reflexión sobre el futuro de Europa, presidido por Felipe González, la ha sintetizado con tintes sombríos. Nos encontramos con «una crisis económica global; Estados al rescate de banqueros; envejecimiento demográfico que afecta a la competitividad y al Estado de bienestar; competencia a la baja en costes y salarios; amenaza de cambio climático; dependencia de unas importaciones de energía cada vez más cara y escasa, o desplazamiento hacia Asia de la producción y el ahorro», además de amenazas advertidas mucho antes, como el «terrorismo, el crimen organizado o la proliferación de armas de destrucción masiva». Según esta pintura, Europa crecerá menos que el resto del mundo, disminuirá su peso mundial en términos demográficos y de PIB, quedará rezagada en creatividad e innovación tecnológica. Sus necesidades de energía seguirán creciendo, incluso con mejoras en el ahorro y en la eficiencia. Lo mismo sucederá con la dependencia del petróleo, que seguirá representando un 80 % de la oferta a pesar del incremento de las energías alternativas.

Esta crisis europea puede analizarse a partir de varios sustratos o capas, que van desde lo más formal, como los tratados y las instituciones, hasta lo más enraizado en las creencias de los ciudadanos, como los valores e ideologías. Pues bien, el primero y más elemental de los sustratos con que tropezamos con solo abrir el periódico cada día corresponde precisamente a la destrucción de aquel viejo orden westfaliano de los Estados nación, un proceso que empezó hace muchos años y ha ido encontrando mal que bien sus alternativas o quién sabe si apaños en esos *machins* o artilugios como la Unión Europea hasta que los acontecimientos se nos han venido encima. Entonces, es decir, ahora, hemos podido comprobar hasta qué punto esta crisis responde a la definición de crisis, puesto que el viejo orden, totalmente obsoleto, no quiere desaparecer, pero no hay forma de que una nueva organización de las cosas venga a sustituirlo. Asaltados por la tempestad de la crisis económica y situados en una deriva de incierto futuro, los europeos no tenemos fuerza, ni convicción, ni voluntad suficien-

tes para navegar por nosotros mismos como tales en nuestra Unión, pero tampoco hay posibilidad alguna de regresar al pasado y reinstalarnos en el mundo global exclusivamente como alemanes, franceses o españoles.

Una de las cuestiones más llamativas de la reciente actualidad internacional es la progresiva ausencia tanto de la Unión Europea como de sus socios más destacados de la escena mundial como actores y protagonistas de las grandes negociaciones multilaterales. El ejemplo más flagrante y reciente es el de la Cumbre del Clima de Copenhague, el pasado mes de diciembre, en la que fueron las nuevas potencias emergentes, los llamados BRIC (Brasil, Rusia, India y China), junto con Estados Unidos, las que cerraron el acuerdo meramente declarativo y de mínimos con que se clausuró la reunión en la que debía reformularse el Protocolo de Kioto sobre reducción de emisiones a la atmósfera. Los europeos se hallan entre los más cumplidores y también entre quienes más han impulsado toda la negociación multilateral sobre el cambio climático, pero en el momento en que Estados Unidos ha dejado de bloquear el proceso de Kioto y aparecen ya decididos a adquirir protagonismo los nuevos países industrializados, entonces los europeos, tanto su Unión como los Estados que la componen, se convierten en totalmente irrelevantes.

La primera crisis, pues, es la que se halla incorporada al título del artículo: corresponde a las modificaciones gigantescas en el orden geopolítico mundial que han convertido el viejo orden formado por naciones soberanas, organizadas en torno al mundo bipolar de la guerra fría, en un nuevo orden multipolar, en el que aparecen nuevas potencias emergentes con vocación global y nuevos agentes globales no estatales que desbordan los límites y las fronteras: empresas tecnológicas multinacionales, instituciones internacionales, agentes informales como las ONGs, las mafias o la gran delincuencia, ya sea terrorista, ya sea meramente común.

En este nuevo paisaje, la primera observación que cabe hacer respecto al papel y al peso de Europa es que se trata de un continente y de un conjunto de países en abierto declive. Un declive que, como veremos, no es tan solo económico y político. En su base se halla una demografía decreciente, el envejecimiento de su población y por supuesto una pérdida de riqueza relativa en comparación con el resto del planeta. Este es un fenómeno que alcanza a toda Europa y a América del Norte, Canadá y Estados Unidos, que ha sido descrito recientemente por Jack Goldstone en un artículo de referencia titulado «La nueva bomba de población. Las cuatro grandes tendencias que cambiarán el mundo» (*Foreign Affairs*, enero-febrero de 2010) y que el autor del artículo describe como sigue: 1) pérdida de peso demográfico del mundo desarrollado con el correspondiente cambio de centro económico del planeta; 2) envejecimiento y declive de la fuerza de trabajo de los países desarrollados, con el correspondiente aumento de demanda de mano de obra inmigrante; 3) concentración del crecimiento en los

países emergentes, de población más joven, pobre y en gran parte de religión islámica, y 4) urbanización masiva del planeta, con la correspondiente aparición de unas nuevas y extensas clases medias con gran capacidad de consumo y con nuevas y acuciantes necesidades en salud, educación e infraestructuras que requerirán inversiones gigantescas.

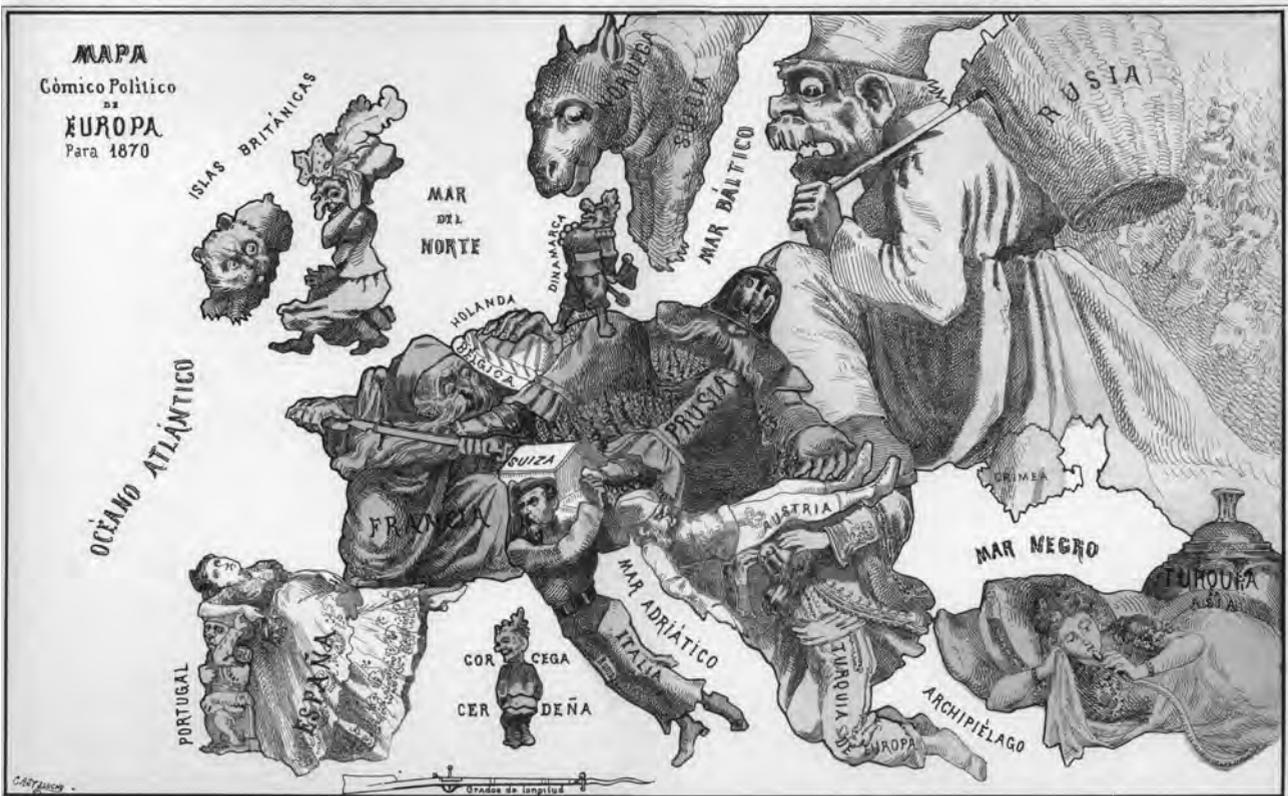
Para que nos hagamos una idea de lo que está sucediendo, Europa está regresando en cuanto a demografía y riqueza a las proporciones relativas que tenía en la época preindustrial. En 2050 lo que llamamos mundo occidental significará en población el 12 % del planeta: a principios del XIX era incluso superior, el 20 %. En riqueza, el PIB occidental será inferior al 30 % mundial, inferior al de principios del siglo XX, en el que se llegó a alcanzar hasta el 68 % justo en 1950.

Nuestro continente se encoge a toda velocidad en relación con el tamaño del resto del planeta, pero no solo en habitantes y en riqueza, también en recursos, en poder y en influencia. No es, pues, un declive únicamente cuantitativo. En su conjunto, nos podemos consolar estadísticamente, porque Europa sigue siendo la primera potencia económica y comercial del mundo, el primer donante de ayuda al desarrollo y el mejor y mayor ejemplo de *soft power* o poder blando de la historia de la humanidad. Pero hay que matizar que incluso estas cifras y estas observaciones pertenecen a la época en que la Unión Europea se hallaba todavía en una fase de expansión y de una transformación que empezó con la firma del Tratado de Roma y no ha cesado hasta ayer mismo. En el momento en que nos adentramos en una crisis económica de profundidad insondable, incluso estos parámetros habrá que empezar a ponerlos en duda, sobre todo si comparamos el débil crecimiento de la economía europea previsto para el conjunto de 2010, de un 0'9 %, con el buen ritmo del 2'8 recuperado por Estados Unidos y con el 11'9 de la efervescente economía china. Sin contar con el endeudamiento y el nivel de los déficits de los países occidentales, encabezados por Estados Unidos, que nos convierte además en buena parte en dependientes de la financiación de nuestros agujeros fiscales a través del ahorro de países como China.

Ha pasado ya la época en que todavía políticos e intelectuales de prestigio consideraban que la UE podía ser la superpotencia del siglo XXI. El proyecto *neoon* de mantener en el siglo XXI la hegemonía norteamericana, expresado incluso en el nombre de uno de sus principales *think tanks*, el Project for an American Century, pasaba, entre otras cosas, por una estrategia de división y debilitamiento de Europa, que fue debidamente desplegada sobre todo en los preparativos de la guerra de Irak. Los *neoon*s han sido desalojados del poder, y su proyecto aparentemente no se ha materializado, aunque algunos geopolíticos consideran, como George Friedman en su libro *Los próximos cien años*, que se están cumpliendo, incluso bajo la batuta de Barack Obama, buena parte de sus objetivos.

# NUEVO MAPA DE EUROPA PARA 1870.

MAPA  
Cómico Político  
de  
EUROPA  
Para 1870



El Genio Cómico, Madrid, 1870

Pero lo que sí se ha producido ha sido la división de Europa y su renuncia, probablemente definitiva, a jugar en la primera división mundial como agente internacional. Y si ahora cayera el euro, además del efecto de debilitamiento a largo plazo que se produciría en todas sus economías, dejaría de actuar otro de los escasos mecanismos que confieren a la Unión Europea protagonismo, poder e influencia en la marcha del mundo. La renuncia europea al protagonismo global se produce así en un momento crucial, en un instante de tormenta perfecta y quizás de naufragio, en el que coinciden varios factores simultáneamente.

El primero es el relevo presidencial en Estados Unidos, con la instalación de una nueva Administración más multilateralista y realista en política exterior, partidaria del llamado *smart power* o poder inteligente, que combina la diplomacia con la dosis imprescindibles de acción militar, pero no confía la resolución de los conflictos exclusivamente a la magnitud de la amenaza militar que puede exhibir Estados Unidos. Se halla, en cuanto a actitud e ideologías, más próxima a los europeos, pero no en intereses, que la acercan mucho más a Asia y sobre todo al grupo de los países BRIC; y tampoco en sintonía personal del presidente con los políticos europeos. Barack Obama es probablemente el presidente norteamericano que tiene menos vinculaciones biográficas y sentimentales con el Viejo Continente de los últimos cien años.

El segundo factor es una consecuencia geopolítica de los cambios económicos y demográficos, como la definitiva instalación de las nuevas potencias mundiales, los ya mencionados BRIC, en las mesas de negociación y resolución de conflictos y contenciosos: cambio climático, comercio mundial, desarme o no proliferación nuclear. El final de la primera década del siglo XXI es claramente el momento de su irrupción en la escena internacional. Su participación en los grandes foros mundiales ha desbordado en los últimos meses cualquier protagonismo europeo. El ejemplo más llamativo y mediático es el de Luiz Inácio Lula da Silva, el presidente de Brasil que ha robado directamente el protagonismo de los europeos en Oriente Próximo y en las negociaciones sobre no proliferación con Irán. Pero si queremos localizar un ejemplo de protagonismo más de fondo bastará con referirnos a la creciente influencia de China en África y en América Latina, donde también ha sustituido la vieja influencia europea, tan contaminada por el colonialismo, a través sobre todo de sus inversiones en obras públicas y de sus estrechas relaciones comerciales como compradora de materias primas.

El tercer factor es la culminación de la etapa de reformas institucionales con la que la Unión Europea ha pretendido adaptarse a las nuevas necesidades del mundo global. La aprobación del Tratado de Lisboa, después de un largo y tortuoso proceso que empezó con el proyecto frustrado de Constitución Europea, hace nada menos que diez años, fue presentada por los dirigentes de los Veintisiete como el momen-

to en que Europa finalmente contaría con los instrumentos para ocupar el lugar que le corresponde en el escenario internacional; y se ha pretendido que con el nombramiento de los nuevos altos cargos europeos, diseñados por el nuevo tratado, quedarían al fin superadas las dificultades de interlocución y protagonismo que impedían a los europeos participar con la fuerza que les corresponde en la concertación de las decisiones globales junto a las otras grandes potencias.

Todo este planteamiento se ha revelado falaz y pueril. Lo menos que puede decirse es que Europa va siempre con un tratado de retraso. Lisboa llega demasiado tarde en un mundo que se mueve a toda velocidad, fruto sobre todo de la desgana y la pereza de los Gobiernos europeos, ensimismados en sus problemas domésticos más cortoplacistas y sus peleas electorales para conservar sus pequeñas cuotas de poder e incapaces de levantar la mirada para observar lo que sucede en el mundo y las amenazas que se acercan por el horizonte.

La inexistencia de una auténtica voluntad europea ha quedado demostrada sobre todo por el carácter y escaso peso político de los nombramientos de los nuevos altos cargos: el nuevo presidente del Consejo Europeo para dos años y medio, para el que fue elegido Herman van Rompuy, ex primer ministro de Bélgica; en segundo lugar, el alto representante para la política exterior, el cargo que había ocupado Javier Solana en los últimos diez años, sustituido ahora por Catherine Ashton, una excomisaria británica con escasa experiencia política y parlamentaria, y finalmente la renovación de José Manuel Durão Barroso, un político de la era Bush, como presidente de la Comisión. Los Veintisiete son tan reacios a ceder soberanía que cuando realizan nombramientos buscan las personalidades más débiles y de menor protagonismo para conseguir así recuperar su margen de decisión cada vez que lo consideran conveniente.

En las reformas de los tratados de los últimos veinte años, si algo ha quedado claro ha sido la voluntad de los Gobiernos de laminar el papel de la Comisión Europea, que ha sido siempre el embrión de un Ejecutivo europeo, para trasladar el peso de las decisiones políticas al Consejo Europeo, formado por los jefes de Estado y de Gobierno. Esto se ha hecho incluso al precio de ampliar los márgenes de maniobra del Parlamento Europeo, una institución peculiar, que no funciona en las coordenadas habituales, alrededor de una mayoría de gobierno y de una oposición, no responde ante sus electores y actúa con mucha frecuencia como un parlamento irresponsable.

El despliegue de Lisboa y de sus instituciones, coincidiendo además con las altas expectativas creadas desde Madrid respecto al protagonismo de la presidencia semestral española de la UE, es en realidad, incluso en el planteamiento de quienes lo diseñaron, los jefes de Estado y de Gobierno de los Veintisiete, un auténtico parón europeo, que solo ha quedado perturbado hasta convertirse en un semestre de emergencia por el poderoso embate de la crisis financiera.

Tras la brusca y polémica ampliación última, que incorporó a diez nuevos socios de una tacada, y la aprobación del tratado de Lisboa, ha quedado claro que la UE ha entrado en una fase de estancamiento, en la que ya no habrá ampliaciones espectaculares: solo está a la vista el ingreso de Croacia, aunque no pueden excluirse Islandia y Macedonia, todos ellos futuros socios de escasa relevancia y nula capacidad de reactivar el dinamismo europeo; ni mucho menos todavía se producirán nuevas modificaciones en los tratados y en la arquitectura institucional. Esa unión de hoy en día, que no alcanza ni siquiera el carácter de débil confederación de 27 países, funcionará a partir de ahora con lo que tiene, lo que hay, tanto en cuanto a limitaciones en las transferencias de soberanía como en cuanto a ingreso de países realmente significativos.

Las dos patas del éxito europeo de los últimos veinte años han sido el euro y las ampliaciones. La fábrica de prosperidad, paz y estabilidad ha funcionado gracias a estos dos mecanismos. El euro se halla ahora en el ojo del huracán. Y hay cansancio de ampliación desde hace ya bastante tiempo, hasta el punto de que muchos países, empezando por Francia, han colocado obstáculos de difícil superación para los futuros ingresos, como es la celebración de un referéndum. De ahí que sean muchos quienes opinan que una Unión Europea dinámica, capaz de enfrentarse a los retos de los tiempos, sería la que fuera capaz de admitir en su seno a dos países absolutamente cruciales para abrirse al mundo y convertirse en agente global de primerísima línea, como son Ucrania y Turquía.

Abrir las puertas al primero, con sus ochenta millones de habitantes y su poderosa influencia en el mundo eslavo y rusófono, sería la apuesta estratégica por mantener la hegemonía sobre el continente, mientras que la actual parálisis conduce a que Rusia vaya creciendo en protagonismo y, en un futuro no muy lejano, en una hegemonía sobre los países occidentales basada en sus recursos energéticos. Abrir las puertas al segundo, Turquía, significaría un impulso todavía de mayor envergadura, pues a su capacidad de influencia sobre Oriente Próximo y sobre el mundo islámico se añadiría al extraordinario peso demográfico y económico y al carácter emergente del país anatolio.

Las fuerzas que se oponen a los ingresos de ambos países pertenecen todas ellas al viejo mundo en trance de desaparecer. A las poblaciones de las antiguas potencias europeas, Francia y Alemania sobre todo, a las que les cuesta soportar un mundo sin su viejo protagonismo, les cuesta todavía mucho más perderlo en la arena europea; y sobre todo si es en manos de países a los que históricamente se ha considerado periféricos o incluso no europeos. Hay ante todo una cuestión de votos en las instituciones, que significan poder e influencia: Ucrania y Turquía anularían o superarían a todos los países grandes actuales de la UE en su representación en el Parlamento, en la Comisión y en el resto de la instituciones; y sus necesidades de fondos estructura-



Rotterdam, Otto Petri.

Planisferio, 1819

les desbordarían cualquier previsión presupuestaria actual. Pero hay también una cuestión cultural, especialmente en relación con Turquía: la oposición a su ingreso en la UE surge de la misma hostilidad al islam que quiere convertir la idea europea en una propiedad exclusiva y casi excluyente del cristianismo y convertir al conjunto del mundo árabe y musulmán en una alteridad absoluta en contra de la cual se construya la Europa de un comunitarismo occidental y cristiano disfrazado de ropajes laicos.

Hemos visto, pues, cómo al relevo en la presidencia americana y la irrupción de los países llamados BRIC se añadían los cambios institucionales y la entrada en vigor del Tratado de Lisboa, desde donde acabamos de desembocar, vía Turquía, en el cuarto de los factores que conforman la actual tormenta perfecta en la que nos encontramos y que nos hace temer un naufragio europeo. Se trata directamente de la cristalización de una crisis largamente incubada que afecta a los valores e ideologías europeas.

Esta crisis tiene una primera vertiente interna, en Europa y en cada uno de los países hacia adentro, que se manifiesta en la creciente desafección de los ciudadanos respecto a las instituciones políticas, la aparición de fuertes tendencias populistas y antipolíticas y la profunda erosión de las ideologías e incluso de los partidos que están en el origen de la idea europea y que han funcionado como los pilares de las democracias parlamentarias en el último siglo. Esta crisis alcanza incluso a la influencia de los grandes partidos europeos, la democracia cristiana y la socialdemocracia, que se han beneficiado durante decenios de sistemas bipartidistas, y se enfrenta actualmente a una abierta fragmentación, incluso en países como Alemania o el Reino Unido. Y se alimenta, naturalmente, del combustible que proporciona la propia globalización: el desempleo, los recortes en el Estado de bienestar europeo, el miedo a la inmigración, los reflejos identitarios y nacionalistas o la corrupción política

Pero esta crisis de valores e ideas tiene también una vertiente externa todavía más interesante. Ideologías y valores europeos son los que han modelado el mundo que conocemos. Se trata de una mercancía intelectual que hemos exportado desde la Ilustración con extraordinario éxito al resto del planeta, dejando una marca y una influencia que algunos han llegado a considerar definitivas. Pues bien, lo contrario es lo que está sucediendo. El ejemplo más evidente es el de China, donde se combinan mercado y autoritarismo, capaz de convertir esta fórmula, en sustitución del sueño americano, en modelo de desarrollo para el resto del mundo. Este modelo chino y su poderosa influencia en Asia no se entenderían sin la fuerza ni el enraizamiento de un pensamiento tan conservador como el de Confucio, auténtica vacuna contra el individualismo occidental, que propugna ante todo la sumisión ante la autoridad establecida. Sobre la proyección de los valores europeos en el mundo, cabe imaginar que su peso e influencia tendrán una evolución similar a la que hemos visto en la demografía, en la riqueza o en la expansión de las clases medias, es decir, de declive progresivo.

El último y quinto factor de la tormenta perfecta es la crisis financiera, que empezó en el corazón del capitalismo, Wall Street, y acaba de llegar en su última oleada a Europa a través de la quiebra de la deuda soberana griega, que ha obligado a la Unión Europea, y en concreto a los 16 países del área euro, a plantearse seriamente por primera vez la necesidad de un gobierno económico del euro.

La reacción europea ha sido lenta y mala. Tres meses han pasado desde que empezó a caer la calificación de la deuda griega y a subir su prima de riesgo hasta que la UE ha tomado las primeras medidas. Dos elecciones han obligado absurdamente a aplazar decisiones, entre otras razones porque el aplazamiento no ha servido para evitar los descalabros que se temían. Las elecciones en el Reino Unido obligaron a los Veintisiete a aplazar la regulación de los fondos de riesgo, que tienen en la City de Londres uno de los mayores mercados mundiales, para no perjudicar a Gordon Brown. Las elecciones del *land* alemán de Renania del Norte-Westfalia obligaron a su vez a posponer cualquier compromiso alemán definitivo con la salvación financiera de Grecia, sin que Angela Merkel pudiera evitar la derrota de su partido y su coalición.

Tarde y mal, pero al final los países del euro han hecho tres cosas que significan un cambio radical de rumbo. Aprobar en primer lugar un paquete colosal de ayudas y créditos para Grecia y para quien lo necesite a continuación, por valor de 750.000 millones de euros y calculado ex profeso para evitar que un país del tamaño de España pudiera encontrarse en situación comprometida. En su origen, este fondo debía ser exclusivamente europeo, y europea debía ser la transferencia de soberanía desde Grecia a que obligaba la disciplina presupuestaria exigible. Pero al final ha participado también el Fondo Monetario Internacional, cuyos técnicos desempeñarán un papel decisivo en el seguimiento de los ajustes fiscales exigibles a los distintos países candidatos actuales o futuros a acogerse a las garantías.

La segunda cosa que han hecho, en contrapartida con la primera, ha sido obligarse a un ejercicio súbito y drástico de reducción de los déficits públicos, endureciendo el Pacto de Estabilidad y Crecimiento que firmaron con la creación del euro y preparando mecanismos de vigilancia y sanción insólitos hasta ahora, que si prosperan las propuestas alemanas pueden incluir multas y anulación de fondos estructurales y alcanzar incluso a la suspensión del derecho de voto.

Pero la más importante a largo plazo es la modificación en los comportamientos del Banco Central Europeo, que por primera vez en su historia ha salido de su esquema de vigilancia mecánica de la inflación y, más allá de la estabilidad del euro, se ha ocupado de la existencia del euro mismo. El banco emisor europeo ha utilizado por primera vez deuda sin buena calificación como garantía y ha hecho también compras de deuda de países en dificultades, cosas ambas que hasta ahora le estaban prohibidos al banco que preside Jean-Claude Trichet. Habría sido absurdo que una aproxi-

mación doctrinaria y legalista a los tratados sobre el euro hubiera conducido a la muerte del euro, pero al final la realidad ha venido a corregir o a presionar por la corrección de lo que no se había acordado en los tratados.

Hay que señalar que no son las decisiones más recientes de los dirigentes europeos las que nos han conducido al naufragio. El reproche que se les puede hacer a los actuales líderes europeos es su falta de inteligencia, resolución y audacia para enfrentarse a la crisis como lo hicieron los líderes de la anterior generación cuando entró en barrena el entero sistema socialista y fue necesario organizar la nueva Europa unificada. Pero la siembra de la incapacidad actual la hicieron en parte aquellos dirigentes que supieron avanzar a partir de 1989, aunque no tuvieron suficiente empuje, perspectiva y visión estratégica para diseñar mejor el camino del futuro.

El Tratado de Maastrich fue muy útil para emprender la unificación europea y lanzar el proyecto de moneda única como culminación del mercado interior europeo. Pero no hubo suficientes energías para avanzar en la unión política, como querían en aquel momento los alemanes, ni para diseñar una ampliación europea mejor asentada en el Mediterráneo, como queríamos los españoles. Sirvió para ensanchar el territorio de la UE, pero no para cohesionarla. Tampoco sirvieron los siguientes Tratados de Ámsterdam y Niza, ni luego el Tratado de Lisboa, para resolver el problema del gobierno económico del euro ni el problema mucho mayor que se esconde en su interior, el de la unión política que nos permita actuar hacia fuera como agentes en la escena global y hacia dentro realizar políticas de crecimiento y de cohesión.

Lo que está en juego no es tan solo ni tan siquiera exactamente el peso de Europa en el mundo, sino el propio peso de Europa en Europa. Que la UE no quiere ser un agente global ha quedado sobradamente demostrado, y seguiremos acumulando evidencias en los próximos tiempos. El problema ahora es que quiera ser agente de sí misma, sujeto y no objeto de los acontecimientos que afectan a sus ciudadanos muy directamente. Es decir, si Europa quiere sencillamente ser. Si quiere mantenerse a través de la UE y del euro y seguir creciendo como la mayor zona de paz, prosperidad y estabilidad del mundo. Pero sin Gobierno y sin un cierto umbral de unidad política y de solidaridad no habrá moneda, no habrá economía y no habrá Europa.

La Unión Europea ha sido durante mucho tiempo una hibridación y a la vez una pugna entre dos proyectos, el de una gran zona de librecambio anglosajón y el de una federación política de matriz francoalemana. Esto ya se acabó en el momento en que el segundo proyecto fue definitivamente desechado con la última ampliación de la UE, que significó el ingreso de diez países no muy bien preparados sin que se hubiera realizado el esfuerzo previo de reforma y acomodación de las instituciones a la nueva situación ni se hubiera profundizado en la unión política. Ahora somos una unión por defecto, no querida, fruto más de la pasividad y de la fatalidad que de



Parte de la carta de Louis Renard, editada en 1715

decisiones y voluntades, y sin diseño alguno para el futuro. La crisis, sin embargo, nos convierte en algo más: finalmente hay un cemento que nos puede unir y que nos va a unir cuanto más próxima y verosímil aparezca la amenaza de regresión y disgregación.

La idea de Europa, con sus milenarias raíces mitológicas, pertenecía hasta hace unos meses escasos al territorio de los sueños, las quimeras y las utopías políticas. Pero esta tormenta perfecta en la que confluyen varias alteraciones del curso usual de las cosas la está convirtiendo en todo lo contrario: en presagio, temor e incluso certeza de un naufragio. El horizonte de una Europa de nuevo dividida e incluso enfrentada, a la deriva y sin rumbo en el nuevo mundo globalizado, es una novedad en la reciente historia europea.

Es difícil imaginar que el temor al naufragio pueda convertirse en el motor que nos movilice en la actual fase de la construcción europea, pero probablemente la amenaza de una regresión que cuartee primero el continente y nos devuelva más tarde al mundo de los enfrentamientos y la guerra es lo único capaz de movilizar a Gobiernos e instituciones en momentos especialmente difíciles como los actuales. Europa se ha hecho de crisis en crisis, pero ninguna de ellas ha tenido hasta ahora el tamaño de la actual, en la que las propias instituciones de la UE, la Comisión y el Banco Central, se han visto súbitamente obligadas a cambiar las propias reglas de juego para sobrevivir.

Es evidente, por tanto, que la solución es más Europa. Lo contrario, como sería el regreso a las monedas nacionales y a las devaluaciones competitivas, es el camino a ninguna parte. Pero no basta con avanzar en la gobernanza económica para que los europeos nos impliquemos y nos sintamos identificados con la Unión Europea. El proyecto derrotado por esa Europa de matriz anglosajona que se ha ido imponiendo por la fuerzas de los hechos y de las ampliaciones puede regresar súbitamente gracias a la crisis, al naufragio, siempre que seamos capaces de superar la crisis y el naufragio. Hace falta avanzar en la unión política, potenciar de nuevo las políticas de solidaridad y de cohesión social, romper el tabú de la fiscalidad común y sobre todo no dejar que sean la banca financiera y los *hedge funds* los que marquen el paso a los europeos. No basta, por tanto, un poco más de Europa, sino que necesitamos Europa en grandes dosis, mucha Europa, tanta como sea posible y menos Alemania, menos España, menos Francia o menos Polonia. Y con un propósito por obvio no menos necesitado de enunciación clara y contundente: una mejor Europa, mejor sobre todo para sus ciudadanos.

Lluís Bassets\*

---

\* Dirección para correspondencia: lbassets@elpais.es

# El Mediterráneo en el umbral del nuevo milenio

Predrag Matvejevitch

**Resumen:** ¿Existe el Mediterráneo de otro modo que no sea en nuestro imaginario? ¿Puede considerarse, de hecho, este mar como un auténtico conjunto? El artículo invita a la reflexión sobre este ámbito geopolítico que ha afrontado la modernidad con retraso y en el que se cruzan y entremezclan culturas variadas y diversas religiones cuya convivencia constituye un fracaso, y a replantearse las nociones caducas que han presidido los análisis y la retórica sobre el «mar primero».

**Abstract:** Does the Mediterranean exist outside of our imagination? Can this sea truly be considered to be an authentic entity in and of itself? This article invites the reader to reflect upon this geopolitical sphere which has confronted modernity late in the game, where diverse religions and cultures cross and blend but fail to harmonize, and to reconsider the dated notions which have long dominated analyses and rhetoric about the “first sea”.

**Palabras clave:** Mediterráneo, cultura mediterránea, frontera, Oriente, Occidente.

**Key words:** Mediterranean Sea, Mediterranean culture, border, East, West.

«¿Qué es el Mediterráneo? Mil cosas a la vez. No un paisaje, sino innumerables paisajes. No un mar, sino una sucesión de mares. No una civilización, sino civilizaciones apiladas las unas sobre las otras.

»El Mediterráneo es una muy vieja encrucijada. Desde hace milenios todo confluye hacia ella, entremezclando, enriqueciendo su historia.»

Estas palabras de Fernand Braudel, que figuran en el prefacio de una obra colectiva que dirigió (*El Mediterráneo: el espacio y la historia*), sirven a menudo de exordio a las sabias elucubraciones con respecto al mar Mediterráneo. Estas ideas del maestro deben ser replanteadas y actualizadas.

Todo está dicho sobre este «mar primero» convertido en estrecho marítimo, sobre su unidad y su división, su homogeneidad y su disparidad. Desde hace tiempo sabemos que no es ni «una realidad en sí» ni una «constante»: el conjunto mediterráneo se compone de varios subconjuntos que desafían o desmienten ciertas ideas unificadoras. Concepciones históricas o políticas sustituyen a las concepciones sociales o culturales sin lograr coincidir o armonizarse. Las categorías de civilización o las matrices de evolución, al norte y al sur, no pueden reducirse a denominadores comunes. Los intentos de enfoque desde la costa y desde el interior a menudo se excluyen o se oponen entre sí.

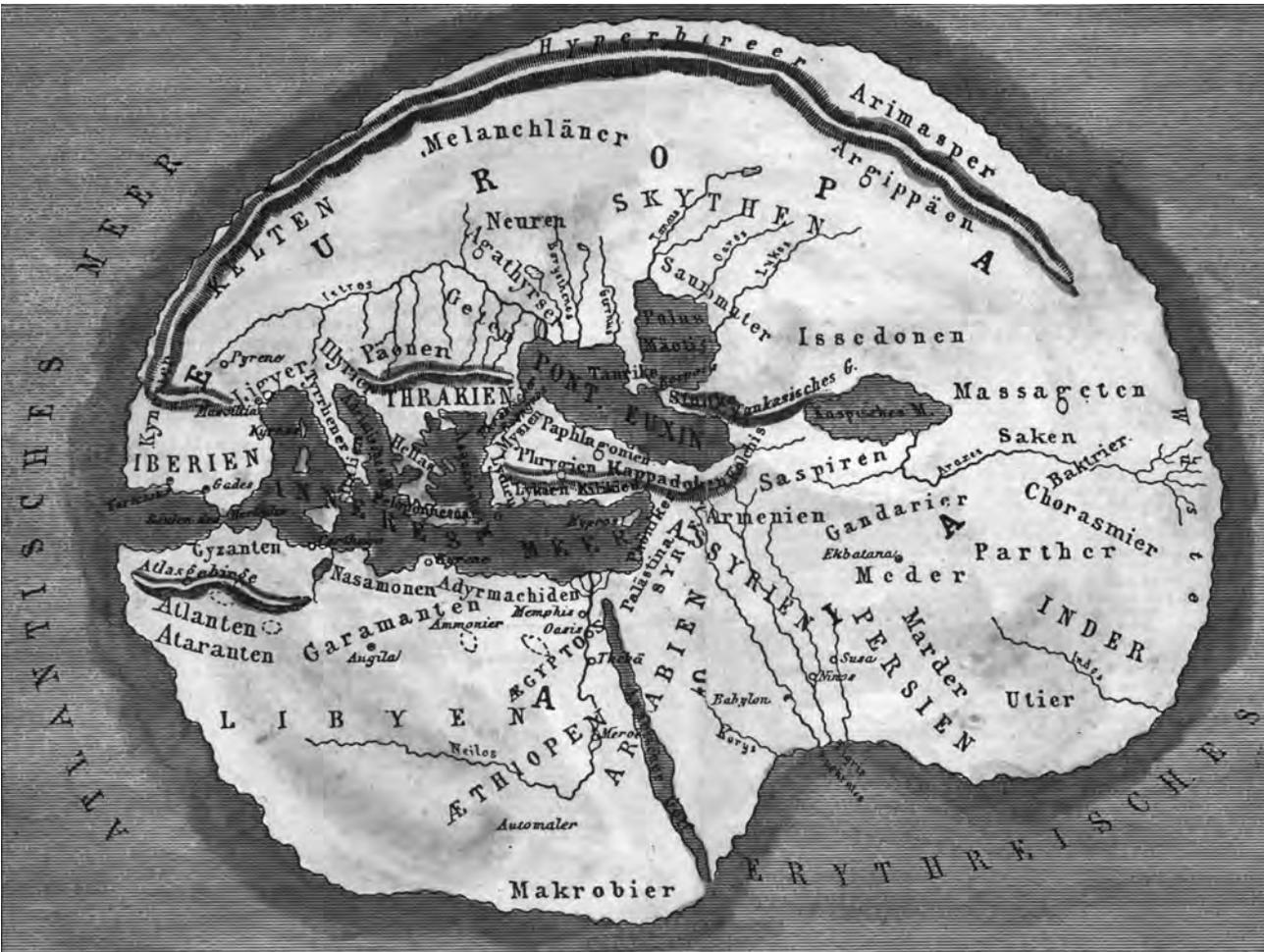
Prevalece la tenaz costumbre de percibir el Mediterráneo exclusivamente a través de su pasado, tanto en el la costa como en el interior. La «patria de los mitos» ha sido víctima de la mitología que ella misma ha engendrado o que otros han alimentado. El espacio, rico en historia, ha sido víctima de toda clase de historicismos. La tendencia a confundir la representación de la realidad con esta misma realidad se perpetúa: la imagen del Mediterráneo y el Mediterráneo mismo rara vez coinciden. Como en otros tantos casos, una *identidad del ser*, difícil de definir, eclipsa o repele una *identidad del hacer*, mal determinada. La retrospectiva sigue prevaleciendo sobre la prospectiva. La propia reflexión sigue sujeta a estereotipos.

Para proceder a un examen crítico de estos hechos hay que deshacerse previamente de un lastre voluminoso, ligado al pasado o al presente. El Mediterráneo ha afrontado la modernidad con retraso. No ha conocido la laicidad en todas sus orillas. Cada una de sus costas posee sus propias contradicciones, que constantemente se reflejan sobre el resto de la cuenca o sobre otros espacios, a veces lejanos. La convivencia (este término me parece más apropiado que el de coexistencia) en el seno de territorios multiétnicos o plurinacionales, allí donde se cruzan y entremezclan culturas variadas y diversas religiones, constituye un ostensible y cruel fracaso: el Mediterráneo merecía un mejor destino.

La imagen que ofrece dista de ser tranquilizadora. Su costa norte presenta un atraso considerable en relación con el norte de Europa; su costa sur, en relación con la del norte. El conjunto de la cuenca mediterránea apenas puede equipararse al continente, tanto al norte como al sur. ¿Puede considerarse, de hecho, este mar como un auténtico *conjunto* sin tener en cuenta las fracturas que lo dividen, los conflictos que lo desgarran: Palestina, el Líbano, Chipre, el Magreb, los Balcanes o la antigua Yugoslavia?

La Unión Europea se fraguó sin referencias a este espacio: una Europa separada de la «cuna de Europa». Las explicaciones que se aducían, banales o repetitivas, rara vez lograban convencer a aquellos a quienes estaban dirigidas. Los que las formulaban no estaban tampoco convencidos de su pertinencia. Las cancelas del norte, a través de las cuales se vislumbra el presente o el futuro mediterráneos, no encajan bien con las del sur. La costa septentrional del mar interior tiene otra percepción y una conciencia diferente de la de la costa que tiene enfrente. Las riberas mediterráneas quizás no tengan hoy en día en común más que su insatisfacción. El mar mismo se asemeja cada vez más a una frontera que se extiende desde el levante hasta el poniente, un estrecho que separa Europa de África y de Asia Menor.

Es en este contexto donde se sitúa la voluntad de formar una «Unión para el Mediterráneo». La propuesta parte de Francia y de su presidente. La aplaudimos, aunque sabemos que la tarea se presenta en un momento particularmente difícil: por un lado, el fracaso de la Conferencia de Barcelona, por otro, la gran crisis financiera,



Xilografie del mundo de la Grecia clásica.  
Wilhelm Wagner, 1867

económica y quizás histórica que estamos atravesando y viviendo. En cuanto a esa Unión (cuya idea ha sido aceptada con reticencia por algunos países de la Europa continental), habría que pensar, en esta fase, en un «principio de colaboración» más que en un «principio de integración». Las verdaderas integraciones, probablemente más en la cuenca mediterránea que en ninguna otra parte, son difíciles de llevar a cabo. Nuestra propia experiencia lo demuestra.

Las decisiones relativas al futuro del Mediterráneo se han tomado muy frecuentemente en otros lugares. Esto ha generado unas veces frustraciones, otras veces ilusiones. El júbilo frente al espectáculo de nuestro mar se torna escaso, contenido, fugaz. La nostalgia se expresa a través de las artes y de las letras. Las divergencias prevalecen sobre las convergencias. Desde hace tiempo se atisba un pesimismo histórico en el horizonte. El «crepuscularismo» en poesía...

Sea como fuere, las conciencias mediterráneas se alarman y, de vez en cuando, se organizan. Sus exigencias han suscitado, en el transcurso de estos últimos decenios, varios planes, proyectos o programas: las Cartas de Atenas y de Marsella, las Convenciones de Barcelona y de Génova, el Plan de Acción para el Mediterráneo (PAM) y el Plan Azul de Sofía-Antípolis, que proyecta el futuro del Mediterráneo «hasta el horizonte del año 2025», y las declaraciones de Nápoles, Malta, Túnez, Split y Palma de Mallorca, entre otras. Estos esfuerzos, loables y generosos en sus intenciones, estimulados o apoyados por ciertas comisiones gubernamentales o instituciones internacionales, no han desembocado sino en resultados limitados. Este tipo de «discurso prospectivo» está perdiendo toda credibilidad. Los Estados que se abren al mar no poseen más que una política marítima rudimentaria. Rara vez logran conciliar las posturas propias que hacen las veces de política común.

El Mediterráneo se presenta como un estado de cosas, no consigue llegar a ser un verdadero proyecto. Su costa norte aparece ocasionalmente en los programas europeos; su costa sur está generalmente ausente. Tras su experiencia del colonialismo, esta última tiene sus reservas frente a las políticas mediterráneas en su conjunto. Las dos riberas tienen mucha más importancia sobre los mapas que emplean los estrategas que sobre las que despliegan los economistas. ¿Acaso es casualidad que las guerras implacables persistan en enrucijadas tales como el Líbano o Bosnia-Herzegovina?

Pero debo detenerme en este punto, no sin una penosa perplejidad.

He recibido de manos de Ivo Andrić, poco tiempo después de que se le concediera el Premio Nobel, uno de sus libros, traducido al italiano, con una dedicatoria del autor en la misma lengua que contenía una cita de Leonardo da Vinci: «Da Oriente a Occidente in ogni punto è divisione». Esta idea me sorprendió: ¿cuándo y cómo pudo el pintor hacer semejante observación o tener esta experiencia? Sigo ignorándolo.

He pensado a menudo en esta máxima en el transcurso de mis periplos. He podido darme cuenta de hasta qué punto es aplicable al destino de la antigua Yugoslavia y a las pasiones que la han desgarrado. La evoco aquí una vez más: frontera entre Oriente y Occidente, línea divisoria entre los antiguos imperios, espacio del cisma cristiano, falla entre la catolicidad latina y la ortodoxia bizantina, lugar de conflicto entre la cristiandad y el islam. Primer país del Tercer Mundo en Europa o incluso primer país europeo en el Tercer Mundo. Es difícil zanjar la cuestión. Se le suman otras fracturas: vestigios de imperios supranacionales, habsburgueses y otomanos, restos de nuevos Estados recortados con el beneplácito de acuerdos internacionales o programas nacionales, herencia de dos guerras mundiales y de una guerra fría, idea de nación del siglo XIX e ideologías nacionalistas del siglo XX, direcciones tangentes o transversales este-oeste y norte-sur, relaciones entre la Europa del Este y la del Oeste, divergencias entre los países desarrollados y los en vías de desarrollo. Todas estas «divisiones» se enfrentan sobre la casi isla balcánica, «entre Occidente y Oriente». Su naturaleza recuerda por momentos a las tragedias griegas, nacidas no muy lejos de aquellos lugares.

En la otra orilla, la arena del Sáhara (esta palabra significa «tierra pobre» o «árida») avanza, invade de un siglo a otro, kilómetro a kilómetro, las tierras circundantes. En muchos lugares no queda más que una franja cultivable entre el mar y el desierto. Ahora bien, este territorio está cada vez más poblado. Sus habitantes son jóvenes en su mayoría, mientras que los de la costa norte han envejecido. Las hegemonías mediterráneas se han sucedido, los nuevos Estados han sustituido a los antiguos. Las tensiones que se crean a lo largo de la costa africana suscitan la inquietud del Sur y del Norte. Si el atraso da lugar a la ignorancia o provoca la indolencia; el abandono o la indiferencia contribuyen a ello. Una desgarradora alternativa, que se abordará más adelante, divide los espíritus en el Magreb y en el Mashrek: *modernizar el islam o islamizar la modernidad*. Estas dos acciones no van de la mano: una parece excluir o renegar de la otra. De este modo, se agravan las relaciones no solamente entre el mundo árabe y el Mediterráneo, sino también en el seno de las naciones árabes mismas, entre sus proyectos unitarios y sus propensiones particularistas. Los cierres que tienen lugar en la cuenca entera contradicen una tendencia natural a la interdependencia. La cultura no está en la medida de poder ofrecer un apoyo real o una ayuda satisfactoria.

Un diálogo verdadero se ve sustituido, en todo el perímetro, por vagas negociaciones: Norte-Sur, Este-Oeste; la brújula parece estar estropeada. El mar Negro, nuestro vecino, está vinculado al Mediterráneo y a algunos de sus mitos: antiguo mar de aventuras y enigmas, de argonautas en pos del toisón de oro, la Cólquide y Táuride, puertos de escala y de etapa que jalonan las rutas que conducen a lugares remotos. Ucrania, junto a este mar, parece una planicie continental, tan fecunda como mal explotada, a la cual la historia o la geografía no han permitido encontrar una vocación

marítima. Rusia ha tenido que volverse hacia otros mares, más al norte que al sur. Hoy en día busca salidas o corredores en el Ponto Euxino y el Mar Interior. El mar Negro es, pues, un golfo dentro de un golfo. En sus orillas se perfilan las fallas que marcan, al este, un mundo en peligro.

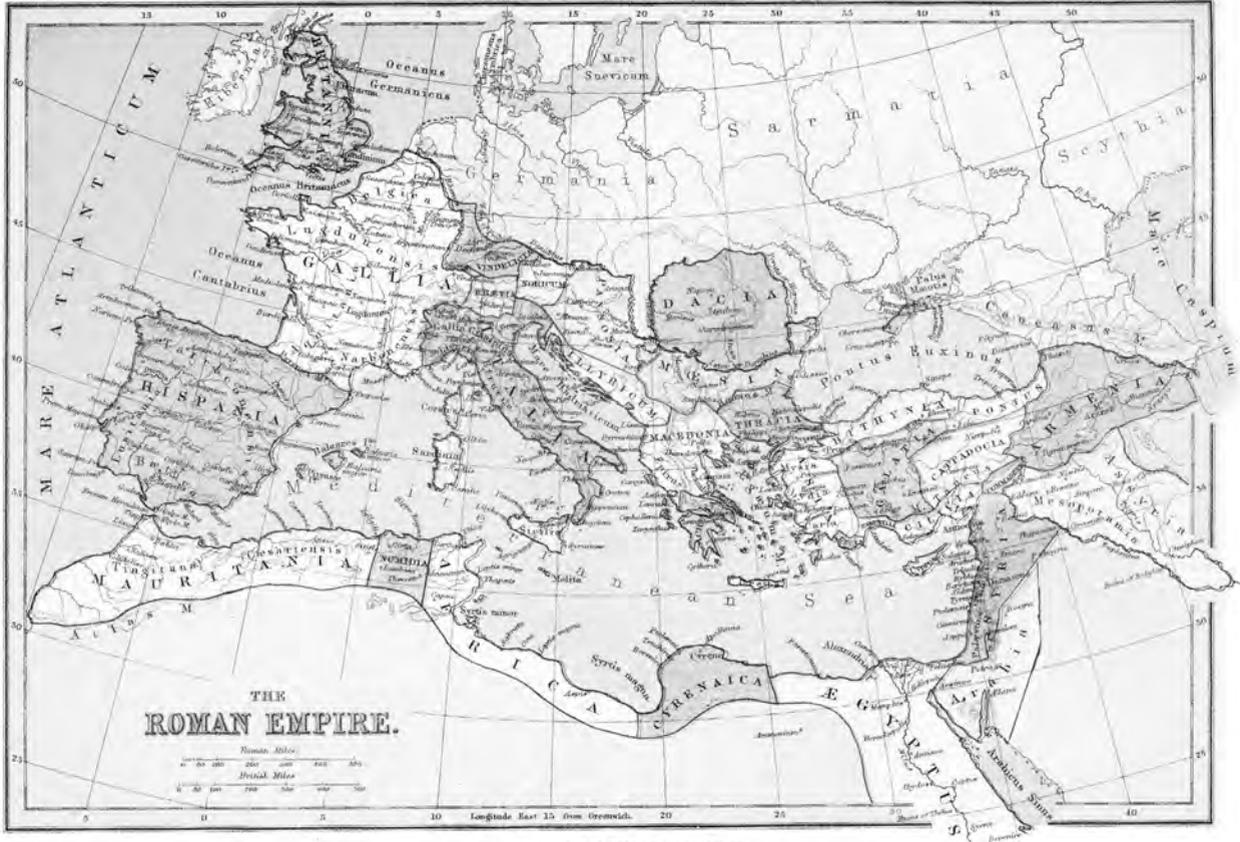
Antaño conocido como el «golfo de Venecia», y orgulloso de llevar este nombre, el Adriático se ve reducido a un brazo de mar. Sus puertos son hoy menos prósperos que en el pasado, el agua corre el riesgo de ser alterada, los peces se han vuelto, en algunas zonas, escasos. Y tantos *otros mares* que tienen sus propios litigios con el litoral que les rodea: el Jónico, el Tirreno o Ligur, el de las Baleares o el de Mármara, entre otros. Todo puerto pretende poseer su porción de mar. Las ciudades luchan más entre ellas que por el mar. Los golfos se protegen con mayor dificultad frente a sus bajas riberas que frente a la alta mar. Ninguna isla se conforma únicamente con el canal que la separa de otra isla o del continente.

¿De qué sirve enumerar, con resignación o exasperación, las afrentas que sigue padeciendo el Mediterráneo? Nada nos autoriza tampoco a ignorarlas: degradación del medio ambiente, contaminación sórdida, acciones salvajes, movimientos demográficos mal controlados, corrupción en sentido literal y figurado, falta de orden y de disciplina, localismos, regionalismos, nepotismo y muchos otros ismos aún. No obstante, el Mediterráneo no es el único responsable de tal estado de la cuestión. Sus mejores tradiciones, aquellas que asocian el arte y el arte de vivir, se han opuesto en vano. Las nociones de solidaridad y de intercambio, de cohesión y de «cooperación» (este término se convierte en un comodín) deben someterse a un examen crítico. El temor a una inmigración proveniente de la costa del sur no constituye una razón para determinar una política de envergadura.

*¿Acaso existe el Mediterráneo de otro modo que no sea en nuestro imaginario?*, se preguntan tanto al sur como al norte, en el poniente y en el levante. Y sin embargo hay maneras de vivir comunes o cercanas, pese a las escisiones y a los conflictos.

Algunos consideran las riberas mismas, otros, únicamente el litoral. Esto deriva no solamente en visiones y enfoques diferentes, sino también en sensibilidades o vocabularios diversos. Las divergencias retóricas, estilísticas o imaginarias provocan a veces escisiones que se nutren del mito o de la realidad, de la humildad o de la arrogancia.

A los que tratan del Mediterráneo les ocurre que citan frases célebres de Paul Valéry, adoptando sus puntos de vista seductores sin ser partícipes siempre de su exaltación: «En ninguna otra parte la potencia de la palabra, conscientemente disciplinada y dirigida, se ha desarrollado tan plena y útilmente: la palabra sometida a la lógica, empleada en el descubrimiento de verdades abstractas que construyen el universo de la geometría o el de las relaciones que posibilitan la justicia; o bien maestra del foro, medio político esencial, instrumento regular de la adquisición o de la conservación



William Hughes: *Philips School of Classical Geography*. Londres: G. Philip and Son (s. a.)

del poder» (*Oeuvres, I*. París: Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, 1957, p. 1097). ¿Quién osaría, hoy en día, hablar del Mediterráneo con tanta seguridad o exaltación?

Numerosas definiciones que forman parte de nuestro patrimonio deben examinarse con precaución. No existe únicamente una cultura mediterránea: existen varias en el seno de un solo Mediterráneo. Se caracterizan por rasgos a la vez semejantes y diferentes, rara vez vinculados y nunca idénticos. Sus similitudes se deben a la proximidad de un mar común y al encuentro, en sus orillas, de naciones y de formas de expresión vecinas. Sus diferencias están marcadas por hechos de origen y de historia, de creencias y de costumbres, a veces irreconciliables. Ni las similitudes ni las diferencias son absolutas o constantes. Prevalecen tanto las primeras como las últimas.

El resto es mitología.

*Elaborar una cultura intermediterránea alternativa*: la puesta en marcha de un proyecto tal no parece inminente. *Compartir una visión diferenciada* es más modesto, pero no resulta siempre fácil de realizar. Las «viejas jarcias sumergidas» que la poesía pretende reencontrar y reanudar han sido a menudo rotas o arrancadas por la ignorancia o por la intolerancia.

Este vasto anfiteatro ha visto representar durante tiempo el mismo repertorio, hasta el punto de que los gestos o las palabras de sus actores son a menudo conocidos o previsibles. Su genio ha sabido, no obstante, pese a las circunstancias, reafirmar su creatividad y renovar su fabulación. Es preciso replantearse las nociones caducas de periferia y de centro, las antiguas relaciones de distancia y de proximidad, los significados de los cortes y de las permanencias, de las simetrías frente a las asimetrías. Ya no basta con considerar estas realidades únicamente en una escala de proporciones: pueden expresarse igualmente en términos de valores. Algunos conceptos euclidianos de la geometría piden ser redefinidos. «Invenciones del espíritu mediterráneo», los cánones de la retórica y la narración, los usos y abusos de política y de dialéctica se han utilizado durante demasiado tiempo y parecen agotados.

No sé si tales apuestas pueden ayudar a sustraerse al pesimismo histórico, al que he aludido al comienzo de este periplo y que se asemeja, por momentos, a la angustia de los navegantes del pasado que se dirigían hacia orillas desconocidas. ¿Se podrán frenar o impedir, y con qué medios, las nuevas «divisiones» que se crean «en cada punto», «de Oriente a Occidente»?

Estas cuestiones quedan sin respuesta.

**Predrag Matvejevitch\***

(Traducción: Susana Martínez de Villarreal Chico)

---

\* Dirección para correspondencia: matvejevic@mclink.it

# Vendrán otras Europas...

Carlo Ossola

**Resumen:** Lo característico de la tradición europea es un espíritu autocrítico que permite que en cada época se tenga una conciencia fructífera de la crisis. En el mundo criollizado que se avecina, ¿cuáles son los elementos de fondo, los pilares de larga duración, sobre los que Europa tiene algo que decir? La conciencia, siempre crítica, de su propia herencia, la conciencia de un deber de universalidad y un radicalismo utópico. Esta es la herencia real de Europa: su universalismo, su conciencia autocrítica y su deber de utopía.

**Palabras clave:** Europa, crisis, cosmopolitismo, criollización, universalismo, utopía.

**Abstract:** What characterizes the European tradition is a self-critical spirit that allows each era to have a productive conscience regarding crisis. In the "creolized" world that approaches ever closer, what are the fundamental elements, the long-standing pillars, about which Europe has something to say? The conscience, always critical, of its own heritage; the conscience of a commitment to utopian universality and radicalism... This is Europe's true heritage: its universalism, its self-critical conscience and its utopian ideal.

**Key words:** Europe, crisis, cosmopolitanism, "creolization", universalism, utopia.

El nombre de mi cátedra en el Colegio de Francia, Literatura Moderna de la Europa Neolatina, integra por primera vez en la historia del Colegio el término Europa. Atrás quedan cinco siglos de tradición, de múltiples disciplinas que, incluso contando con grandes historiadores de Europa, como Fernand Braudel, nunca habían incluido el término Europa. Se hablaba del Mediterráneo, de la península Ibérica y América Latina..., pero nunca de Europa. Evidentemente me perocuparía mucho acabar mi carrera profesional con el desmoronamiento del término, y de la realidad que ha dado lugar a esta apuesta, o más bien de algo que yo consideraba y sigo considerando vivo y de donde realmente podemos sacar algo.

Es cierto que la crisis de Europa es seria. Hace unos días, el suplemento dominical del periódico literario *Il Sole 24 Ore* publicaba en portada un texto con el título «Perdida Europa, hacia dónde vas». Se trata de un artículo de Donald Sassoon, un importante historiador inglés, que llega a una conclusión muy sencilla y muy inquietante: por qué debemos sorprendernos por esta crisis de Europa si en el fondo Europa siempre ha sido un proyecto de pequeñas élites. Como vemos, la conclusión es tan inquietante como el título.

Voy a hacer un pequeño ejercicio en cuatro puntos. Empezaré por el aspecto más positivo: que una de las características del pensamiento europeo es su capacidad para integrar un dato en la historia. Con un pequeño detalle, que consiste en que la conciencia de la crisis siempre ha sido un dato europeo, no es nada nuevo. También aportaré tres elementos más que han marcado la conciencia europea en el siglo xx, en concreto entre las dos guerras mundiales. El primero sería la obra de Oswald Spengler *La decadencia de Occidente* (1918); el segundo, siete años después, el bellissimo libro de Johan Huizinga *La crisis de la civilización*, y el tercero, de 1945 (aunque los artículos que constituyen el libro fueron escritos antes), el de María Zambrano *La agonía de Europa*.

Como se puede observar, en distintos países —Alemania, Holanda, España— existía esta conciencia de una crisis grave, y veremos que este término, *agonía*, hay que leerlo de forma etimológica y no romántica: *agonía* en su sentido de ‘combate’ de Europa para renacer.

Por otra parte, incluso María Zambrano, al principio de su obra, lo decía muy claramente: «desde hace bastantes años se repite “Europa está en decadencia”». Este era el inicio, y evidentemente se refería a los libros de Spengler y de Huizinga. Huizinga y María Zambrano escriben en los mismos años otros libros que son el contrapunto, el contrapeso de los libros «críticos». Cuando Huizinga escribe *La crisis de la civilización*, al mismo tiempo redacta *Homo ludens*; es decir, que en 1939 Europa está en crisis, pero tiene capacidad de renovación en lo gratuito. Y ya saben cómo termina *Homo ludens*: «Oigo los pasos en las aceras de nuestras ciudades, y no son los pasos que yo escuchaba en mis juegos de *homo ludens*»: eran los alemanes, y, como sabemos, Huizinga murió en un campo no de concentración, sino de castigo, antes de la guerra.

Del mismo modo, cuando María Zambrano escribe *La agonía de Europa* está también escribiendo *La confesión como género literario*, donde esboza una parábola muy potente de Europa desde san Agustín hasta Rousseau. La confesión es un género literario que marcó el nacimiento de Europa, desde las *Confesiones* de san Agustín hasta las de Jean Jacques Rousseau. Es preciso leer las dos obras, porque son una muestra de lo típico de esta conciencia europea: el carácter simultáneo de la conciencia de la crisis y de la conciencia de renacimiento.

Esta conciencia de la crisis hay que tomarla, desde el punto de vista histórico, como una riqueza. Es cierto que Europa se desencantó en el siglo xx —el peso, podríamos decir, de Huizinga, o de Karl Löwith, no fue suficiente—, pero lo característico de la tradición europea es un espíritu autocrítico que permite que en cada época se tenga una conciencia fructífera de la crisis.

Me refiero, por ejemplo y para empezar, a la autora de la que he sacado mi título, «Vendrán otras Europas...». Está tomado de un capítulo magnífico de *Memorias de*



*Adriano*, de Marguerite Yourcenar. Adriano, el gran emperador de Roma, la máxima potencia en el siglo II, dice en esta especie de memoria autocrítica: «Roma ya no está en Roma: tendrá que perecer o igualarse en adelante a la mitad del mundo». Y añade: «Yo hubiera querido que el Estado siguiera ampliándose hasta llegar a ser el orden del mundo y de las cosas. Las virtudes que bastaban para la pequeña ciudad de las siete colinas tendrían que diversificarse, ganar en flexibilidad, para convenir a la tierra entera. Roma, que fui el primero en atreverme a calificar de “eterna”, se asimilaría cada vez más a las diosas madres de los cultos asiáticos [...]. Nuestra Roma ya no es la aldea pastoril del tiempo de Evandro [...]; la Roma agresiva de la República ha cumplido su misión [...]; vendrán otras Romas cuya fisonomía me cuesta concebir, pero que habré contribuido a formar».<sup>1</sup>

La conclusión de Marguerite Yourcenar y de Adriano es que vendrán otras Romas, y yo, de la misma manera, digo que vendrán otras Europas con el mismo carácter, es decir, que Europa debe perecer o igualarse a la mitad del mundo, y realmente este es un problema europeo actual. Pero recordemos lo que llegó después de Adriano, o lo que es lo mismo, del periodo del máximo desarrollo del poderío de Roma. En el año 192, a finales del siglo II, muere su sucesor, Cómodo, y cuatro meses después ya hay cuatro aspirantes al trono de emperador: Pertinax, Didio Juliano, Pescenio Niger y Claudio Albino. Los cuatro fueron eliminados, y resultó triunfante Septimio Severo, en el año 193.

Me he divertido mucho leyendo en *Scriptores historiae augustae* sobre este periodo. Lo extraordinario con respecto a Claudio Albino es la conciencia que, solo dos años después del final de Adriano, los escritores de Roma tenían ya de la crisis de su ciudad. Se empieza diciendo que este personaje era de Hadrumetum, un africano de una ciudad muy importante que, en lugar de leer a Virgilio, Cicerón, Tácito y eventualmente a Séneca, lo que hacía —se dice, con ese latín magnífico— era leer las fábulas milesias, las narraciones y los cuentos para abuelas de su compadre Apuleyo. Ciertamente: Apuleyo había nacido en Madaura, que estaba muy cerca, y acababa de morir. Así que, en realidad —digo yo—, este Claudio Albino era un hombre muy informado que leía la literatura contemporánea, pero esa literatura en absoluto pretendía el estatus canónico de la Roma clásica. Un emperador que dirigía las legiones de Britania, un africano totalmente al corriente de la literatura contemporánea, pero evidentemente ya no dentro del canon de Cicerón, Virgilio, Tácito o Séneca. Las páginas dedicadas a este personaje son extraordinarias.

La primera conclusión, por lo tanto, del primer texto sería no solo que Europa siempre tuvo conciencia de su crisis, sino que, de alguna manera, supo valorar esos

---

<sup>1</sup> Marguerite Yourcenar (1981): *Memorias de Adriano*. México: Hermes, pp. 124-125. Trad. de Julio Cortázar.

cánones marginales para que se convirtieran en el canon principal. Me atrevo incluso a imaginar, que, gracias a aquel Claudio Albino, la continuidad perfecta desde Apuleyo a san Agustín pudo renovar Roma a partir de aquella elegante ciudad africana, aunque el canon ya no fuera el de Cicerón o el de Virgilio.

Segunda observación: es necesario abandonar la idea de que después de la crisis de Europa vendrán los bárbaros, quienes, como hemos visto claramente en la historia griega, constituyen un invento heleno: nuestros bárbaros, en realidad, son nuestra propia invención. Constantinos Cavafis —poeta griego nacido alrededor de 1890 en Alejandría, donde confluían los griegos, los egipcios, los judíos, los italianos, los franceses, los ingleses... y era una de las grandes capitales del Mediterráneo, junto con Tesalónica u Odesa; el Mediterráneo de antaño, por tanto, un lugar de cultura—, en un poema conocido que no puedo dejar de citar, *Esperando a los bárbaros*, evoca una jornada extraordinaria. Estamos en el periodo de Estilicón —siglo IV o tal vez ya el V—, y el poema es un diálogo entre dos grupos en el ágora:

¿Qué esperamos congregados en el foro?  
Es a los bárbaros que hoy llegan.  
¿Por qué esta inacción en el Senado?  
¿Por qué están ahí sentados sin legislar los senadores?  
Porque hoy llegarán los bárbaros.  
¿Qué leyes van a hacer los senadores?  
Ya legislarán, cuando lleguen, los bárbaros.

Todo esto se repite en las estrofas siguientes, y la conclusión es que los senadores, los cónsules salen para rendir homenaje a los bárbaros con sus cetros, sus bastones de ceremonia con magníficas incrustaciones de oro y plata, porque los bárbaros deben llegar ese día. Pero al final del día la noche cae y los bárbaros no han llegado, incluso algunos que vienen de las fronteras aseguran que no hay tales bárbaros. La última estrofa dice:

¿Y qué va a ser de nosotros ahora sin bárbaros?  
Esta gente, al fin y al cabo, era una solución.

Creo que con Europa pasa un poco lo mismo. Creamos a los bárbaros porque necesitamos su solución. La parábola de Constantinos Cavafis debe llamar nuestra atención hacia lo que dice el artículo de Lluís Bassets en este mismo número: tiene razón, este miedo a las fronteras, a los bárbaros, es una falta de solución por nuestra parte, y la realidad es que esperamos a los bárbaros, pero al mismo tiempo nos sentiríamos desesperados si no llegasen, por distintos motivos (mano de obra, etc.). Pero si no lle-

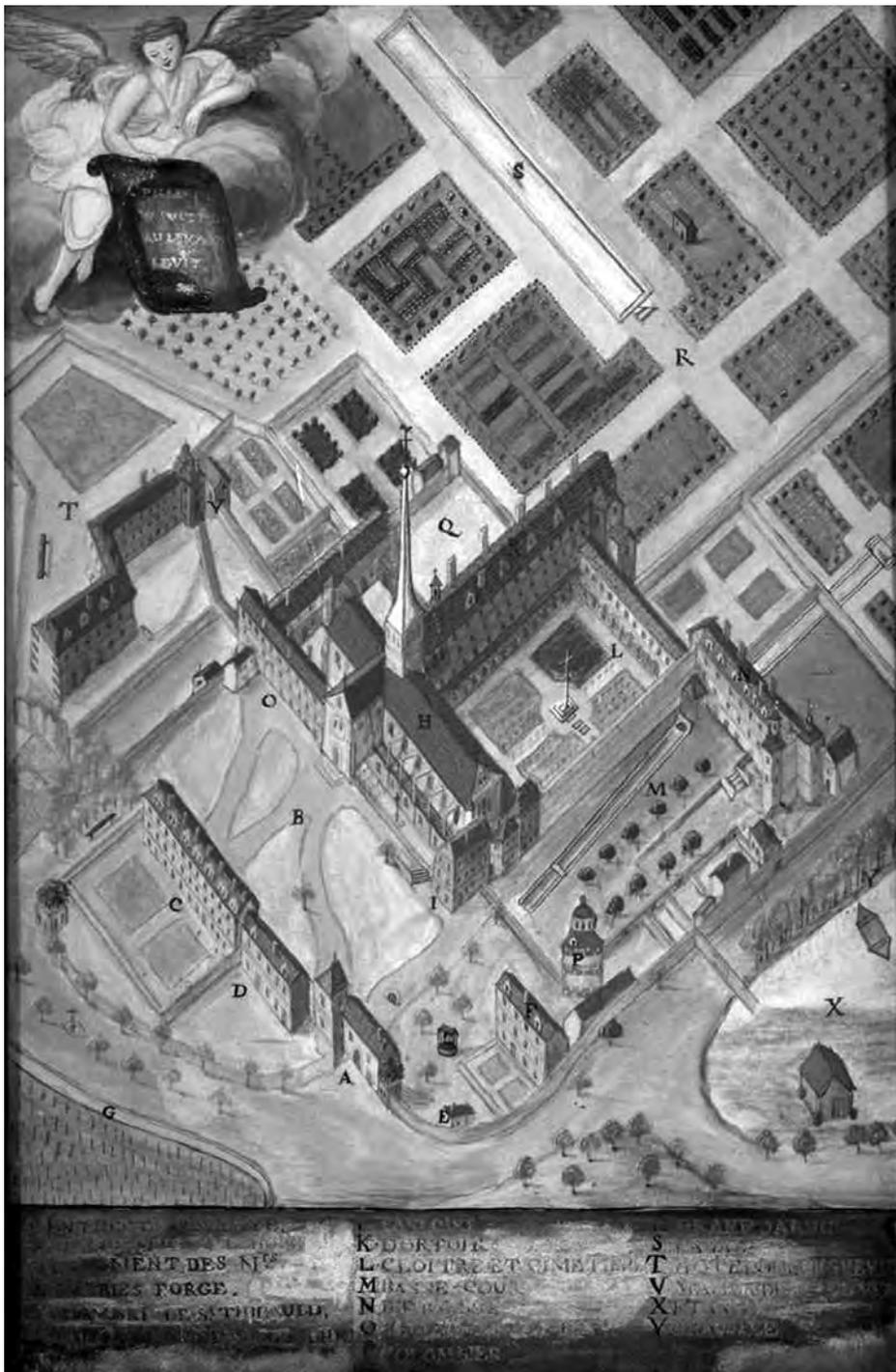
gan, en lugar de cristalizar nuestro odio contra los bárbaros tendríamos que empezar a hacer algo con respecto a las diferencias de clase que no cesan de aumentar actualmente en toda Europa. Estaríamos, pues, frente a un problema interno mucho más grave. Por lo tanto, menos mal que llegan los bárbaros.

El tercer punto, que es el más importante, es que hablamos de Europa, pero se nos ha olvidado, o lo olvidamos de vez en cuando, que el siglo XX ya no es europeo. Se dice siempre que los americanos han venido a ayudarnos desde la primera guerra mundial, pero esto ya no es necesario si nos fijamos en textos como los dos que citaré a continuación. *Pascua en Nueva York*, de Blaise Cendrars (1906), es el primer poema consagrado enteramente a esa idea extraordinaria de que ya no se puede componer un poema en una lengua occidental sin haber pasado antes por Nueva York. Evidentemente, ya se había traducido a Melville, Hawthorne, Poe, etc., América existía ya. Además, se dice a menudo que Roma, la Roma que tanto amamos hoy, es una pura invención de Henry James, que no la tendríamos sin Henry James en Roma. De manera que necesitábamos a los americanos, incluso desde antes de su intervención. El elemento novedoso de *Pascua en Nueva York* es su epígrafe, muy clásico: el *Pange, lingua*, de Venancio Fortunato, el latino: «Flecte ramos, arbor alta...», que en la traducción de Remy de Gourmont, en su obra *El latín místico*, es algo así como: «Dobla tus ramas, árbol gigante, relaja un poco la tensión de tus vísceras...».

Es decir, que Blaise Cendrars, al mismo tiempo que admira extraordinariamente a un joven que se llama Charlie Chaplin y que enseña a Giuseppe Ungaretti a escribir el primer poema italiano consagrado al cine, *Roman cinema* (1914), escribe un poema al modo de la liturgia latina de mil años atrás con esa cita tan bella de Remy de Gourmont, pero la Pascua ya no es en la iglesia, sino en Nueva York. Añadamos entre paréntesis que ese texto de Gourmont se lo entrega un jovencísimo Ezra Pound, que viene de Nueva York a Europa, primero a T. S. Elliot y después a James Joyce para que empiecen a descubrir la verdadera poesía, y el mismo Pound escribe su segundo libro con un bello título en latín, *Personae separate* —el del primero había sido una cita de Dante—. Vemos, por lo tanto, que Europa, mucho antes de la intervención norteamericana, se representa como no siendo ya Europa; el contexto geográfico de este poema hay que compensarlo con el siguiente, la *Prosa del Transiberiano*: de *Pascua en Nueva York* hasta *Prosa del Transiberiano* casi hemos recorrido el mundo entero.

Podemos decir lo mismo de *Tarabas*, de Joseph Roth. Tarabas es un ruso que vive en Nueva York —siempre en los mismos años, antes de que estallase la guerra e interviniesen los norteamericanos—, que cree haber matado a alguien y que vuelve a Europa para expiar su crimen y redescubre toda la tradición de la antigua Rusia.

Podríamos multiplicar los ejemplos hasta el infinito. Aquí, simplemente, he planteado el eje este-oeste, pero también podemos establecer el eje norte-sur con los pri-



Louise-Madeline Cochin: *La abadía de Port-Royal a vista de pájaro*, siglo XVIII.  
 Musée de Port-Royal des Champs

meros poemas de Giuseppe Ungaretti, un italiano nacido en Alejandría, que estudia en París, que se marcha a Brasil en 1936 y cuyo primer poema se titula *En memoria de Mohamed Sceab*; es el primer poema de Ungaretti, de 1914, y el primero también dedicado a un joven árabe en la poesía italiana. Un texto por otra parte maravilloso, uno de los más bellos de la literatura italiana. O incluso, también del mismo autor, se puede citar un solo verso de 1916 o 1917 que lo dice todo: «Eliopoli sfuma. Milano».

Unos años después, en los años treinta, esta conciencia de una realidad europea que ya no puede expresarse sin puntos de referencia que vayan más allá de la geografía tradicional de Europa se ve claramente en un poema magnífico de Osip Mandelstam que me voy a permitir citar: «Los tártaros, los uzbekos, los nenets e incluso los alemanes del Volga, todos los pueblos de Ucrania esperan a quien los traduzca, y quizás en este mismo momento hay un japonés que, habiendo comprendido mi alma, me traduce a la lengua turca.»

Lo que estamos pagando hoy es que la Europa intelectual, que es la Europa de la que acabo de hablar, una Europa que nunca se ha visto limitada a la geografía modesta de los Estados-nación, se pliega en la actualidad a un discurso económico marcado por el euro: mientras tengamos euro, tendremos Europa; pero es más bien lo contrario: el euro es solo una pequeña parte, es un epifenómeno —diría incluso utilizando un término filosófico— de una realidad mucho más rica.

Este carácter de *cosmopolis*, cuya idea misma ha sido fundada por Europa, primero fue una idea griega, después de Adriano, más tarde cristiana —o al menos de san Agustín y de los padres de los primeros siglos—; era una idea universal, una *cosmopolis* que evidentemente hoy hay que repensar en términos que no pueden eliminar la consecuencia material de este cosmopolitismo. Ya no se trata solo, de una manera genérica, del derecho de ciudadanía, sino de algo mucho más fundamental, que Édouard Glissant, escritor y pensador de Martinica, ha definido como «criollización», distinguiéndola del mestizaje, en una entrevista muy conocida, en la que dice: «[...] la diferencia que establezco entre criollización y mestizaje es que la criollización se aplica solo en las culturas y, por lo tanto, no podemos prever en absoluto en lo que se va a convertir, mientras que el mestizaje más o menos podemos preverlo, porque hay un proceso mecánico de mestizaje, de unión; en cambio, la criollización es una especie de *melting pot* que se multiplica». Esta criollización se piensa con una dimensión europea, pero va más allá de Europa. Me resulta muy curioso, mirando un mapa —olvidémonos por un instante de Europa y centrémonos, por ejemplo, en el cuerno de África, donde la mano de obra de la India y de China crece sin cesar—, pensar en lo siguiente: qué vamos a tener en quince años en esta zona de África, cuáles serán las élites, cómo van a ser los matrimonios, cómo se va a distribuir la población cuando hay una inmigración tan potente de la India y de China; qué tendremos dentro de

quince o veinte años en Alemania con cinco o seis millones de ciudadanos de origen turco; qué tendremos en Israel, dentro de quince o veinte años, cuando los israelíes de origen ruso, eslavo, sean la mayoría, si no tenemos el buen sentido de dar una compensación territorial, es decir, la compensación palestina. Va a ser un mundo completamente loco y muy criollizado; hasta el punto de que no se podrá imaginar un discurso de Estados-nación como el que hemos mantenido hasta ahora. Lo mismo podemos decir de Estados Unidos de América del Norte —no puedo olvidar a Godard cuando habla sobre el amor y se pregunta qué Estados Unidos, los del norte o los del sur; y dice, de manera muy sutil, que llegará un momento en el que, cuando hablemos de Estados Unidos, pensaremos en Brasil y no en los Estados Unidos del norte; esto lo veremos quizás dentro de quince años—. Lo que sí es cierto es que hoy el inglés, en Estados Unidos, está ya cediendo terreno ante el español.

Así que creo que la única diferencia que tenemos con el concepto clásico de cosmopolitismo es que no podemos distinguir, separar, la felicidad, lo chic, del cosmopolitismo sin tener en cuenta que esta actitud cosmopolita se paga o se enriquece con una criollización fundamental de todo el planeta, y de Europa particularmente.

Por último voy a tratar dos puntos que no quiero dejar pasar. Vuelvo a la obra *Scriptores historiae augustae*. Aquel personaje que fue emperador durante unas semanas, Claudio Albino, era de Hadrumetum, la actual Sousse, y en esta ciudad tenemos el testimonio más extraordinario del monumento de la identidad romana: la *Eneida* de Virgilio. Hay en Sousse un mosaico excepcional en el que vemos a Virgilio rodeado por dos musas que le enseñan cómo escribir la *Eneida*. Si queremos comprender a Roma, hay que pasar por allí.

Esto nos permite terminar con la cita de María Zambrano. Nuestro deber de hoy es muy sencillo, pero muy comprometido: en esta criollización fundamental, ¿cuáles son los elementos de fondo, los pilares de larga duración, sobre los que Europa tiene algo que decir? Creo que el caso de Hadrumetum-Sousse es un caso totalmente pertinente. Europa, en esta idea de pluralidad de civilizaciones, de pluralidad de ciudadanía, da un ejemplo de integración fundamental; en Roma, un griego que vivió poco después que Adriano, cuando le preguntaron cuál era el sentido de Roma, dijo que Roma era un lugar cuyo centro estaba en todas partes y su periferia en ninguna. Es el primer legado de Europa: el centro está en todas partes y la periferia en ninguna. Y la tradición africana, Apuleyo, Agustín, etc., lo muestra también.

En segundo lugar, el hecho de que, en textos muy cercanos entre sí, Benedetto Croce (1943) y María Zambrano (1942-1945) declararan que Europa había nacido sobre un universalismo que viene de la tradición latina reinterpretada por los cristianos. Benedetto Croce, de una forma muy astuta, lo dice en plena guerra mundial; frente a la barbarie nazi escribe un pequeño panfleto que se acaba de traducir al francés con

un prefacio magnífico de Jean-Luc Nancy, *Por qué no podemos no llamarnos cristianos*, no por qué somos o no cristianos, sino, más prudentemente, por qué no podemos no llamarnos cristianos. ¿Cuál es el compromiso que obliga a reconocer esta herencia? Es el compromiso del universalismo: *catholicós*, en griego, significa ‘universal’. En esta herencia de Roma ha habido dos universalidades que se superponen: la griega y la «católica», en el sentido etimológico del término, el universalismo, el momento del viraje de San Pablo: ¿Aceptéis este mensaje? ¿No? Pues peor para vosotros, os quedáis en vuestra sinagoga. Nosotros se lo vamos a contar a los paganos, nos traen al fresco las naciones. Este es el elemento fundamental recibido por Europa; se acabó toda teología política, ya no hay una religión para un Estado y un Estado para una religión, sino un mensaje universal; si queréis, lo tomáis, y si no, hay por doquier paganos, *gentes*, que sí pueden recibir este mensaje de igualdad.

María Zambrano lo dice todavía mejor, más claramente. Recordemos que escribe *La agonía de Europa* en el mismo momento que *La confesión como género literario*. Hay un apartado que se titula concretamente «Nacimiento de Europa», en el que ¿quién es el protagonista?: «Este gran hombre es san Agustín». ¿Y por qué? Porque se trata de «la salida de una crisis, de la crisis en que el mundo antiguo —filosofía griega y poder romano— muere, para pervivir, es cierto, pero en otra forma». ¿Y cuál es esta nueva forma? Es la ofrecida por san Agustín: «Esperanza que prendió en San Agustín, absorbiendo la desesperación y la esperanza antigua»: la desesperación, toda la parte final, evidentemente, del estoicismo, y la esperanza antigua, «porque lo prodigioso [en la experiencia de san Agustín] es que se haya salvado también la esperanza antigua, la esperanza griega, que la cultura griega no había podido salvar. En este sentido, Europa es hija fiel y afortunada de Grecia»,<sup>2</sup> pero hija feliz de Grecia gracias a esta esperanza renovada dada por san Agustín. ¿Cómo se sale de la crisis de Europa, según María Zambrano? Hoy habría, claro, que modificar algunos elementos, pero lo que dice es que hay que tomarse en serio la renovación, el «agustinismo» utópico, y sabemos muy bien, lo señala en su otro libro, *La confesión como género literario*, que gran parte de las utopías de Europa se han nutrido del agustinismo, incluido Rousseau.

Y termino con algo que acabo de descubrir y que me ha hecho reflexionar muchísimo: un texto político contemporáneo, el *Diario* del segundo secretario general de la ONU, Dag Hammarskjöld, elegido en 1954 y reelegido en 1961, que murió en Katanga en circunstancias por las que habría que preguntar a la CIA y premio nobel póstumo; nos deja un texto admirable en el que aparecen a menudo frases muy comprometidas y, entre paréntesis, el nombre *Tomás*. Todo el mundo pensaba que se trataba de Tomás de Aquino, pero él era sueco, de origen luterano, así que no podía

<sup>2</sup> María Zambrano (1945): *La agonía de Europa*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 95-99.



«Luxemburgo». Grabado de *La Europa pintoresca*. Montaner y Simón Editores, 1883

tratarse en absoluto de santo Tomás de Aquino. He podido descubrir con facilidad que se trata de una referencia a la obra de Tomas de Kempis *La imitación de Cristo*, traducida, pero él la cita a partir de una vieja edición francesa imposible de encontrar. En dos siglos se habían imprimido 124 ediciones. Después de días y días buscando en la Biblioteca Nacional, finalmente me entero de que el traductor era Monsieur de Sacy, uno de los grandes señores de Port Royal. Otra vez se ve aquí la radicalidad que sigue un hilo de san Agustín a Port Royal, es decir, de Pascal a Racine y a Hammarskjöld; esto es Europa. La conciencia, siempre crítica, de su propia herencia, la conciencia de un deber de universalidad y un radicalismo utópico que el mismo Maquiavelo tuvo que reconocer: no olvidemos que en su obra *El príncipe* dice que si quieres llegar al objetivo, es preciso apuntar un poco más alto, porque en el recorrido la flecha siempre pierde altura. Hasta Maquiavelo, que es partidario de la fuerza, lo reconoce.

Deber utópico. Esta es la herencia real de Europa: su universalismo, su conciencia autocrítica y su deber de utopía.

**Carlo Ossola\***

(Transcripción y traducción: Celia Villar)

---

\*Dirección para correspondencia: [costanza.ossola@bussola.it](mailto:costanza.ossola@bussola.it)

# Europa es una oportunidad, pero los europeos no lo saben

Tahar ben Jelloun

**Resumen:** Europa ya no es una idea virtual, una utopía, sino una realidad compleja, incompleta, cambiante, una entidad que se construye y que necesita más voluntad, inteligencia y corazón. Europa es una oportunidad, pero sus habitantes parecen no percibirlo: la Europa solidaria y fraternal se ha transformado en la Europa de los egoísmos de Estado y del ciudadano que no quiere hacer más esfuerzos. El autor reflexiona sobre el presente y el futuro europeos, sus principales dificultades y las posibilidades abiertas, teniendo muy presente la idea de Étienne Balibar de que «Europa no es un fin en sí misma, sino que debe reconocerse como instrumento de transformación del curso de la mundialización».

**Palabras clave:** Europa, Unión Europea, mundialización, crisis, igualdad libertad, valores.

**Abstract:** Europe is no longer a virtual idea, a utopia, but a complex, incomplete and unstable reality; a self-constructed entity that needs more will, intelligence and heart. Europe offers many opportunities, but its inhabitants don't seem to recognize that: the Europe of solidarity and fraternity has become the Europe of State egoism and the lazy citizen. The author reflects on Europe's present and future, the principal difficulties it faces as well as the possibilities it holds, closely considering Étienne Balibar's idea that "Europe is not an end in itself, but should recognize that it is an instrument of transformation in the course of globalization" ..

**Key words:** Europe, European Union, globalization, crisis, equality, freedom, values.

Victor Hugo soñó con Europa; en su época era una utopía: «Llegará un día en que los grilletes y las bombas serán reemplazados por los votos, por el sufragio universal de los pueblos, por el respetable arbitraje de un gran Senado soberano... Llegará un día en que veremos los Estados Unidos de América, los Estados Unidos de Europa, unos frente a otros, tendiéndose la mano por encima de los mares, intercambiando sus productos, su comercio, su industria, sus artes, sus genios...».

Esa Europa está aquí, y ha vivido en estos últimos tiempos su primera gran crisis. Pero sea cual sea el desenlace de esta crisis, Europa ya no es una idea virtual, una utopía. Es una realidad compleja, incompleta, cambiante, una entidad que se construye y que necesita más voluntad, inteligencia y corazón. Corre el riesgo de deteriorarse si sus dirigentes no asumen el desafío de la mundialización.

Europa es una oportunidad. La Segunda Guerra Mundial produjo algo positivo, la idea de una unión entre varios países sobre la base de la geografía y de la historia, así

como de los valores de democracia y de libertad. Pero ¿quién se acuerda ya del nacimiento de esta unión que ha pasado de siete a veintisiete países? Tengo la impresión de que esta entidad, que no está del todo lograda y que podría sufrir una implosión, está habitada por niños mimados. Algunos jóvenes europeos no se dan cuenta de la suerte que tiene de haber nacido en su seno, en este espacio de libertad en el que uno circula sin problema, donde no hay más que una moneda única (excepto en el Reino Unido y en Suecia), donde no hay guerras, no hay hambre, donde el desempleo es asumido por el Estado. Tomo el ejemplo de Francia, que es el que mejor conozco: este país, pese a todo lo que pueda decirse, tiene el mejor sistema sanitario del mundo y el mejor sistema social, con algunas dificultades en lo que se refiere a las pensiones. Es un país en el que cualquier ciudadano puede ser admitido, sin que se le reclame su tarjeta de crédito, en cualquier hospital y ser atendido, aunque no tenga un empleo y aunque no haya podido cotizar a la Seguridad Social. Fue Martine Aubry quien instauró la Seguridad Social Universal, cuando estaba en el Gobierno de Lionel Jospin. Un hospital francés no hace distinción entre sus pacientes. Todos son tratados con igualdad.

Algunos europeos piensan que todo esto es un derecho adquirido, que su situación no puede más que mejorar, que aquellos que se han beneficiado de privilegios van a disfrutarlos para siempre. En última instancia, no hacen ya ningún esfuerzo. Cultivan su egoísmo, se niegan a ponerse en cuestión, sin aceptar reformas, se empeñan en no ver, por ejemplo, lo que ocurre en otros lugares, en África, en Asia, en el mundo árabe. «Siempre quieren más», como ha señalado un periodista que analizó la sociedad francesa, François de Closets. La noción de solidaridad se marchita, se debilita cada vez más. Antes, en los años setenta, los europeos salían a las calles para manifestarse contra las dictaduras de América Latina, contra la guerra de Vietnam, contra el sistema del *apartheid* en Sudáfrica, contra el racismo y la discriminación en la propia Europa. Era la época en la que había intelectuales que daban el ejemplo a la hora de emprender la movilización: Jean-Paul Sartre, Michel Foucault, Jean Genet, Claude Mauriac, Maurice Clavel... Recientemente, Jean Daniel (fundador de *Nouvel Observateur*; pronto nagenario) titulaba su editorial: «¿Dónde están los grandes hombres?»: «Quizás Europa sea una de las cosas más importantes en la historia de la humanidad que llamamos civilizada. ¿Qué entendemos por ser europeos? La respuesta depende del interlocutor. Primero están los hombres cultos. Hubo una Europa de las universidades en la Edad Media, en la que uno podía ir de unas a otras, de Padua a Heidelberg, sin que nadie le pidiera los papeles. Hubo Cervantes en España, Shakespeare en Londres, Rabelais y Montaigne en Francia. La pintura estaba en Italia, la música y la filosofía en Alemania, la poesía en Gran Bretaña, la literatura en Francia. [...] Hago este llamamiento porque se trata de una historia común cuyo destino es sobrevivir a todas las gesticulaciones bruselenses».



Abrahan Ortelius: Mapa de Utopía, 1596

Hoy en día ya no hay maestros; se ha olvidado, se ha descuidado el hecho de que existe una «historia común». Ya no hay grandes manifestaciones, ni solidaridad real con los pueblos que sufren. Y sin embargo existen las dictaduras, la represión de las libertades aumenta un poco en todas partes, algunos países africanos padecen sequía y hambruna. Ninguna reacción. Lo que ocurre en Palestina, en los territorios ocupados, deja indiferentes a las jóvenes generaciones. Se ha perdido algo hermoso. La Europa solidaria y fraternal se ha transformado en la Europa de los egoísmos de Estado y del ciudadano que no quiere hacer más esfuerzos. Algunos políticos, especialmente de derechas, han jugado con el miedo y lo han transformado en una industria electoral. El miedo ligado a la ignorancia y a los prejuicios desemboca en el racismo y en la violencia. Con estos métodos, Europa ha abierto la vía a dirigentes vulgares y mediocres (Berlusconi, campeón del populismo y de la demagogia, ha llegado a atacar a Roberto Saviano, el valiente autor de *Gomorra*, condenado a muerte por la Camorra y que, según el presidente del Consejo italiano, «¡da una mala imagen de Italia!»).

Edgard Morin constata un hecho grave: la desaparición de la gente de izquierdas. Escribe en *Le Monde* del 24 de mayo de 2010: «Esta gente, formada en la tradición surgida de 1789, reactualizada por la III República, ha sido instruida en las ideas humanistas por los maestros, por las escuelas de formación socialista, más tarde comunista, las cuales enseñaban la fraternidad internacional y la aspiración a un mundo mejor. El combate contra la explotación de los trabajadores, la acogida del inmigrante, la defensa de los débiles, la preocupación por la justicia social, todo esto alimentó durante un siglo a la gente de izquierdas, y la Resistencia bajo la ocupación regeneró ese mensaje».

La gente de izquierdas ha desaparecido. Esto se debe a la esclerosis de los partidos, a la decadencia del sistema sindical. Incluso la derecha tradicional se ha visto sobrepasada en su ala su derecha por la emergencia de corrientes extremistas, xenófobas y racistas. La derecha está en el poder en la mayoría de los países europeos. Así funciona la democracia. Y es por medio de elecciones libres como la regresión accede al poder en Europa.

Edgard Morin piensa encontrar una solución en una «vía» que asocie la progresividad del reformismo y la radicalidad de la revolución. Pero primero habría que vencer a la barbarie que crece en casi todas partes en el mundo. La humillación y la degradación del ser humano se han vuelto cosas corrientes. China, por ejemplo, no progresa más que porque no se preocupa en absoluto por el individuo. Se fortalece a costa de mil millones de individuos y pronto dominará el mundo, no por medio de su ideología, sino por su economía, con la que Europa jamás podrá competir, porque en Europa se ha luchado durante decenios para que el trabajador adquiera unos derechos y no vuelva a ser un esclavo en el proceso de explotación del hombre por el hombre.

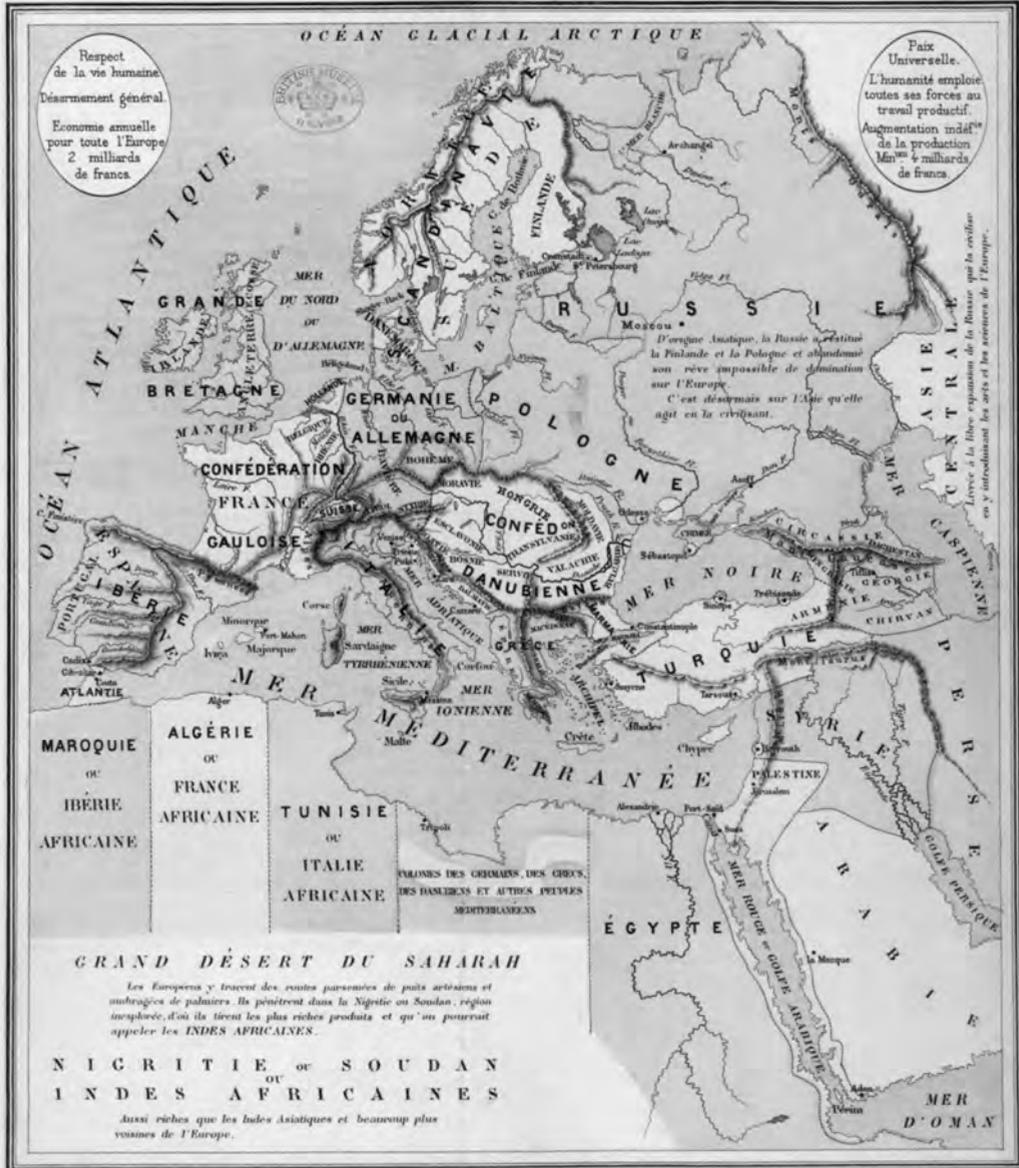
*M. J. P. M.*  
**CARTE UTOPIQUE DE L'EUROPE PACIFIÉE.**  
 LES NATIONALITÉS SOLIDARISÉES DANS UN LIEN FÉDÉRATIF

**CONFÉDÉRATION EUROPÉENNE**

LE DROIT DE TOUS SUBSTITUÉ A LA VIOLENCE DE QUELQUES UNS

**RÈGNE DE LA JUSTICE**

*10387367*  
*2400*



Gravé par Victor Marlet, R. du Val-de-Grâce 9.

Imp. Gollmann C<sup>o</sup>, Q. Valmy 147, Paris

Victor Marlet: Mapa utópico de la Europa pacificada, 1876

Por otro lado, la economía europea se ha desarrollado en parte gracias a la mano de obra extranjera, es decir, la inmigración. Pocos son los responsables políticos que lo admiten y rinden homenaje a esas poblaciones venidas de otra parte. Hoy en día son los hijos de estos millones de inmigrantes los que suponen un problema. ¿Qué hacer con esos europeos de piel mate, negra o mestiza? ¿Cómo aprender a convivir con otra cultura, otra religión?

Europa debería aprender a mirarse en un espejo: su imagen, su paisaje humano no es todo blanco, todo cristiano. Es el resultado de mestizajes, está compuesto por diversas aportaciones. Esto se observa en las calles, pero uno piensa: son pasajeros en Europa; esas gentes van a volver a sus aldeas, a sus puebluchos. ¡Error! Estas gentes son europeas, su país es Europa, su nacionalidad es europea, su cultura es doble o triple. Y son un ejemplo de la mundialización en el sentido humano, no industrial y financiero. El capital del mundo es el hombre, no la técnica, no el vértigo de la especulación.

El filósofo francés Étienne Balibar escribe en *La proposition de l'égaliberté* que «Europa no es un fin en sí misma, sino que debe reconocerse como instrumento de transformación del curso de la mundialización». Ha inventado el concepto de *égaliberté* (*igualibertad*), que asocia la noción de igualdad de orden económico y la libertad que define el estatus jurídico de los derechos individuales. Pero se constata que estas dos nociones, que deberían ser los valores fundamentales de Europa, no se aplican a todos.

La transformación de Europa, lo que constituye su porvenir, no se tiene en cuenta. Ahora bien, ¿acaso es posible, es viable, una Europa con la blancura inmaculada de su cultura tradicional? Yo no lo creo.

El futuro de Europa está perfilándose. Todo dependerá de los hombres que tienen en sus manos el futuro de esta entidad formidable pero muy difícil de consolidar o, con más exactitud, de consolidar realmente. La democracia tiene límites. A veces, democráticamente, se elige a personas de la derecha dura y retrógrada. Democráticamente se elige a perversos y manipuladores populistas. Existen lo que llamo «aberraciones democráticas». Luego hay que preparar al cuerpo electoral, decirle que la democracia no es únicamente una técnica, sino también una cultura e incluso una moral. Uno no entrega su voto a un hombre implicado en escándalos financieros o que tenga vínculos con medios no muy recomendables. Se trata de una pedagogía para que los niños de hoy, que serán los ciudadanos de mañana, sean responsables y tengan el espíritu abierto a valores humanistas no negociables. Una vez más, créanme; yo vengo del Magreb, donde los cinco países de la región no forman una unión, donde las fronteras entre Argelia y Marruecos están cerradas (de hecho, Marruecos ha abierto sus fronteras y Argelia se niega a abrir las suyas a causa del conflicto del Sáhara, que Argelia utiliza y explota para poner trabas al desarrollo económico de Marruecos; se

opone a toda propuesta razonable para poner fin a este conflicto), donde cada uno tiene su moneda, donde unos son ricos (Libia y Argelia, petróleo y gas) y otros modestos; los magrebíes miran a Europa con envidia. Tienen motivos para ello, puesto que es una suerte hoy en día ser europeo. Pero ¿se dan al menos cuenta los europeos de ello? La borrasca de estos últimos tiempos en relación con el euro es peligrosa; ello no ha impedido que los especuladores cometan crímenes económicos. Esta palabra, crimen, ha sido utilizada por analistas económicos serios y objetivos. Se trata de una cuestión moral. En el fondo, la crisis no es más que la consecuencia de una larga serie de infracciones de la moral y la dignidad de la persona.

Por lo demás, el título que propuse para mi conferencia en el ciclo *El futuro de Europa* tenía que evocar «una Europa con colorido y especias, una Europa de la diversidad feliz». Sí, hay que ser optimista tras haber analizado las trabas y las dificultades que menoscaban a esta Europa. Pero imaginemos, un poco como en la canción de John Lennon *Imagine*, imaginemos que la razón y la paz se convirtieran en la preocupación de todos los europeos; que el egoísmo, el egocentrismo, el desprecio y la humillación fueran desterrados del corazón y de la inteligencia de todos los europeos, sobre todo de sus dirigentes; imaginemos una Europa abierta a Turquía, una Turquía laica; al Magreb, un Magreb unido y progresista; imaginemos una cooperación más inteligente entre las dos orillas del Mediterráneo, la del norte, rica y poco poblada, y la del sur, pobre y superpoblada; imaginemos un Mediterráneo fuerte, con su luz, su belleza, sus pasiones, su fecunda humanidad, feliz, fértil y bueno... Todo es posible, basta con quererlo. Un solo ejemplo: un día alguien dijo: «¿Y si se derribara el muro que divide Berlín?». Era una voluntad, una idea que se materializó. Confiemos en la imaginación y en los hombres que desean dejar a sus hijos una Europa floreciente, quizá no muy rica, pero donde nadie muera de hambre, de sed o de frío. Donde nadie sea humillado por ser diferente, extranjero, indocumentado o simplemente por estar desesperado. Esta Europa es posible, aunque el hombre sea una rata para el hombre, aunque el dinero, sobre todo cuando es virtual, esté ahí, en los parajes que intentan atraer al hombre hacia lo que hay de peor en él. Viva la imaginación y también la pedagogía en el día a día. Ya que los colores y las especias, para que combinen bien, para que convivan, deben conocerse y comprenderse.

**Tahar ben Jelloun\***

(Traducción: Susana Martínez de Villarreal Chico)

---

\* Dirección para correspondencia: [tbj1987@gmail.com](mailto:tbj1987@gmail.com)

# EL FUTURO DE EUROPA

**Francisco Jarauta**  
El futuro de Europa

**Sami Nair**  
Europa frente  
a la crisis financiera y económica mundial

**Javier de Lucas**  
El laboratorio social europeo

**Lluís Bassets**  
El naufragio de la *Medusa*:  
Europa en el nuevo contexto geopolítico

**Predrag Matvejevitch**  
El Mediterráneo  
en el umbral del nuevo milenio

**Carlo Ossola**  
Vendrán otras Europas...

**Tahar ben Jelloun**  
Europa es una oportunidad,  
pero los europeos no lo saben

CRÓNICA ● RESEÑAS



6 euros

9